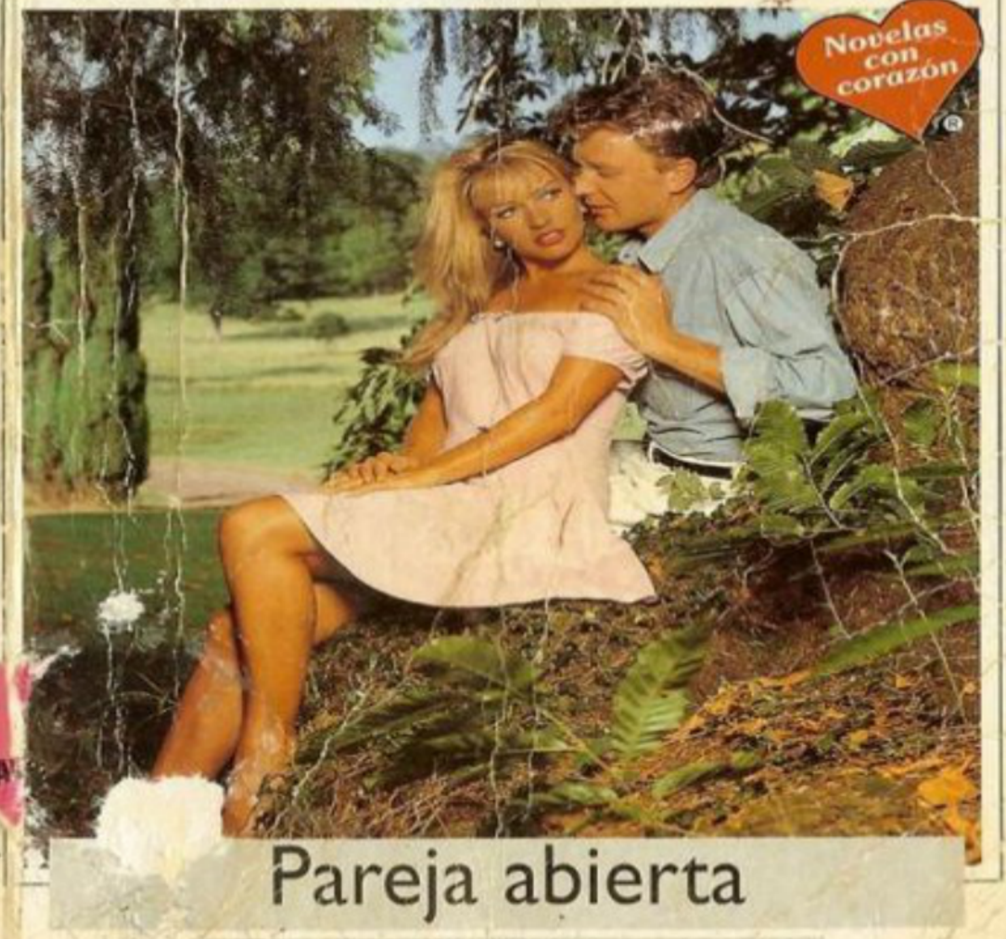
HARLEQUIN

# BIANCA

aventura, intriga, pasión




# Pareja abierta

Miranda Lee

# Pareja abierta

Miranda Lee

**Pareja abierta (1996)**
**Título Original:** Asking for trouble
**Editorial:** Harlequin Ibérica
**Sello / Colección:** **Bianca 786**
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Aaron Kingsley y Serina

***Argumento:***

*A sus veintiocho años, Serina sabía bien lo que quería; después de haberse abierto camino en la vida, anhelaba la seguridad del matrimonio, un hogar y una familia. Quería un hombre que la amara por sí misma, y no que simplemente la deseara.*

*Aaron Kingsley había sido, en una ocasión, ese hombre. Pero cuando él volvió a aparecer en su vida, Serina se encontró con que había cambiado: quería mantener relaciones con ella, pero sin comprometerse. Sabía que se buscaría problemas si llegaba a relacionarse con Aaron, pero… ¿cómo podía resistirse?*

# Capítulo 1

Serina lo reconoció desde el momento en que entró en el comedor. El corazón le dio un vuelco antes de volver a latir con normalidad. Era Aaron Kingsley… después de tantos años.

Ya había pensado que quizá se encontraría con él, ahora que había vuelto a la costa central, porque Gosford también era la ciudad natural de Aaron.

Sin embargo, no se encontraban en Gosford, sino a varios kilómetros de distancia, en la bahía Toowoon, donde ella trabajaba de camarera en un restaurante. Realmente le resultaba bochornoso tener que enfrentarse con Aaron Kingsley allí, en su lugar de trabajo, donde no podía saludarlo ni despedirse para escapar.

Serina se, inquietó al ver que el hombre recorría el lugar con la mirada, pero suspiró aliviada porque no alcanzó a verla detrás de la barra de las bebidas.

No obstante, sabía que era ridículo sentirse tranquila porque no la hubiera reconocido, pues en cuanto él tomara asiento ante la mesa que eligiera, ella tendría que hacer su trabajo, es decir acercarse y preguntarle si deseaba beber algo. En esos momentos, vio que lo conducían a una de las muchas mesas vacías.

«¿Me reconocerá?», se preguntó, aferrada a la esperanza de que no lo hiciera.

Pero realmente no tenía muchas esperanzas, porque físicamente Serina no había cambiado mucho. Todavía tenía el mismo cuerpo impresionante de su adolescencia, el mismo cabello largo y dorado.

Serina suspiró y comenzó a caminar hacia la mesa de Aaron. Tenía el pulso acelerado por la expectación. Por fortuna, el hombre estaba leyendo un periódico, así que con un poco de suerte ni siquiera levantaría la vista al pedir su bebida y no la reconocería.

La imagen de Aaron sentado ante la mesa, con su traje de hombre de negocios, resultaba una imagen tan diferente de como lo recordaba Serina, que por un momento se olvidó de su vergüenza. Se preguntó qué habría sido de su vida desde aquella espantosa noche once años atrás.

En el sentido económico, no había duda de que había llegado muy lejos. Seguía igual de guapo y se conservaba muy bien. Serina pensó en la edad que tendría. Ella acababa de cumplir veinticuatro años el mes anterior y él iba cinco cursos por delante en sus estudios. Serina tenía doce cuando empezó a estudiar secundaria y él se estaba

graduando para la preparatoria, así que calculaba que tendría unos treinta y cuatro años.

Durante ese último año, antes de que Aaron se graduara, ella estuvo perdidamente enamorada de él. Lo cual no tenía nada de extraño, porque casi todas las demás chicas también lo estaban. Aaron era el capitán del equipo de fútbol y de cricket; capitán del grupo de debate, presidente del consejo estudiantil y, por si fuera poco campeón de atletismo; todo esto añadido a su impresionante cuerpo bronceado y a sus sensuales ojos azules, lo convertía en el objetivo de todas las chicas.

Sin embargo, él sólo tenía ojos para Naomi, su novia, una impresionante belleza de cabello castaño. Ambos estaban locos el uno por el otro, y tenían dieciséis años. A pesar de ello, fue un verdadero escándalo que Naomi se quedara embarazada en su último año de preparatoria y se viera obligada a abandonar sus estudios. Todos esperaban que contrajera matrimonio en cuanto Aaron se graduara, pero de nuevo los jóvenes amantes sorprendieron a todo el mundo esperando un año más antes de casarse.

Durante los siguientes años, el joven fue foco de atención de la prensa a nivel local y nacional, porque ganó numerosas competiciones muy bien remuneradas. Le llamaban el «Hombre de Hierro de la década» por su resistencia física en triatlón.

Serina siguió su carrera con ávido interés; recortaba todos los artículos y fotografías en las que aparecía él y los guardaba con cuidado en el último cajón de su cómoda, para evitar que su padre las encontrara. Sin embargo, poco después de que Serina dejara la casa familiar, el nombre de Aaron desapareció de las páginas de las revistas deportivas. Hacía un año, le preguntó a su madre sobre él, pero ella sólo supo decirle que vivía en Sydney.

Todavía se preguntaba a qué se dedicaría.

Una manera de averiguarlo era preguntándoselo, le sugirió la voz de la razón en el momento en que llegó junto a su mesa. Sin embargo, la vergüenza pesó más que su curiosidad y su prioridad era mantener el anonimato.

—¿Le gustaría beber algo, señor? —le preguntó con voz suave y con la esperanza de que no levantara la vista.

Pero Aaron la miró, fijó la vista en ella y la reconoció.

—Vaya, vaya…, si es Serina Marchmont —expresó entre dientes al tiempo que doblaba su periódico.

Cuando volvió a mirarla, Serina no pudo evitar observarlo

fijamente. De cerca, el rostro de Aaron parecía prematuramente envejecido, tenía unas marcadas ojeras que daban la impresión de que llevaba una vida disipada. Sin embargo, eso no lo hacía menos atractivo. Le daba una imagen de maldad que resultaba inquietante y atractiva a la vez.

—¡No me digas que no me reconoces! —exclamó con cierta incredulidad—. No he cambiado tanto. Y veo que tú no has cambiado en absoluto.

Entrecerró sus increíbles ojos azules y la miró de pies a cabeza. Serina pensó que ofrecía una imagen muy sencilla con su falda negra, su blusa blanca y su cabello recogido en una cola de caballo. A pesar de ello, percibió que Aaron la desnudaba con la mirada.

El corazón le dio un vuelco ante aquella angustia que ya le resultaba tan conocida. Volvió a preguntarse por qué los hombres tenían que pensar en el sexo apenas la veían. No obstante, logró disimular su aprensión.

—¿Aaron? —preguntó con aparente sorpresa—. Cielos, no te reconocía con esa ropa. Parece como si acabaras de venir de la Bolsa de Sydney.

El hombre estalló en carcajadas.

—Has acertado. Estuve allí cuando abrió esta mañana y me alegré de salir. Es una maldita casa de locos.

La chica trató de disimular su sorpresa, pero no lo logró.

—Sí —aclaró Aaron—, yo mismo no me lo puedo creer, a veces. Aaron Kingsley… contable experto en impuestos y consejero de inversiones. Por lo menos, eso es lo que dice mi tarjeta de presentación. Muy lejos del mundo del deporte, ¿verdad? —preguntó—. ¿Y tú, Serina? Eres un verdadero deleite para la vista. Siempre lo has sido. ¿Puedes sentarte y charlar conmigo un rato? Cuéntame qué has hecho desde… —vaciló y sonrió con ironía—… desde la última vez que nos vimos.

En la mente de Serina no quedó la menor duda de lo que había pasado por la de él. Una vívida imagen de lo sucedido once años antes, en aquella espantosa noche, volvió a su mente.

En aquel entonces, Serina era una chica tímida e inmadura y de diecisiete años de edad. Con veintitantos años, Aaron estaba casado y se encontraba en la cumbre de una exitosa carrera.

Serina se estremeció de vergüenza al evocar aquellos sucesos tan humillantes. Si tan sólo su padre no hubiera cedido por esa única vez y no la hubiera dejado ir a la discoteca de la escuela… y si Aaron no

hubiera asistido como acompañante de las chicas… si ella no hubiera intentado llamar su atención poniéndose a bailar frente a él… Serina bailaba muy bien, y su cuerpo voluptuoso convertía cualquier movimiento rítmico en un acto de sensualidad.

Por supuesto que, en medio de su ingenuidad, no se dio cuenta, de que su estúpido comportamiento podía tener funestas consecuencias; que podía atraer la atención no deseada de otros hombres en la discoteca. Allí se encontraban unos jóvenes, compañeros de su escuela que durante años la habían estado molestando y que al verla bailar, la desearon. A escondidas habían bebido mucha cerveza y esto los había vuelto más audaces de lo normal. Con engaños la llevaron a una bodega que estaba al final de un corredor y uno de ellos estaba a punto de violarla cuando Aaron entró y la sacó literalmente de debajo del joven.

Aaron los insultó y los castigó a golpes por su mala acción y después insistió en llevar a casa a Serina, que no dejaba de llorar y se encontraba muy triste. A pesar de su agradecimiento, la joven jamás olvidaría la expresión de desprecio que vio en el rostro de Aaron y la sospecha de que el pensaba que, en parte, ella misma era responsable de lo sucedido.

Pero eso no fue lo peor. Su padre exigió saber la razón por la cual la habían llevado a casa más temprano, cuando habían quedado en que él pasaría a recogerla. Aaron intentó suavizar las cosas y le explicó que un par de chicos habían molestado a su hija y que por eso decidió llevarla a su casa más temprano.

Pero nada de lo que pudiera explicar Aaron, la salvó frente a los ojos de su padre. Además, el vestido rasgado que llevaba no la ayudó mucho. Su padre se enfureció y gritó que nunca debió confiar en su hija porque siempre había sido un problema. ¿Acaso no salía con chicos desde los trece años de edad? Algunas mujeres, como ella, eran unas desvergonzadas por naturaleza. Añadió que bastaba con verla para darse cuenta de la clase de mujer que era y acabó por castigarla sin salir durante los siguientes meses, hasta la fecha en que tenía que presentar sus exámenes finales. Ni siquiera le permitió que visitara a sus amigas.

Aaron se mostró horrorizado ante tan desagradable escena y se marchó. Por su parte, Serina estaba desolada porque ella no era en absoluto como su padre había asegurado. Realmente era tímida con los chicos; su temprano desarrollo y su cuerpo llamativo le causaban más vergüenza que otra cosa. Detestaba la forma en que la miraban los chicos, y su comportamiento, al ponerse a bailar delante de Aaron, había sido realmente una excepción.

No había tenido ningún novio en la escuela porque su padre le prohibió esa clase de relación hasta que se graduara en la escuela. Había sido un verdadero milagro que le permitieran ir aquella noche a la discoteca y en parte se debía a la intervención de la madre de Serina, pues consideraba que su marido era demasiado estricto y anticuado.

A Serina se le encogió el corazón al evocar el sufrimiento de sus años de adolescente y sus confusos y atormentados sentimientos al tratar con su padre. Jamás comprendió la razón por la cual no podía ser como los padres de sus amigas, porque siempre pensaba lo peor de ella.

Serina enfocó la mirada en Aaron y se preguntó qué habría pensado él si estaría de acuerdo con la baja opinión que su padre tenía de ella. Se dijo que, sin duda, aquella noche la había mirado con desprecio.

—Han sucedido muchas cosas desde entonces, ¿no? —preguntó Aaron y a ella le sorprendió su mirada un tanto cínica y la dureza de su voz.

Serina tuvo la impresión de que ahora era un hombre incapaz de sentir desprecio o cualquier otra emoción por lo que sintió un escalofrío. El Aaron de antes tenía una personalidad cálida, abierta y sincera, mientras que el de ahora emanaba una frialdad que resultaba amenazadora. Serina se preguntaba cómo toleraría su esposa ese cambio; eso si… Naomi y Aaron seguían casados.

De manera automática Serina desvió la mirada a su mano izquierda y vio que llevaba puesto su anillo de matrimonio. Sintió alivio, pero a la vez decepción. En ese preciso momento, se dio cuenta de que su enamoramiento por Aaron Kingsley podía revivir con facilidad. Sin embargo, decidió que ni por un momento se olvidaría de que era un hombre casado y por ello interrumpió la conversación en cuanto pudo.

—Lo siento, Aaron, pero no puedo sentarme. Me metería en problemas.

—El lugar está casi vacío —respondió después de mirar a su alrededor.

—Me quedaré aquí, de pie mientras llega lo que has pedido —declaró con aparente naturalidad, ya que en realidad estaba muy nerviosa.

Era una situación incómoda que debía solucionar lo antes posible en lugar de quedarse allí parada, como una idiota.

Aaron se llevaría la impresión equivocada… o quizá la correcta. Había aprendido que los hombres casados no necesitaban que se les estimulara mucho en asuntos referentes al sexo. Sin embargo, le resultaba curioso pensar que durante un tiempo a Aaron jamás se le habría ocurrido mirar a otra mujer que no fuera Naomi. A Serina tampoco la miró aquella noche en la discoteca.

Pero, como él mismo había señalado, muchas cosas habían sucedido desde entonces y el Aaron que estaba sentado ante la mesa no era el mismo que ella había conocido. Serina tuvo la perturbadora impresión de que ese hombre no tendría ningún escrúpulo en aprovecharse de cualquier oportunidad que ella le ofreciera.

—Como gustes —se encogió de hombros—. Y cuéntame ¿qué haces de vuelta en la costa central? ¿Al fin te perdonó tu padre por irte a Queensland, después de que te graduaras en la preparatoria? No me mires tan sorprendida. Todos nos enteramos de que te fuiste de tu casa y que tu padre te ordenó que no volvieras nunca.

Los chismorreos eran una de las cosas que Serina más detestaba de las ciudades y los pueblos pequeños. Años después sus hermanos le comentaron lo que se dijo en aquel entonces sobre ella. Comentaron cosas horrendas; desde que era una drogadicta hasta que se había fugado con un hombre casado y que estaba embarazada. El problema era que se habló tanto sobre ella que la gente acabó por creer parte de todas aquellas calumnias.

La verdad era que al terminar sus estudios, viajó al norte con sus amigas para trabajar durante las vacaciones. Pensaba regresar y comenzar sus estudios universitarios en febrero. Sin embargo, en una de las ocasiones en las que llamó a su casa por teléfono tuvo una tremenda discusión con su padre, porque él se había enterado de que entre el grupo de amigas iban también dos chicos, y de inmediato decidió que sin duda su hija se estaba acostando con uno de ellos, o tal vez hasta con los dos.

La chica se defendió por primera vez en su vida y la consecuencia fue que su padre le ordenó que no regresara a casa; que se quedara en Queensland y se buscara un empleo, porque él no tenía la menor intención de mantener a una hija ingrata e inmoral.

Si no hubiera sido por el apoyo de sus amistades, Serina no habría podido sobrevivir en Queensland; pero no obstante, tuvo que aceptar trabajos muy mal pagados. Por supuesto, trató de mejorar e ir consiguiendo cosas mejores, pero los hombres siempre le echaban a perder las cosas; la acosaban sexualmente hasta que ella se veía obligada a renunciar e irse incluso a veces, a otra ciudad.

Serina lo pasó muy mal. Echaba mucho de menos, a su madre y también a sus dos hermanos mayores, con quienes no mantenía relaciones muy estrechas. Por lo menos, su padre no impidió que madre e hija mantuvieran correspondencia en aquellos años. Serina se llevó una increíble sorpresa cuando, en una ocasión, su madre la invitó a pasar la Navidad con la familia. Después de esa vez, cada año fue igual.

Durante esas visitas, su padre se negaba a hablar con ella. A veces Serina lo sorprendía mirándola con expresión de pena, pero cuando ella lo miraba, él de inmediato volvía la cabeza. Realmente jamás se reconciliaron y hasta la fecha aquella seguía siendo una fuente de tristeza para Serina.

—Papá murió a principios de este año —le explicó a Aaron, muy tensa—. Así que ya pude regresar a casa. Por desgracia… unos meses después, mi madre también falleció. Un… ataque cardíaco —concluyó con un nudo en la garganta.

—Ya veo… —Aaron dio la impresión de sentir compasión durante unos segundos y eso alivió la tristeza de Serina, ya que pensó que aún poseía cierta sensibilidad—… Lo siento. No lo sabía. Pero, ¿qué hay de ti, Serina? Sin duda una chica como tú ya debe de estar casada.

Era una pregunta normal, pero se irritó al escuchar lo de «una chica como tú». Era una frase que su padre con frecuencia habría utilizado en un sentido peyorativo.

—No. No estoy casada —respondió en tono cortante—. Mira, debo regresar al bar, Aaron. Hay un cliente que espera. ¿Has decidido qué quieres beber?

—Una cerveza estará bien.

—Muy bien. No tardaré.

Al llegar al bar Serina se volvió para mirar a Aaron y de inmediato sus miradas quedaron entrelazadas.

Ninguno de los dos sonrió. Ella desvió la mirada y se sonrojó. Le parecía casi imposible que una sola mirada fría e inexpresiva de Aaron pudiera ponerla en ese estado de agitación. ¿O era excitación sexual? «Por supuesto que sí, boba», se convenció.

Sin embargo, ese descubrimiento tenía su lado sorprendente, porque ella jamás había experimentado esa clase de sensación sexual. Lo más cercano a ello fue lo que sintió aquella noche, en la discoteca, al bailar delante de Aaron. Pero después de que los jóvenes la atacaron en la bodega, se volvió todavía más desconfiada hacia los

hombres.

La mayoría de los hombres esperaban irse a la cama con ella en su primera cita y se volvían muy desagradables cuando ella se negaba. Mientras vivió en Queensland casi no salió con ninguno y cuando lo hizo fue con la clase de hombres que le parecían «seguros». Pero, no logró enamorarse de ninguno y mucho menos aceptó intimar con ellos.

Con el transcurso de los años Serina fue deprimiéndose cada vez más, pensando que ya existían pocas probabilidades de que encontrara al hombre adecuado, que se enamorara, contrajera matrimonio y tuviera hijos. Anhelaba un hombre bueno, cariñoso y comprensivo, con quien pudiera formar su propia familia.

Eso fue lo que la hizo acercarse a Paul; el querido y atractivo Paul, bueno y agradable.

En aquel entonces, Serina tenía veintiséis años y se encontraba muy sola. Había comenzado a pensar que jamás encontraría al hombre de sus sueños. Paul la adoraba y ella intentó corresponderle, convencerse de que él era el hombre adecuado con quien debía casarse. Incluso se fue a la cama con él porque pensó que su delicadeza al amarla quizá podría derribar esa barrera que había levantado a través de los años.

Sin embargo, las cosas no resultaron así. Sus relaciones sexuales con Paul fueron un tremendo fracaso. Ella sólo permaneció tendida sin comprometer sus emociones, ni sus sentidos. No fue desagradable, sino todavía peor: no fue nada. Esa fue la razón por la cual Serina no se animó a dar el paso de unir su vida a la de Paul para siempre.

Serina miró a Aaron de soslayo y el estómago se le encogió al pensar que con él, el sexo jamás sería «nada». Evidentemente deseó convencerse de que eso se debía a que Aaron siempre había sido el hombre de sus sueños. Pero su alegría pronto se vio sustituida por la tristeza. ¿Cómo podía ser el hombre de sus sueños, ¿si estaba casado?, se preguntó Serina mientras preparaba el whisky con soda que le había pedido el cliente que estaba delante de ella, en la barra.

—Gracias, cariño —expresó el cliente en cuanto Serina le entregó su bebida.

Serina le sonrió con cortesía, pero sin darle el menor estímulo; sin embargo, el cliente pareció interpretarla mal y quiso entablar conversación mientras ella servía la cerveza que le había pedido Aaron. Se alegró de poder disculparse para llevar la cerveza.

—Aquí tienes —le dio la bebida y se dispuso a regresar a la

barra, apresurada.

—No te vayas —le pidió Aaron sin embargo, cuando Serina lo miró a los ojos, percibió en ellos una intensidad alarmante y atrayente a la vez.

—Yo…

—Seguramente no tendrás deseos de volver a la barra, donde te aguarda tu admirador —comentó Aaron con tono sarcástico—. A pesar de que lo has manejado de una manera admirable hace unos momentos puede convertirse en una molestia para ti. Deberías haber visto la forma en que, te miró cuando venías hacia aquí. Vamos, siéntate y cuéntame más cosas —sugirió y retiró una silla para que tomara asiento—. Estoy seguro de que no te meterás en ningún problema, y si entra algún cliente, yo te avisaré.

El sentido común le indicó que no lo hiciera; pero al fin lo hizo.

—¿Bien? ¿Qué quieres saber? —preguntó con aparente serenidad.

—Todo —respondió él con decisión.

—¿Todo? —repitió.

—Bueno, tal vez no todo —sonrió—. Me conformo con saber dónde vives ahora, si tienes novio… Si la respuesta es «no». También me gustaría saber a qué hora sales de trabajar para que te invite a cenar.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad?

—El tiempo no espera a ningún hombre, Serina. Además, es poco probable que vuelva por aquí. He venido sólo por un asunto de negocios. Llevo una vida muy ocupada.

—Apuesto a que sí —aseguró Serina y no pudo evitar sentirse decepcionada. No era una sensación agradable que su ídolo cayera de su pedestal y fue peor el vuelco que le dio el corazón al escuchar esa invitación, que revelaba que estaba interesado. Empezaba a tentarle la idea. Imaginó lo que sería que la acariciara, la besara, le hiciera el amor…

—¿Y bien?

—Vivo en mi antigua casa de Gosford. Por el momento, no tengo novio, pero no necesitas saber a qué hora salgo de trabajar, porque no pienso salir contigo.

—¿Por qué? —la miró fijamente.

—Porque yo no salgo con hombres casados.

Él estalló en carcajadas; había un matiz cruel y duro en su tono.

—Eres tan formal, Serina. Pero, ¡qué estúpido he sido al no darme cuenta de que tú no lo sabías! Ya no estoy casado. Naomi murió el año pasado, después de una breve lucha contra el cáncer.

Serina se quedó perpleja. Al mismo tiempo experimentó un verdadero júbilo, porque eso significaba que el hombre de sus sueños ya no estaba casado, ya no estaba prohibido para ella. Ahora ya no lo veía como un mujeriego vividor, sino como un viudo solitario y amargado, que trataba al mundo con un desdén nacido del dolor y de la frustración.

—Qué tragedia —murmuró—. Debió ser muy difícil para ti.

—Lo fue —convino con amargura—. Y para Christine.

—¿Christine? Ah, sí. Tu hija. ¿No tuviste más hijos, Aaron?

—No —respondió bruscamente—. Pero hoy no hay que hablar de cosas tristes, Serina —volvió a sonreír—. Hoy me he encontrado con una antigua amiga, vamos a salir y nos vamos a divertir juntos, ¿de acuerdo? No puedes poner ninguna objeción, ya que te has dado cuenta de que no soy un mujeriego impertinente.

—Esta tarde no puedo salir contigo —explicó Serina sin aliento —. Tengo que ir a Gosford. La casa familiar está en venta, y el agente inmobiliario va a llevar a un posible comprador para que la vea, esta tarde. Como el comprador viene desde Sydney, no creo que sea correcto cancelar la cita. Pero esta noche no voy a trabajar, así que… —guardó silencio al darse cuenta de que Aaron la miraba extrañado —. ¿Qué… qué noche?

—Esto es sorprendente —movió la cabeza—. Estás hablando de mí. Yo soy el posible comprador.

—¿Tú?

—Sí, yo. Por lo menos, eso creo. La descripción de la casa que voy a ver es muy similar a la casa que te llevé aquella noche, hace tantos años. ¿Es de dos pisos, estilo colonial y con persianas blancas?

—¡Sí! —exclamó Serina muy sorprendida por la coincidencia.

—Y la inmobiliaria que contraste se llama Hogares de la Costa Central?

—Sí. ¡Cielos, esto es increíble!

—Sí, ¿verdad? Tal vez sea el destino, que está empeñado en reunirnos —esbozó una amarga sonrisa.

A Serina se le encogió el estómago. Esa sonrisa era muy

peligrosa. Le preocupaba además pensar en lo que se estaría metiendo al aceptar salir con Aaron. Sabía que ese hombre no andaba en busca de una relación permanente y seria con ella. Daba la impresión de estar muy herido por la muerte de su mujer.

Eso la llevó de vuelta a su conclusión original. Aaron sólo deseaba sexo, al igual que la mayoría de los hombres que la invitaban a salir. Sexo puro y sin complicaciones. Aventuras de una sola noche. La conclusión a la que Aaron debió de llegar acerca de su moralidad, por lo sucedido aquella noche en la discoteca, más el hecho de que era soltera, sin duda le hacía pensar que con ella podría divertirse mucho.

Serina se estremeció ante la idea y un ataque de orgullo repentino la hizo ponerse de pie con rapidez.

Ella no tenía por qué exponerse a eso.

—Lo siento, Aaron —expresó con frialdad—. No puedo aceptar salir contigo. Acabo de recordar… que mi hermano Rupert, ha quedado en pasar esta noche por casa para hablar acerca de algunos problemas legales que hay con la propiedad que mamá nos legó. Pero puedes pasar a ver la casa, si gustas.

Por suerte en ese momento llegó la cena que Aaron había pedido, porque Serina estaba segura de que él iba a insistir. Su expresión se tomó sombría ante su repentino cambio de opinión y apretó los labios como si estuviera decidido a encontrarle solución a ese problema. Pero Serina aprovechó la presencia del camarero para huir de allí.

—Nos vemos, Aaron —colocó la silla en su lugar—. Le dije al agente inmobiliario que estaría en casa a partir de las cuatro y media de la tarde. Si decides no ir, yo lo entenderé. Que tengas un buen viaje de regreso a Sydney y no vayas a trabajar demasiado —después de eso, giró sobre sus talones y fue a refugiarse tras la barra.

Ella esperaba que cuando terminara de cenar Aaron se acercara, pero no lo hizo. En vez de eso, la miró como con curiosidad cuando se levantó y asintió con cortesía en respuesta al sutil gesto de despedida que le hizo Serina.

Dejó escapar un prolongado suspiro una vez que Aaron se fue lo cual mostraba lo tensa que había estado durante la última media hora. Aliviada, pensó que, por lo menos, si iba a ver la casa, iría acompañado del agente inmobiliario. Era el único consuelo que encontraba a los acontecimientos de esa tarde.

# Capítulo 2

Poco después de que Serina aparcara su moto en el sendero privado de la casa, llegó Aaron. Ella se encontraba en la habitación principal de la casa y acababa de salir de la ducha, cuando oyó que un coche se detenía frente a la puerta. Estaba en ropa interior, pero corrió a la ventana y con los ojos desorbitados y el corazón acelerado vio que Aaron bajaba de un lujoso coche de color azul claro para dirigirse a la entrada principal. Lo maldijo en silencio. Debió suponer que Aaron no se daría por vencido con tanta facilidad.

De inmediato se puso unos vaqueros blancos y una blusa de algodón. Sólo tuvo tiempo para cepillarse su larga melena rubia. Cuando Aaron llamó a la puerta, la joven corrió escalera abajo. En el descansillo se detuvo para normalizar su respiración y bajó los últimos escalones con lentitud. Antes de que abriera la puerta, el timbre volvió a sonar.

—Has venido —expresó en tono sorprendido, pero a la vez tranquilo—. Pero, ¿dónde está el agente inmobiliario?

—No vale la pena pagar la comisión si se puede evitar —explicó él con tono suave—. Si me gusta la casa, podemos llegar a un acuerdo privado.

Serina sintió un escalofrío ante el sutil énfasis que él había dado a la palabra «privado». No obstante, ignoró esos pensamientos convenciéndose de que sólo eran un efecto de su calenturienta imaginación.

—Tal vez no te guste la casa —respondió Serina en tono un tanto irónico.

Aaron sonrió y ella volvió a estremecerse. Había algo en aquella sonrisa que nada tenía de agradable.

—Es posible —aceptó él entre dientes—, pero nunca lo sabré si me dejas de pie aquí, en la puerta.

—Ay… —ruborizada, lo hizo pasar al vestíbulo—. Como podrás ver —se dispuso a explicarle—, la sala y el comedor se encuentran a la derecha, nada más entrar, y la escalera a la izquierda; debajo hay unos estantes para guardar cosas.

Aaron miró con rapidez a su alrededor y después posó la mirada en Serina; observó con detenimiento su melena larga y ondulada que le caía húmeda sobre la espalda, sus mejillas sonrojadas y, por último, se detuvo en sus labios. Ella se tensó.

—Por aquí está la zona menos formal de la casa —añadió

bruscamente y pasó bajo un arco a una enorme cocina.

No obstante, cuando se volvió, Serina se dio cuenta de que Aaron se encontraba en el estudio de la casa, al otro lado de la escalera. Se trataba de una habitación muy interesante y atractiva, con un enorme ventanal que daba al exterior, donde había un invernadero con helechos.

—Este era el lugar favorito de mi madre —murmuró después de colocarse detrás de Aaron—. Pasaba más tiempo aquí que en cualquier otra parte.

—Es una habitación encantadora —convino él y se volvió para encontrarse con los ojos brillantes de Serina—. ¿La echas mucho de menos, Serina?

—Sí —aseguró a punto de estallar en llanto, de manera que dio media vuelta y ambos entraron en, la cocina—. Las alacenas son de madera —se apresuro a señalar—. Cedro rojo.

Serina tuvo que ignorar de nuevo el acelerado latido de su corazón; señaló el detalle del suelo de baldosa y la conveniencia de que la habitación de lavado estuviera a un lado de la cocina.

—Esto es todo lo que hay en la planta baja —señaló después de mostrarle un cuarto de baño—. ¿Subimos para que veas las habitaciones?

—Por supuesto.

Ella lo miró de inmediato para buscar alguna evidencia en su rostro de que su respuesta contenía un doble sentido, pero al final concluyó que estaba equivocada. Sin embargo, no dejaba de ser demasiado consciente de su presencia, muy cerca de ella, mientras subía las escaleras.

—Habrás notado que cada habitación está pintada en un color diferente.

Aaron miró dos de las habitaciones sin mayor interés hasta que llegaron a la tercera y rió con sarcasmo.

—¿Debo suponer que ésta es tu habitación?

—Sí —respondió Serina contemplando la habitación de estilo inequívocamente femenino, decorada según el gusto de su madre más bien que del suyo.

Aaron entró en la habitación y tomó una fotografía con marco de plata que estaba sobre el tocador. Era un retrato hecho por un fotógrafo profesional en un restaurante donde la familia se reunió para festejar los veintiún años de Rupert. Serina conocía la fotografía de

memoria. Todos estaban ante una mesa, sonrientes; su padre parecía menos reservado de lo que era su costumbre, su madre estaba muy guapa, vestida de verde pálido, Rupert reflejaba seguridad en sí mismo, al contrario que Philip, mientras que Serina, con trece años, llevaba un espléndido vestido rosa.

Como Aaron se quedó mirando fijamente la fotografía, la joven se sintió incómoda. Al dar un paso hacia él y mirar el retrato, se dio cuenta por primera vez de que en aquel entonces ya tenía los senos bastante desarrollados y los pezones se destacaban con claridad en la ajustada tela del vestido.

Pero en ese preciso instante perdió el aliento, pues se dio cuenta de que el brazo de Aaron estaba en contacto con un lado de su seno. Dio un paso atrás y se llevó una mano al cuello, pero no antes de percibir que sus pezones se endurecían, hasta un grado casi doloroso, bajo la fina tela del sostén.

Aaron miró por encima de su hombro y fijó la mirada en sus ojos, de manera directa.

—¿Qué edad tenías cuando os hicieron esta fotografía?

—Tre… tice —respondió apresurada.

—Sólo trece —repitió él, colocó la fotografía en su lugar y otra vez la miró de manera penetrante—. ¿Te causó muchos trastornos desarrollarte tan rápido?

—No… no fue fácil —tragó saliva.

—Creo que sé a lo que te refieres. Yo me desarrollé muy rápido también. No era precisamente un enclenque a los dieciséis años. Entonces empecé a actuar y a desear como un hombre, pero no era un hombre. Cometí muchos errores.

—¿Aaron? —la joven estaba perpleja y se preguntó si se referiría a su relación con Naomi y al hecho de haberla dejado embarazada tan joven.

—Yo, Serina —hizo una mueca—. ¿Creíste que por haber sido aclamado por el público, navegué por la vida sin ningún problema? La fama no siempre trae la felicidad, muy al contrario.

—Bueno, pero ahora ya no tienes que preocuparte por eso. Ya no eres una persona asediada por la prensa.

La expresión desolada desapareció del rostro de Aaron y la sustituyó una fría resolución que ya antes Serina había visto en sus ojos. El le inspiraba miedo; tanto por sus cambios de carácter como por la reacción que provocaba en ella.

—Tienes razón, Serina —expresó al fin—. Tienes toda la razón.

El timbre del teléfono fue una interrupción bienvenida.

—No tardo —se disculpó la joven y se dirigió a la habitación principal, en la que había un teléfono junto a la enorme cama doble.

Se inclinó para levantar el auricular, y cuando levantó la vista se sorprendió al ver que Aaron la había seguido y que estaba mirando el cuarto de baño integrado en la habitación. Lo vio tomar una toalla húmeda que estaba en el suelo y colgarla en un toallero de pared. Cuando Serina se volvió para darle la espalda, escuchó la impaciente voz de su hermano Rupert por el auricular.

—¿Serina? ¿Estás ahí? ¡Maldita sea, Sen, contéstame!

—Sí, soy yo —respondió la joven teniendo cuidado de no mencionar su nombre, pues le había dicho a Aaron que lo iba a ver más tarde.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Está mal la línea?

—No lo creo.

—Pues entonces habla más fuerte porque no te oigo.

¿Qué pasó con el comprador que fue a ver la casa ayer? ¿Hizo alguna oferta?

—Me temo que no. Cuando se enteró de que en el testamento había una cláusula que prohibía que se talasen los árboles del jardín trasero, y que por lo tanto no podría construir una piscina, salió a toda prisa de aquí.

—Maldita sea. No veo qué sentido tenía que mamá pusiera esa cláusula tan estúpida. Debiste convencerla de que no lo hiciera, Serina. Tú eras la que vivía con ella.

—Ni siquiera se me habría ocurrido —replicó—. Mamá adoraba a esos árboles. ¿Recuerdas que solía medir lo que habían crecido en un año, por Navidad? Eran muy importante para ella, Rupert —demasiado tarde se dio cuenta de que no debió mencionar su nombre.

—Tal vez —aceptó él—, pero ahora que mamá no está, ¿qué importancia tiene? Son sentimentalismos y nada más.

—El sentimiento es importante para algunas personas —señaló, aunque sabía que a su hermano y a su cuñada lo único que les importaba era vivir a lo grande, sin preocuparse de nada.

—¡No me vengas con esas estupideces, Serina! ¡Tú eres tan dura como una bota vieja!

—¿Eso crees? Mira, Rupert, tengo que colgar. En este momento

un comprador está viendo la casa. ¿Quién sabe? Quizá tenga buenas noticias cuando te vea —concluyó y se le ocurrió dar la impresión de que su hermano se dirigía hacia la casa.

—¿Cuando me veas? No me vas a ver, pues te llamaba entre otras cosas para avisarte de que Philip y yo, con nuestras respectivas mujeres, vamos a pasar la Navidad en un crucero. He querido advertirte para que decidas qué es lo que vas a hacer por Navidad, ya que sé la clase de demente tradicionalista que eres —Rupert estalló en una seca carcajada—. Todavía recuerdo cómo llegaste la última Navidad. De verdad, Serina, jamás entenderé cómo puedes encontrar algún encanto a todas esas estupideces. ¡Debe de haber toda una fila de hombres deseosos de pasárselo bien con una mujer como tú!

Serina sintió deseos de llorar. Y no por la forma en que acababa de ofenderla Rupert, porque ya estaba acostumbrada a que los hombres de su familia la consideraran una mujer fácil. La idea de tener que pasar sola la Navidad precisamente ese año, la afectaba profundamente.

—¿Tú crees? —replicó indignada—. Es posible que estés equivocado, pero no te preocupes. Vete y que te diviertas —añadió sin poder ocultar cierto tono de amargura.

—No seas así, hermanita, yo… ¡ay, al diablo contigo! No permitiré que me sometas a un chantaje emocional. Tú vive tu vida y yo viviré la mía. ¿Estamos? Adiós.

—Adiós —Serina colgó el auricular de un golpe y se dio cuenta de que acababa de anular la fingida cita. Se volvió lentamente y se encontró con el rostro inexpresivo de Aaron.

—Deduzco que Rupert no va a venir.

—No —respondió malhumorada.

—¿Entonces puedes salir conmigo después de todo?

—No —gritó, pues estaba demasiado furiosa para mostrarse amable.

—¿Por qué no?

—Ay, Dios —murmuró con amargura—. De nuevo con lo mismo. Mira, Aaron. He intentado rechazarte sin herir tu orgullo, pero tengo la impresión de que no has comprendido el mensaje. No quiero salir contigo. No estoy disponible para la clase de cita que tienes en mente. Nunca lo he estado, lo creas o no. Ahora vuelve por donde has venido, porque yo no… —aspiró para tomar aire—… quiero…

Se le hizo un nudo en la garganta y se dio cuenta de que tenía

que esforzarse para reprimir el llanto histérico que amenazaba con estallar.

El silencio que reinó en la habitación era eléctrico y Aaron la miraba con tal expresión de perplejidad que Serina casi se echó a reír. «Pobre Aaron», se dijo. Tal vez, lo único que él deseaba era un poco de alivio físico; una noche de falso amor; sin embargo, esa clase de relación no iba con la forma de ser de Serina. Por más que se sintiera atraída por Aaron, no pensaba ceder, pues eso significaría perder el respeto que se debía a sí misma.

—Lo siento. No había necesidad de ser tan grosera contigo, pero estoy cansada de que los hombres apenas me miren y ya piensen que pueden tener una aventura conmigo. Así que… hazme un favor y vete —se estremeció cuando Aaron se le acercó y la tomó de los hombros —. No —le pidió ella.

El de inmediato la soltó, pero no se movió de donde estaba. Serina levantó lentamente la mirada y se encontró con sus ojos que parecían hipnotizarla.

—Yo también lo siento. Me siento un poco avergonzado, porque tienes razón. Quería acostarme contigo, sin ataduras ni compromisos. Sólo sexo, sin detenerme a mirar atrás, a la mañana siguiente. Y la verdad es que… no pensé que a ti te importara.

Esa sincera confesión dejó a Serina sin aliento.

—Pero veo que me he equivocado. No eres en absoluto esa clase de mujer. Y con toda franqueza, es un alivio, porque tratándose de ti, Serina, yo no me conformaría con una aventura de una sola noche. Deseo mucho más que eso de ti.

Se aprovechó de su aturdimiento para tomarla entre sus brazos, y ella se dejó hacer sin oponer resistencia, más por su confusión que porque realmente lo deseara. Pero una vez en sus brazos, en contacto con la sólida calidez de su pecho, sus sentidos comenzaron a dar vueltas. «Si me besa», pensó ofuscada «no sé qué voy a hacer».

—Siempre te he deseado, Serina —murmuró Aaron, al tiempo que le acariciaba el cabello y la espalda—. ¿Lo sabías? Cuando te vi bailando en la discoteca de la escuela, me quedé pasmado al comprender lo mucho que te deseaba. Casi no pude soportar estar allí, y si después no fui más severo con los jóvenes, fue porque estaban haciendo lo mismo que quería hacer yo. ¡No te muevas! —continuó abrazándola—. Sé que no había excusa para lo que trataron de hacerte esos chicos, pero quiero explicarte la razón por la cual los hombres se comportan de una forma tan abominable contigo. ¿Tienes idea de lo tentadora que eres, Serina? Deja de luchar y escúchame. Después tú

puedes decirme lo que quieras. Tienes tal sensualidad que haces que los hombres te deseemos, aunque no sea esa tu intención. Pero hoy, Serina… tú también me has deseado. Lo sentí cuando me miraste y si lo niegas estarás mintiendo.

Ella se estremeció entre sus brazos, de manera que casi aceptó lo que Aaron acababa de señalar.

—Comprendo que no quieras correr a acostarte conmigo de inmediato. Piensas que si lo haces no te respetaré. Eso es admirable, sin embargo no es necesariamente cierto, porque somos adultos, no adolescentes, Serina —la apartó un poco y la miró intensamente a los ojos—. Sin embargo, aceptaré tus deseos y primero nos conoceremos un poco. Después correremos a la cama —añadió.

Serina lo miró fijamente preguntándose al mismo tiempo por qué no le había respondido, por qué no le aclaraba que no tenía por qué ser necesariamente así. No se trataba de conocerse un poco mejor, sino de si se enamoraban o no.

—¿Qué tal si bajamos a la cocina y me preparas una taza de café? —la volvió hacia la puerta con suavidad para que salieran de allí —. Estamos demasiado cerca de esa cama doble, para que me sienta tranquilo. Y así aprovechas para contarme lo de la cláusula del testamento; la casa me gusta, pero mi hija siempre ha querido tener una piscina.

# Capítulo 3

Esa noche Serina se quedó despierta, tendida en su cama, hasta la madrugada. Aaron la había acompañado hasta su casa después de que fueron a cenar y a ver una película. La dio un beso apresurado ante la puerta de su casa y le prometió que la llamaría pronto. Después se dirigió a su coche, silbando.

«¿Qué es lo que quiere de mí?», se preguntaba, tendida en el lecho.

Por la tarde, cuando le aseguró que deseaba que se conocieran mejor y que no quería una aventura de una noche con ella, Serina pensó que Aaron tal vez era sincero; que realmente quería una relación verdadera que comenzara con una simple amistad, esperando que sus sentimientos se profundizaran, antes de que se acostaran juntos.

Pero ahora Serina ya no podía tener esa esperanza.

Esa noche se había dado cuenta de que Aaron no hacía auténtico esfuerzo por conocerla mejor. Ni una sola vez le había preguntado algo personal sobre ella y tampoco le había dado información alguna sobre él, su matrimonio, su hija o su negocio. Durante la cena solo había hablado de comida y vinos, y en el cine, de actores y actrices. Por lo tanto, Serina se quedó con la sensación de que simplemente estaba ganando tiempo; que Aaron, con astucia, estaba esperando el momento en que pudiera dar el zarpazo de nuevo.

Eso la llevó de nuevo a la pregunta original: ¿qué quería de ella? Experimentó una desagradable sensación al comprender que sólo deseaba tener una aventura.

«¿Por qué la realidad nunca puede ser como soñamos? ¿Por qué los hombres no pueden ver más allá de un rostro sensual y de un cuerpo bonito, sin tener en cuenta a la mujer que llevamos dentro?» se preguntaba.

Paul era el único hombre que conocía que sí la había querido por ella misma. Serina cerró los ojos con fuerza. No le gustaba pensar en Paul, ni en su expresión de profunda tristeza cuando ella dio por terminada la relación. Sin embargo, comprendía que había sido lo mejor porque habría sido peor que las cosas continuaran, y fingir que todo estaba bien cuando no era cierto. Serina habría hecho todo lo posible por facilitar las cosas al dejar su empleo de secretaria de recepción en el hotel de Paul y trasladarse al norte, a la costa.

Sin duda, le había resultado muy difícil dar la espalda al único hombre que la había apreciado por lo que era y no por su apariencia

de símbolo sexual.

No tenía que esforzarse mucho para decir cuál era la Serina que le interesaba a Aaron. Aunque para ser justa, comprendía que un hombre tan amargado, como era su caso, no estuviera dispuesto a enamorarse. Tal vez, al cabo de un año, de nuevo estaría dispuesto a contraer un compromiso que al final condujera al matrimonio. El problema era que Serina realmente no creía que él fuera a esperar tanto tiempo antes de intentar seducirla de nuevo.

Pero, ¿de verdad era eso lo que ella deseaba? ¿Qué Aaron esperara? Durante todo el tiempo que habían estado juntos, ella había sido muy consciente de su presencia física, sobre todo en el cine, sentados lado a lado. De hecho, no había podido concentrarse en la película. En todo el tiempo no había dejado de imaginar cómo sería su beso de despedida. Para cuando la acompañó hasta la puerta de su casa, anhelaba sentir sus labios sobre su boca y sus brazos alrededor de su cuerpo.

Pero Aaron apenas la besó en la mejilla y la dejó presa de una frustración que nunca antes había experimentado. Serina estaba preocupada de que fuera una estrategia calculada por su parte, una astuta maniobra de un experimentado seductor.

Serina casi dio un salto cuando de pronto sonó el timbre del teléfono. Se apoyó sobre las almohadas desordenadas y, nerviosa, levantó el auricular. Antes de escuchar su muy atractiva voz masculina, ya sabía quién era.

—¿Serina?

—Si… —un escalofrío le recorrió la espalda.

—Acabo de llegar a Sydney.

—¿Cómo sabías que no estaba dormida? —trató de dar un tono de reproche a su voz, pero no lo consiguió.

—Si te sientes como yo… —murmuró con voz grave y sensual—, no podías estar dormida.

Un tembloroso gemido escapó de los labios de Serina antes de que pudiera impedirlo.

—Dios, no hagas eso —le suplicó él.

Serina se quedó callada, pero seguía temblando.

—Pasaré a recogerte mañana, después del trabajo.

—¡No! No, mañana por la noche trabajo —explicó Serina.

—No toda la noche.

—Otra vez me estás presionando, Aaron —señaló asustada.

—Muy bien —suspiró—. ¿Qué noche de esta semana no trabajas? Sin compromisos. Sólo será una cita.

—No cuento con ninguna noche esta semana hasta el domingo —respondió con firmeza y decidida a controlar la situación.

—El domingo —repitió Aaron—. Tengo que ir a casa de mi hermana el domingo por la noche, porque tengo una cena familiar. De hecho, vive cerca de ti —se mantuvo en silencio durante unos segundos—. Escucha, ¿por qué no me acompañas? Supongo que te parecerá muy apropiado, porque no hay modo de que te viole sobre la mesa del comedor, ¿o sí? Por lo menos —añadió con acre humor—, no sobre la mesa del comedor de mi hermana Jillian.

Serina se dijo que Aaron era un verdadero malvado; sus palabras convocaron en su mente imágenes muy eróticas. Le resultaba muy excitante seducirse sobre una mesa de comedor…

No obstante, su invitación para ir a cenar con su familia mitigó sus preocupaciones con respecto a él. De hecho, Serina estaba encantada. Ningún hombre hacía esa clase de invitación a menos que sus intenciones fueran serias. Sin duda, había desconfiado de Aaron sin fundamento.

—Está bien —aceptó ocultando que estaba feliz de que él deseara mantener una relación seria con ella.

—Perfecto. ¿Te parece bien a las siete de la tarde, el domingo?

—Muy bien.

—Ojalá estés preparada a tiempo, porque no tolero a la gente que no lo está.

—Estaré lista —le aseguró—. ¡Aaron! —exclamó antes de que él colgara.

—¿Sí?

—¿Qué has decidido sobre la casa?

—Nada todavía. Voy a comentarlo con Christine, el domingo por la noche cuando la vea.

—Pero… ¿acaso no vive contigo?

—Por ahora no. Estudia en un internado y pasa las vacaciones con mi hermana. Lo que sucede es que he vendido mi casa y vivo en un pequeño apartamento de la ciudad, solo, hasta que compre una casa en la costa central. Quiero que mi hija estudie en un colegio normal, donde pueda hacer amigos. A mí nunca me agradó la idea de

que estuviera interna, pero Naomi insistió. Cuando murió no quise trastornar los estudios de Christine, y decidí esperar el momento adecuado. Ahora me parece conveniente, pues muchos estudiantes cambian de escuela al ingresar en la preparatoria.

A Serina le impresionó mucho el tono tan severo que empleó Aaron al hablar de la decisión de Naomi acerca de enviar a la niña a un internado. Por primera vez se le ocurrió pensar que quizás ese matrimonio «perfecto» no lo había sido tanto. No supo si sentir alegría o preocupación, pues a veces la experiencia de un mal matrimonio escarmentaba de manera definitiva a la gente.

—Quizás esta casa os resulte demasiado grande a los dos —comentó Serina en un intento por averiguar si Aaron deseaba casarse otra vez.

—No, porque a mí me gustan los espacios amplios. Además, quiero que Christine pueda invitar a muchos amigos a nuestra casa.

—Ya veo… —comentó dándose cuenta de que no lo había conseguido.

—Te veo muy deseosa de vender, Serina. ¿Necesitas el dinero?

—Rupert y Philip dicen que sí —respondió con tono seco.

Realmente Serina era la que disfrutaba de la situación económica de los tres y había concebido la esperanza de que sus hermanos le permitieran vivir en la casa durante algún tiempo, pero no había sido así. La estaban presionando para que vendiera rápido, antes de que los precios bajaran aún más.

—Si necesitas dinero o lo que sea, sólo tienes que pedírmelo —le ofreció Aaron con suavidad.

Serina se tensó de inmediato, porque para ella el hecho de aceptar dinero de un hombre sólo podía significar una cosa.

—Estoy muy bien, Aaron. Y también estoy cansada.

—Ya he captado la indirecta —suspiró él—. Que duermas bien. Nos vemos el domingo.

A las seis y treinta y cinco minutos del domingo, Serina se encontraba ante el espejo del cuarto de baño. No sabía si maquillarse mucho o poco.

—Bueno, querida —habló sola ante el espejo—, sólo te vas a poner un toque de sombra azul en los ojos, un poco de rimel y pintura de labios de un tono coral pálido. ¡Nada seductor, sensual ni provocativo!

Cuando terminó, dio un paso atrás y se miró. El maquillaje estaba muy bien. Había concebido la esperanza de que recogiendo el cabello y poniéndose el traje azul de su madre lograría el efecto de discreción que buscaba. No obstante, no consiguió su propósito. El traje se ajustaba a su cuerpo de una forma atractiva, aunque no era provocativo porque era de cuello redondo mangas cortas y falda recta con vuelo al final.

El reloj marcaba las seis y cincuenta y dos minutos. Serina se calzó sus zapatos azules, que combinaban a la perfección con el traje, se colgó del hombro un elegante bolso que también había pertenecido a su madre. Estaba terminando de pintarse las uñas cuando sonó el timbre de la puerta.

El corazón le dio un vuelco por la sorpresa y vio que ya eran las siete en punto. Cerró el frasco de pintura de uñas y lentamente avanzó hacia la puerta principal. Agitaba las manos para secarse las uñas más rápidamente. Intentó abrir la puerta tomando el picaporte con la palma de la mano, pero no lo consiguió y suspiró irritada ya que él volvió a tocar el timbre.

—Acabo de pintarme las uñas, Aaron —gritó—, y no puedo abrir la puerta. Entra. No está cerrada con llave.

La puerta se abrió con tal fuerza que Serina tuvo que hacerse a un lado para que no la golpeara.

—Lo siento —se disculpó y se volvió para cerrar, lo que le dio la oportunidad a Serina para observar su atuendo.

Experimentó cierto alivio al ver que no vestía como un ejecutivo de éxito. Llevaba unos pantalones de corte informal, una camisa negra abierta y una cazadora que le recordó el Aaron de antes. No obstante, no dejaba de parecer irresistiblemente atractivo y sensual. De inmediato, el pulso se le aceleró de nuevo, y con ello su preocupación. Se preguntó si Aaron sería consciente de lo vulnerable que se sentía ella ante él. Tenía la esperanza de que no fuera así. Realmente deseaba que se conocieran bien antes de complicar su relación con el sexo.

Serina se preparaba para sonreírle con toda compostura, cuando Aaron se volvió para mirarla con un gesto de desaprobación.

—Serina, realmente deberías cerrar siempre la puerta con llave. Las estadísticas sobre robos de casas son alarmantes. Y eso, para no hablar del número de violaciones… —guardó silencio y la miró de pies a cabeza de una forma inquietante.

Serina dejó de agitar las manos, la boca se le secó y sintió una

expresión en el estómago. Sin embargo, decidió comportarse con normalidad, porque no era posible que se muriera de nervios cada vez que él la miraba.

—Buenas noches a usted también, señor Kingsley. ¿Puedo preguntar si su preocupación es por mí y por mi casa o por lo que pronto será suya? —demasiado tarde se percató de que sus palabras encerraban un doble sentido, pero fingió naturalidad y levantó una ceja con coquetería.

—Me estás insinuando que me meta en mis propios asuntos, ¿no? —se rió.

—Los hombres tienen el terrible defecto —respondió ella—, de dar consejos a las mujeres, cuando éstas no se los han pedido. A algunas mujeres no les agrada.

—¿No me digas? —preguntó divertido—. Trataré de recordarlo, señorita Independencia. ¿O debo llamarla «señora»?

Serina comenzó a soplarse las uñas, lo cual le daba una excusa para bajar la mirada.

—De ninguna manera, porque «señora» suena como una abeja encerrada en un frasco.

Aaron estalló en carcajadas y Serina pensó que por primera vez desde que volvió a verlo, parecía realmente contento, por lo que sintió gran satisfacción. Habría deseado hacerle ver que ella podía ser una compañera agradable incluso fuera de la cama, y que tenía toda la intención de que se diera cuenta.

—¿Ya se te han secado las uñas? —preguntó él, todavía sonriente—. La cena no nos va a aguardar indefinidamente. O más bien debo decir que Jillian no lo hará. Ya sabes cómo son todas las hermanas mayores; como mamá gallina.

—¡Ah! ¿Entonces es tu hermana la que es obsesiva con la puntualidad? Me preguntaba quién te había vuelto tan respetuoso con el tiempo.

El cambio de expresión de Aaron fue inmediato y casi alarmante.

—Todos tenemos defectos —replicó mirándola irritado.

—Ya… bueno, voy a por las llaves de la casa y podemos irnos —respondió Serina, desconcertada. Se volvió y se dirigió apresurada a la cocina.

Volvió a su lado al tiempo que pensaba que sería bueno enseñarle que el mundo no se venía abajo por llegar tarde de vez en cuando, pero se distrajo al ver la manera en que la miraba cuando se

dirigía hacia él.

—Qué preciosa eres, Serina —murmuró sin rastro de su irritación anterior.

—Gracias —contestó con voz sensual.

—Te prefiero con el cabello suelto. Después te lo soltaré yo.

El corazón de Serina dio un vuelco; sin embargo, logró mantener la compostura y lo miró con expresión fría y de reproche.

—Quiero recordarte Aaron, que me dejaste muy claro que esta noche sólo era una cita, sin compromisos.

—¿Yo te aclaré eso? —preguntó mirándola con la misma frialdad.

—Sí.

—Puedo ser paciente durante un poco más de tiempo —señaló con una sonrisa poco cálida—. Depende de ti —la tomó del brazo y salieron juntos.

Serina comprendió que Aaron esperaba que esa noche le permitiera hacerle el amor. Sin duda, estaba acostumbrado a conseguirlo todo con facilidad: el amor, las mujeres, el éxito. Decidió que no le permitiría hacerle el amor esa noche, pero que trataría de que pasaran una velada agradable.

Cerró la puerta, guardó las llaves en su bolso y anunció:

—¡Ya está segura! Ahora, háblame de tu hermana, Aaron, para saber algo de ella al llegar a su casa. Me contaste que es mayor que tú. ¿Cuántos años?

—De hecho, casi veinte. Es el único familiar que me queda y creo que me trata más como a un hijo que como a un hermano. Lo que me recuerda que le va a sorprender muchísimo verte.

—¿Sorprender? ¿Por qué? —estaba desconcertada de nuevo.

—Desde que me quedé viudo —explicó con una sonrisa divertida —, ha intentado que me relacione con cada mujer divorciada o viuda que ha conocido; todas de casi cuarenta años de edad y apariencia de matronas. Se siente obligada a convencerme de que siente la cabeza, lo cual para ella significa que tenga una esposa que sepa limpiar, cocinar, que se haga cargo de la casa y me haga feliz. Por desgracia, no estamos de acuerdo con la forma de hacerme feliz…

Esbozó una expresiva sonrisa al contemplar el cuerpo de Serina y la joven no pudo evitar sentir cierto placer. Ella podía hacerlo feliz. Ella era lo que Aaron refería.

Y no sólo eso, sino que tuvo la impresión de que Aaron estaba contemplando la posibilidad de volver a casarse. Su corazón se llenó de esperanzas.

—Parece que es una persona muy dulce. Realmente no creo que la sorprenda. Estoy mucho más domesticada de lo que te imaginas.

—¿Domesticada? ¿Tú? —estalló en carcajadas mientras la guiaba hacia su coche.

—Pues te sorprenderías. Pero, en serio, Aaron, si te molesta que tu hermana te esté buscando una pareja, ¿por qué la toleras? ¿Por qué no le pides que no se meta en tus asuntos y que tú seleccionaras a tu futura esposa, si es que decides volver a casarte?

—¡Dios mío, lo último que deseo en esta vida es volver a casarme! ¡Jamás! Pero explícale eso a una mujer que acaba de descubrir los encantos del matrimonio después de haber temido quedarse a vestir santos.

—¡Ah! —intentó superar la opresión que sintió en el pecho al oírlo—. Entonces, ¿tu hermana no hace mucho que se ha casado? —logró preguntar.

—Ya hace algunos años. Se casó con uno de los médicos que atendió a mi padre en sus últimos días. Gerald acababa de divorciarse después de treinta años de matrimonio y era evidente que necesitaba una mujer que lo atendiera. Eso no significa que no quiera a Jillian. Sí la quiere, y de hecho, mi hermana todavía es bastante atractiva para su edad.

Al llegar al coche, Aaron le soltó el brazo para abrir la puerta. Mientras tanto, Serina se mantuvo en silencio. Estaba perpleja por haberse enterado de que no tenía intención alguna de volver a casarse. Ella, por su parte, se había jurado que nunca permitiría que la utilizaran como un objeto sexual. Sin embargo, eso era lo único que Aaron quería. Se había estado engañando al pensar que no era así. No había querido admitir que era igual que todos los otros hombres que la habían rondado.

—Una cosa más —añadió él al abrir la puerta—, y sólo para que no vayas a sorprenderte. La cena de esta noche es para celebrar mi cumpleaños. Hoy he alcanzado la venerable edad de treinta y cuatro años.

—Tu cumpleaños —repitió—. ¡Ay, Aaron! ¿Por qué no me lo comentaste para comprarte un regalo o al menos una tarjeta?

Aaron se dio cuenta de que estaba enfadada, así que la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos y, con voz sensual, le

comentó:

—Me conformo con un beso de cumpleaños.

Ella lo miró con los ojos desorbitados y un nudo en la garganta.

—No te preocupes —murmuró él y bajó la cabeza para besarla levemente. Sin embargo, no se detuvo allí; volvió a besarla una y otra vez, con gran ternura, apenas rozándole los labios con pasión reprimida e increíble erotismo. Después levantó la cabeza y la miró fijamente—. Maldita sea, eres irresistible —susurró.

La tomó entre sus brazos y esa vez la besó con mucha más pasión. Serina sintió flaquear las piernas y el bolso se le cayó al suelo al tiempo que se aferraba a sus hombros. Cuando Aaron comenzó a mover la boca sobre sus labios, una corriente atravesó el cuerpo de la joven, recorriendo sus venas hasta llegar a su cabeza, aturdiéndola. Abrió la boca y sintió la lengua de Aaron, húmeda y salvaje.

Pero de pronto él se apartó y ella experimentó una sensación de abandono. Gimió y se aferró a él, con los ojos cerrados y el rostro levantado esperando más. Ningún hombre le había hecho aquello antes. Durante tantos años, nada. Y ahora ese éxtasis; estaba cautivada…

Aaron emitió una especie de gruñido, como un animal por lo que Serina abrió los ojos alarmada. De inmediato él empezó a besarla otra vez, con una pasión salvaje, y la abrazó con fuerza.

De repente se oyó un penetrante silbido. Aaron se apartó un poco, pero Serina se aferró a él porque no quería que la dejara. Sin embargo, volvió a oírse otro silbido insolente y Serina por fin comprendió lo que estaba haciendo. Se volvió y se cubrió los temblorosos labios con una mano; estaba sonrojada por la vergüenza. Al mirar de soslayo vio a un vecino, de unos quince años, que los contemplaba con cínica expresión.

—¡Sigan, sigan! —gritó el chico.

—Ten —Aaron recogió el bolso del suelo y se lo entregó a Serina —. Más vale que nos vayamos antes de que escandalicemos a todo el vecindario.

Si en algo podía confiar Serina era en que era capaz de recuperar el control de inmediato, aunque por dentro estuviera enfadada, irritada o aturdida, como en ese momento.

De manera que Serina recuperó la compostura y subió al coche. Se puso el cinturón de seguridad y adoptó una expresión tranquila y serena. Cualquier otra reacción implicaría que los besos de Aaron la habían afectado de manera inusual.

En cuanto él tomó asiento, ella lo miró de soslayo y no pudo evitar observar su expresión de satisfacción y casi presuntuosa. ¿Acaso pensaba que había cambiado de opinión y que le estaba dando luz verde para que mantuvieran relaciones sexuales como él deseaba?

«Por supuesto que eso es lo que piensa, boba», se respondió con sinceridad. Se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos, desolada. Siempre había sido consciente de la atracción sexual que sentía hacia Aaron; sin embargo, estaba perpleja por la intensidad con la que le había respondido. Acababa de excitarse hasta el punto de perder la cabeza. Si en lugar de estar en la calle, hubieran estado en la casa, sin duda habrían acabado en la cama.

Serina estaba dividida entre la tentación y su fuerte sentido de la supervivencia. Por un lado, una voz le gritaba que olvidara su orgullo y se aferrara a ese placer sexual que nunca antes había experimentado; que ni siquiera había soñado que existiera. Por otro lado, el sentido común le advertía que no debía ceder ante él pues, eso la conduciría a un dolor mayor del que alguna vez hubiera experimentado.

Había esperado veintiocho años con la esperanza de encontrar el verdadero amor. No quería mantener una aventura sexual. Deseaba satisfacer sus sueños, su cuento de hadas.

Sin embargo, le había bastado mirar a Aaron una vez para saber que hacía mucho tiempo que él ya había dejado de creer en los cuentos de hadas.

Aaron puso el coche en marcha y Serina gimió para sus adentros. Tenía la esperanza de que más tarde, por la noche, cuando él la llevara de vuelta a su casa, ella tuviera el valor para hacer lo que tenía que hacer.

# Capítulo 4

Serina permaneció en silencio mientras Aaron conducía el coche colina abajo. Y bien pudo haberse quedado en silencio indefinidamente rumiando su tristeza, si la curiosidad no la hubiese ganado al ver que, en lugar de seguir por la autopista que llevaba a Gosford él tomaba un estrecho sendero, plagado de baches en medio de un valle desierto.

—¿Dónde vive tu hermana?

—Cerca de Forrester Beach. Este es un atajo, pero mira en qué condiciones está. ¡Uno puede caer en uno de esos baches y jamás volver a aparecer!

—Es por toda esa lluvia que hemos tenido.

—Como si fuera necesaria más lluvia en esta zona —replicó malhumorado.

Serina tuvo que estar de acuerdo, porque aquella era una zona ya de por sí rica en vegetación y con la lluvia excesiva comenzaba a parecer una jungla.

—Estas son condiciones muy diferentes a las que tuvieron en cuenta los fabricantes de este coche —añadió Aaron cuando un neumático cayó en un bache.

—Quizá sería mejor que volvieras a la autopista, aunque sea más largo el trayecto.

—Mmm —el hombre la miró de soslayo—. Ya es demasiado tarde. Una vez que me propongo algo, me niego a dar marcha atrás.

Serina no pudo expresar su acuerdo o desacuerdo pues en ese momento el coche cayó de lado sobre una zanja, haciendo un terrible estrépito y deslizándose por el barro hasta que se detuvo por completo. No tuvieron que sacar la cabeza para averiguar lo que había sucedido: el neumático posterior izquierdo había sucumbido al nefasto terreno.

—¡Maldita sea! —exclamó Aaron golpeando el volante.

—No te preocupes —intervino ella, que ya estaba acostumbrada a los inevitables contratiempos en sus múltiples recorridos—. No es nada serio. Tienes una rueda de repuesto, ¿no? Yo te ayudo —propuso al tiempo que bajaba del coche.

Aaron hizo lo mismo y se volvió hacia ella.

—No seas tonta, Serina. No puedo permitir que te ensucies la ropa en este barrizal. Súbete al coche.

—¡Por supuesto que no! —replicó—. Tu ropa es tan buena como la mía. ¿Tienes alguna manta que podamos extender a un lado del neumático?

—Creo que sí —respondió y esbozó una expresión de irritación al ver que Serina se negaba a representar el papel de dama indefensa e inútil.

Ambos caminaron hacia la parte posterior del coche y él abrió el maletero, de donde sacó una manta.

—Conviene que pongas las luces de emergencia —le aconsejó Serina, ya que estaba oscureciendo.

—No te gusta que te den consejos, pero a ti no te importa darlos, ¿verdad? —le preguntó Aaron con una sonrisa sarcástica.

—Lo siento —se encogió de hombros—. ¿Te parece mejor que simplemente me quede mirando con expresión de ansiedad?

—No… basta con que te veas tan hermosa.

Ella lo miró con preocupación al comprender lo que podía hacerle con una sola palabra. Era demasiado excitante, seductor y tentador. Experimentó una especie de ira al pensar que el destino era muy cruel con ella por haberla puesto otra vez en contacto con el hombre de sus sueños, sólo para descubrir que tenía defectos.

Serina deseaba un verdadero amor, un matrimonio y tener su propia familia. Ya no quería perder más el tiempo con relaciones superficiales. Esa vez deseaba conseguir algo verdadero, y sin embargo lo que se le ofrecía era una aventura temporal que no la conduciría a nada. Y lo que la irritaba más era que, de hecho, tal vez aceptaría.

—Está totalmente desinflada, ¿verdad? —le dio una patada al neumático con todas sus fuerzas.

—En efecto no estás equivocada —comentó Aaron y se inclinó dentro del coche para encender las luces de emergencia—. Ten… tengo una tarea para ti. Sostén mi chaqueta.

Se quitó la prenda para revelar el estupendo físico que siempre había tenido. Serina tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no mirarlo, mientras él se subía las mangas de la camisa. Sin embargo, cuando él acabó de levantar el coche con el gato y se inclinó para aflojar los tornillos, la joven no pudo evitar mirar de manera automática cómo se le ceñía el pantalón a las caderas y a los muslos. La camisa también se le ceñía a la espalda y, mientras lo observaba, Serina experimentó el deseo irreprimible de colocar las manos sobre sus hombros. Lo hizo con la mente, pero no se detuvo allí. En su fantasía, empezó a deslizar las manos hacia abajo por su cuerpo,

tocándolo y explorándolo…

—¿Lo quieres intentar tú? —preguntó de pronto Aaron levantando la mirada.

La joven lo contempló anonadada, pero después comprendió que él no podía referirse a lo que ella estaba pensando.

—¿Quiero intentar qué? —preguntó con voz temblorosa.

—Quitar ese maldito tornillo —replicó mientras se erguía—. Ese maldito no quiere ceder —tomó su chaqueta y le entregó el destornillador—. Puedes intentarlo tú mientras yo descanso.

Serina había desarrollado una fuerza poco común dada la diversidad de trabajos que había realizado. Aspiró profundamente, se inclinó y con todas sus fuerzas hizo girar el destornillador y el tornillo cedió.

—¡Dios santo, lo has conseguido! —exclamó Aaron.

Serina se levantó con expresión de triunfo y le devolvió la herramienta.

—Por supuesto. Tienes que saber que las mujeres servimos para algo más que para servir el té.

—Mmm… no me cabe la menor duda —respondió entre dientes mientras contemplaba sus labios.

Serina se quedó como congelada. El único sonido que podía oírse en aquel valle desierto era el de la respiración de ambos. La mirada de Aaron expresaba un intenso deseo y si no se hubieran encontrado en plena carretera, Serina estaba segura de que la hubiera tomado entre sus brazos y la habría besado. Sin embargo él dio media vuelta y se dedicó a cambiar el neumático, dejándola de pie y con el corazón en la boca.

—Listo —anunció Aaron irguiéndose para llevar el neumático pinchado al maletero,

Serina levantó la manta y se acercó a él.

—Su… supongo que vamos a llegar tarde a la cena —comentó en voz baja.

—Sin duda, pero no te preocupes. Iremos al taller mecánico más cercano para que arreglen este neumático y desde allí llamaré por teléfono a Jillian para contarle lo que ha sucedido —miró su reloj—. Todavía podemos llegar a su casa a las ocho.

—Espero que no me culpe a mí.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Serina se encogió de hombros.

—Bueno, más vale que nos pongamos en camino —añadió él.

Serina experimentó un verdadero alivio cuando al fin lograron llegar a la autopista principal, pues había comenzado a llover otra vez y Aaron había tenido que conducir con lentitud para evitar los baches.

—Mira, allí hay un taller y un teléfono —señaló Serina.

Quince minutos más tarde de nuevo se encontraban en camino y Jillian se había mostrado aliviada con la llamada.

—¿Siempre te miran de esa manera los hombres? —preguntó él con desagrado.

—¿Cómo? —la chica frunció el ceño—. ¿Quién?

—Ese pequeño mecánico asqueroso. No ha dejado de mirarte ni un solo instante mientras te estabas limpiando los zapatos.

—Ah —de ninguna manera era esa una nueva experiencia para Serina, pero ahora comprendía que tal vez no debió sonreírle al mecánico cuando le pidió unos pañuelos de papel—. No es culpa mía que me miren los hombres —respondió a la defensiva—. A veces resulta irritante, pero, ¿qué puedo hacer? ¿Ponerme un velo como una mujer musulmana?

—Tal vez no sea tan mala idea —replicó él.

—No seas ridículo. Por una parte, hace demasiado calor y por otra, no merezco que se me castigue porque los hombres tienen la mente sucia.

Aaron permaneció sumido en un silencio que resultaba ofensivo, con expresión malhumorada.

—Pensé que íbamos a Forrester Beach —señaló Serina cuando pasaron de largo por donde debían haber girado.

Aaron respondió algo, que si bien no podía considerarse obsceno, tampoco habría sido bien aceptado en una cena familiar.

—Creo que tú no me ayudas mucho a concentrarme —disminuyó la velocidad y tomó un cambio de sentido.

—Quizá entonces no has debido invitarme a salir; podrías haberte conformado con una de esas viudas que te ha seleccionado Jillian.

—¡Dios, no!

—Bueno, al menos podrías concentrarte y el mecánico no las miraría con tanto interés.

—Sería mucho más seguro en todos los sentidos —hizo una mueca—. Pero muy aburrido, algo que tú jamás podrás ser, Serina. Exasperante, sí, frustrante también, pero, ¿aburrida? ¡Nunca!

—Qué alivio.

—¿Siempre eres tan encantadoramente sarcástica? —estalló en carcajadas.

—Sólo los domingos por la noche.

—No, no. Eso no es cierto. Te portaste igual el martes pasado con el pobre Rupert.

—¡Mmm!

—¿No vas a replicar nada? —preguntó él en tono de broma.

—Nunca en domingo —repuso dándose cuenta de que la conversación había degenerado inevitablemente en franca coquetería entre ambos.

Aaron tomó un desvío y comenzaron a ascender por una calle inclinada.

—Cuéntame algo sobre tus hermanos antes de que lleguemos —dijo Aaron—. Ya estamos muy cerca y no quiero que descubran que hace mucho tiempo que no nos vemos.

Serina para tratar de tranquilizarse, respiró profundamente ante la perspectiva de conocer a la familia de Aaron.

—Rupert ya tiene treinta y seis años —explicó—, es abogado y trabaja en Sydney. Está casado con Vivian y no tienen hijos. Philip se dedica a hacer programas para ordenadores. Tiene treinta y dos años y está casado con Evonne, que ha sido modelo. Tampoco tienen hijos todavía.

Aaron se quitó el cinturón de seguridad y se volvió hacia Serina.

—Lo has hecho muy bien. Debería contratarte para que redactaras mis informes. Sucintos, pero informativos. ¡Ahora, a pesar de lo mucho que me gustaría quedarme aquí afuera contigo, creo que deberíamos entrar! Ya deben de haber calentado la sopa por tercera vez.

—¿Tu hermana estaba muy enfadada? —preguntó Serina cuando caminaban hacia la casa.

—Creo que más que enfadada estaba preocupada. Christine es la que estaba molesta, porque la veo poco y es muy posesiva conmigo.

—Comprendo —murmuró Serina pensando en la hija de Aaron. Era una pena que hubiera perdido a su madre, siendo apenas una

adolescente. Si Aaron tenía treinta y cuatro años, calculó que la joven debía de tener dieciséis.

—¿Le gusta estar en el internado, Aaron?

—Nunca se ha quejado —se encogió de hombros—, pero de cualquier forma no me lo hubiera dicho. Es una chica muy buena. Te agradará.

De pronto, alguien abrió la puerta principal de par en par.

—¡Gracias a Dios, por fin has llegado!

El dueño de aquella voz era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de agradable rostro redondo, cabello cano y un cuerpo que delataba su excesiva afición por las cenas y fiestas.

—Lo siento, Gerald —se disculpó Aaron.

—No fue culpa tuya, viejo —respondió el hombre—, pero es difícil mantener la comida caliente y al mismo tiempo apetitosa —de pronto dirigió sus ojos vivaces hacia Serina—. Ah, ahora entiendo lo que tratabas de explicarme la otra noche por teléfono, viejo. Una mejoría indiscutible de lo que Jillian te ofrecía la semana pasada, ¿no?

—Mmm —fue la respuesta de Aaron.

—Te llamas Serina, ¿no? —continuó Gerald con una amplia sonrisa.

—Serina Marchmont —respondió la joven.

Se preguntó qué era lo que Aaron le habría comentado sobre ella. Sospechaba algo como: «Espera a ver lo que te voy a llevar; medidas perfectas, cabello rubio, y sin cerebro». Esa sospecha reforzó su decisión de no permitir que Aaron le hiciera el amor esa noche.

—¿Debo llamarle Gerald o «doctor»? —inquirió Serina.

—¡Gerald, si es que sabes lo que te conviene, jovencita! Nada de esas pedanterías de «doctor».

—¿No os parece que deberíamos pasar? —sugirió Aaron un poco tenso, pues daba la impresión de que no le agradaba la abierta admiración que Gerald le demostraba a Serina.

Pasaron al vestíbulo y Serina vio confirmadas sus sospechas cuando llegaron a la casa. No habían escatimado un céntimo en la construcción, el decorado o el mobiliario de la casa.

—Ya era hora —dijo una mujer que salió de uno de los salones adyacentes.

Jillian era aún una mujer muy atractiva. Miró a Serina de forma

penetrante y se acercó a su hermano para darle un beso en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, querido —se volvió entonces hacia la joven con una sonrisa—. Y supongo que ella debe de ser Serina. Tenías razón, Aaron. Es muy bonita.

La chica no podía soportar que se hablara de ella como si fuera un maniquí.

—Muy amable de su parte —repuso como si la señora se hubiera dirigido de manera directa a ella—. Pero nunca me he considerado bonita. Para empezar, tengo la boca demasiado grande.

Gerald se aclaró la garganta de una forma bastante evidente y su esposa lo miró echando chispas por los ojos.

—¿Qué sucede ahí afuera?

Todos se volvieron en el momento en que otro hombre apareció en el vestíbulo. Serina calculó que tendría unos cuarenta años; tenía el cabello negro y ondulado, y ojos castaños.

—Cielos, Aaron. Si vas a llegar tan tarde a tu propia cena de cumpleaños, lo menos que puedes hacer es acabar de entrar, cuando al fin llegas —después recorrió a Serina con la mirada, hizo una mueca maliciosa y añadió—: Me alegro de que al fin hayas seguido mi consejo.

La joven se tensó y se preguntó a qué se referiría en concreto.

—Este desafortunado personaje disfrazado de caballero, Serina es mi socio, Craig Everly. Quizá pronto sea mi ex socio —comentó al tiempo que echaba chispas por los ojos mirando a Craig—. Pero, tienes razón sobre una cosa. Sería bueno acabar de entrar… ya deberíamos estar cenando. Y ahora, ¿dónde está mi hija?

—¡Papá! —exclamó la jovencita—. ¿Dónde has estado?

Una adolescente vestida con unos vaqueros y una enorme sudadera blanca se lanzó a los brazos de Aaron.

—Feliz cumpleaños —le dio un efusivo beso.

—Gracias, dulzura —la abrazó con entusiasmo y después la hizo volverse hacia Serina—. Ahora, ¿qué te parece si saludas a nuestra invitada? Serina, ésta es Christine, mi energética hija. Christine, te presento a Serina, una vieja amiga de mi época de estudiante.

—¿Vieja? —preguntó la jovencita con un chillido—. No es vieja, papá. A menos que se haya hecho la cirugía plástica.

Serina estalló en carcajadas. La jovencita era muy guapa, de cabello ondulado, castaño, y ojos del mismo color.

—¡Todavía no me he hecho la cirugía! —confesó la joven y pensó que Christine era una chica muy espontánea. Al menos su estancia en el internado no la había vuelto tímida o introvertida.

No obstante, lo que sí tenía era una marcada tendencia a hablar mucho y a gran velocidad. Le habló a su padre del pastel que le había preparado y de su regalo, que era «pavoroso», una palabra que al parecer utilizaba con mucha frecuencia.

Después de un rato, Jillian se fue a la cocina con Gerald para servir la cena, no sin dejarle instrucciones precisas a Craig para que distribuyera los asientos en torno a la mesa del comedor. Craig lo hizo con gusto, y empezó por sentar a Serina a su lado, pues explicó que Christine deseaba sentarse junto a su padre. A Aaron no pareció agradarle mucho aquello; sin embargo, a Serina no le molestó en absoluto. De hecho, prefería estar alejada de su perturbadora presencia.

Una vez sentados, Serina miró a su alrededor y admiró el comedor y el buen gusto de Jillian, que volvió a aparecer con Gerald. Una vez que la sopa fue servida, Serina y el médico mantuvieron una breve conversación sobre vinos, lo que dejó perplejos a Aaron y a Craig. Ella experimentó un particular placer ante su sorpresa y, con toda naturalidad, entabló conversación con Christine. Le preguntó si su padre le había contado algo sobre la casa.

—Sí —respondió la jovencita con entusiasmo—. Me lo dijo por teléfono. Al parecer es fantástica y realmente no me importa tanto que no podamos tener una piscina. De cualquier forma, prefiero la playa. ¿Cuándo puedo ir a verla? ¿Mañana?

—Christine —la interrumpió su padre en voz baja—. Sabes muy bien que mañana tengo que trabajar.

—¿Por qué no vienes tú sola? —sugirió Serina, que prefería eso a la presencia de su padre—. El lunes es mi día de descanso. Iba a ir a hacer algunas compras navideñas, pero…

—Ay, pero yo también tengo que hacer algunas compras, ¿verdad, tía Jillian? Serina podría ayudarme a encontrar algo para papá. Ya sabes lo difícil que es comprarle regalos, y estoy segura de que ella sabrá perfectamente lo que le gustaría a un hombre.

Siguió un silencio incómodo antes de que Aaron interviniera.

—Bueno, si a Serina no le importa…

—En absoluto —aseguró Serina de inmediato—. ¿Conoces la librería de Gosford?

—Sí —respondió entusiasmada Christine.

—Nos vemos en la puerta, a las nueve en punto, para entrar en las tiendas antes de que se llenen de gente. Después iremos a ver la casa y te llevaré de vuelta en mi moto.

—¿No te referirás a una moto de verdad? —preguntó Jillian, horrorizada.

—Bueno, sí, yo…

—Tal vez —intervino Aaron con delicadeza—, salga temprano de la oficina y me encuentre con las dos en la casa. Así traeré a Christine en el coche.

Serina sintió un alivio instantáneo, pues comprendía que era muy poco probable que Aaron intentara seducirla en presencia de su hija.

La cena siguió su curso y cuando la música de fondo terminó, Gerald se levantó para cambiar la cinta.

—Ay… Chopin —suspiró Serina al reconocer una de sus famosas polonesas.

—¿Reconoces la música de Chopin? —preguntó Aaron sorprendido.

De hecho, Serina no era una experta en esa música pero Paul sí, y le gustaba Chopin en especial. Solía tocar su música sin cesar. Sin embargo, no estaba dispuesta a confesarlo.

—No la reconozco toda, pero la Polonesa en A mayor es una de mis favoritas. No ocurre lo mismo con sus sonatas de piano. Las tres son en clave menor y yo prefiero las de clave mayor. Son mucho más positivas y conmovedoras, ¿no te parece? —preguntó con voz sedosa.

—Pues… sí. Estoy seguro de que tienes razón.

—Serina no es sólo un rostro bonito, ¿verdad? —comentó Gerald con agudeza y sonrió a la joven como si fueran cómplices.

—Por supuesto —confirmó Craig deslizando la mirada por sus senos firmes y después por sus labios.

Serina sintió la tentación de lanzarle su plato a la cabeza.

—Yo creo que no es bonita —opinó Christine—. Es preciosa.

El cumplido fue tan sincero que Serina se sonrojó. Por decir algo, le preguntó a Jillian por la receta de la cena y la señora se mostró muy contenta. Durante unos minutos la conversación giró sobre ese tema.

—También sabes algunas cosas sobre cocina, Serina —expresó el médico—. ¿A qué te dedicas exactamente? Serina vaciló y miró a Aaron, que la observaba con expresión especulativa.

—He hecho tantas cosas durante todos los años que llevo trabajando, que ya ni siquiera lo recuerdo bien —admitió y hubo un silencio que indicaba que esperaban que prosiguiera—. He vivido en distintos lugares y he viajado por la costa de Queensland, trabajando en diferentes centros turísticos. Hice un curso sobre preparación de cócteles y bebidas, y prefiero trabajar en ese aspecto, que es en el que me he convertido en una experta. Pero también he trabajado como secretaria de recepción, camarera, ayudante de cocina, instructora de aerobic, organizadora de diversiones… Incluso he trabajado de obrera de la construcción —se rió al recordarlo.

—¡Cielos! —exclamó Christine—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Es mucho más fuerte de lo que parece —señaló Aaron con una sonrisa irónica—. Eres un dechado de virtudes ocultas, ¿no? —añadió con buen humor.

—Algunas no tan ocultas —manifestó Craig con muy mal gusto y al oído de Serina, de manera que nadie más pudo escucharlo.

Serina se inclinó y le susurró al oído:

—Otra broma de esas, amigo, y te parto las espinillas y después te tiro la comida encima. ¿Entendido? Ahora sonríe, Craig, querido. La gente nos está mirando.

El hombre no sólo sonrió, sino que estalló en carcajadas.

—¿Podemos compartir la broma? —preguntó Aaron con tono cortante.

Serina lo miró y se dio cuenta por su expresión que estaba celoso quedó perpleja. ¿Acaso se había equivocado con respecto a él? ¿Estaba empezando a sentir algo más por ella aparte de lujuria?

—Serina sólo me ha pedido que no ponga los codos sobre la mesa —respondió Craig con evidente experiencia en esos casos—. No se trataba de ninguna broma.

—¿De verdad? —inquirió Aaron con suma sequedad.

—¿Estamos todos listos para tomar el postre? —intervino Gerald de inmediato.

Daba la impresión de que así era; sin embargo Aaron continuaba mirando con sorpresa a Craig y a Serina.

El postre resultó delicioso y se mereció las alabanzas de Serina, que se ganó así Jillian. Cuando el médico les sugirió que pasaran a la sala a tomar el café, Aaron se apresuró a acercarse a la joven, la tomó del brazo y la sentó junto a él, en un sillón de dos plazas.

—Ya veo que tengo que vigilarte de cerca —murmuró con insolencia—. Eres una coqueta incorregible.

—No es cierto —lo miró echando chispas por los ojos.

Él le colocó un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí.

—Es cierto. No lo eres —le susurró al oído—. Tú no coqueteas, sino que calculas cada uno de tus movimientos. Eres una Eva total, ¿no? Pero no te conformas con Adán, sino que quieres que te deseen todos los hombres que se topan contigo.

Serina aspiró profundamente, sintiendo un terrible dolor. Bajo otras circunstancias se habría ido de allí de inmediato; sin embargo, en ese momento vio que Christine se acercaba con un montón de regalos y no quiso estropearle la noche. No obstante, estaba ansiosa por responder a las acusaciones de Aaron.

—¡Hora de abrir los regalos! —anunció la jovencita y Jillian llegó con la bandeja del café y la tarta de cumpleaños.

Serina se vio obligada a reír la siguiente media hora, mientras se abrían los regalos y todos comían tarta.

—¿Qué te ha regalado Serina? —inquirió Craig en doble sentido —. ¿O no se puede preguntar?

—Ya que apenas estamos volviendo a tratarnos —respondió Aaron con voz suave—, no esperaba que me regalara nada. El placer de su compañía, por sí solo, es un regalo.

—¡Ay, papá, qué tierno! —exclamó Christine.

—Casi poético —se burló Craig.

—Creo que estáis avergonzando a la pobre niña —comentó Gerald.

—Tonterías —intervino Jillian—. Serina no es una niña y mi se avergüenza con tanta facilidad, ¿o si, querida?

—Debo aceptar que la vergüenza, en estos casos, sí depende mucho de la edad, pero me temo que todavía no soy inmune por completo —miró a Craig y luego a Aaron con expresión fría, antes de añadir—: No quisiera ser aguafiestas, pero lo cierto es que estoy cansada…

—Parece que ya tengo que llevar a Cenicienta a su casa —Aaron levantó las cejas. Convinieron en que él pasaría a recoger a Christine a las cuatro de la tarde, en casa de Serina el día siguiente. Cinco minutos más tarde la pareja se encontraba viajando de vuelta.

Otros tantos minutos después, Serina y Aaron seguían sin

pronunciar palabra, de manera que fue él quien empezó a hablar:

—¿Debo suponer, por tu silencio, que no me vas a invitar a pasar a tu casa?

—Supones bien.

—¿Por qué? ¿Por lo que te comenté o porque has decidido que prefieres a Craig? ¿Mientras charlabais en la cena, te dijo que está divorciado? ¿Piensa pasar a verte esta noche? ¿Por eso querías que regresáramos temprano?

Serina casi no podía creer lo que estaba oyendo.

—He querido venirme temprano —replicó muy molesta—, porque has sido muy ofensivo. Por ninguna otra razón.

—No me negarás que Craig te ha estado seduciendo durante la cena y que te ha gustado —insistió.

—Craig no me estaba seduciendo y a mí no me estaba gustando nada —le informó irritada—. Si lo quieres saber, hizo un comentario muy vulgar sobre mis senos y yo le advertí que, si no se callaba, le iba a partir las espinillas y a tirarle el plato encima.

Aaron se volvió para mirarla perplejo. Después echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas.

—¡Ay, eso me gusta! ¡Me gusta mucho! —exclamó entre risotadas.

—Pues a mí no —replicó ella—. Me ha resultado verdaderamente aburrido. Ya estoy harta y hasta la coronilla de que los hombres de mente sucia me miren los senos y de inmediato piensen que soy una «bomba sexual». Y eso te incluye, Aaron, aunque esperaba mucho más de ti. Solías ser un hombre inteligente e íntegro. O por lo menos, eso es lo que siempre creí, pero veo que estaba equivocada.

Aaron se quedó muy serio, reflexionando sobre sus palabras.

—Mira, lo siento, Serina de verdad. Debo confesar que he sido culpable al suponer algunas cosas con respecto a ti. Claro… eso no quiere decir que tus senos sean muy… humm…

Serina se volvió hacia él echando chispas por los ojos.

—Si pronuncias una sola palabra más —lo interrumpió—, ¡me bajo del coche!

# Capítulo 5

Terminaron el trayecto en silencio. Aaron detuvo el coche frente a la casa, apagó el motor y se volvió hacia Serina. No mostraba el menor arrepentimiento, sino más bien esbozaba una sonrisa sarcástica.

—¿Y bien, Serina? Entonces, ¿no me vas a invitar a pasar para que tomemos juntos una taza de café?

Ella aspiró profundamente para reunir las fuerzas que necesitaba; tenía que ser fuerte e inteligente.

—Ni esta noche, ni ninguna otra, Aaron. No quiero volver a verte de manera personal. No deseamos las mismas cosas en la vida.

Aaron guardó silencio durante unos segundos.

—No estoy de acuerdo contigo —respondió al fin con voz tensa —. Pero no voy a tratar de que cambies de opinión a estas horas de la noche mañana, cuando venga a recoger a Christine, hablaremos. Sin embargo, insisto en asegurarme de que entres en tu casa, sana y salva.

—No es necesario —se opuso porque sentía pánico—. Realmente…

—Siento contradecirte, pero la casa está a oscuras. Vives en una zona muy aislada, así que no podré descansar tranquilo hasta que me cerciore de que no hay nadie allí dentro.

Serina iba a protestar de nuevo, pero Aaron ya había bajado del coche. Juntos caminaron hasta la puerta principal. Una vez dentro, él revisó toda la casa y se reunió con la chica, que lo esperaba en el vestíbulo. Se quedó perpleja al ver que Aaron cerraba la puerta.

—¿Qué… qué haces? —preguntó temblorosa.

—Te voy a besar para darte las buenas noches —miró sus ojos azules con decisión—, pero esta vez, no quiero que nada ni nadie nos interrumpa.

—Pero… pero yo no quiero.

—Simplemente es un beso, Serina —insistió cuando ya la había abrazado—. No montes un escándalo por eso.

Serina miró los labios de Aaron que se acercaban a su boca, y pensó que, tratándose de ese hombre, la frase «simplemente es un beso», era absurda. Un instante antes de que sus bocas hicieran contacto, la chica apretó los labios, por lo que él se detuvo.

—Vamos —insistió con voz suave—. Puedes hacerlo mucho mejor. No olvides que es mi cumpleaños.

Comenzó a deslizar los labios con suavidad sobre los de ella, de forma provocativa. Serina cerró los ojos con fuerza y trató de pensar cualquier otra cosa. «Mantén la boca cerrada», se ordenó. «En unos cuantos segundos, esto habrá terminado»

Sin embargo, no fue así. Serina percibió el cambio repentino; el estallido deseo que surgió en Aaron. La abrazó con fuerza y aumentó la presión de los labios hasta que la chica ya no pudo resistir más y entreabrió los suyos. Las puntas de sus lenguas se encontraron y Serina se estremeció.

Aaron emitió un profundo gemido antes de penetrar en las profundidades de su boca, con lo que Serina se excitó aún más. Volvió a experimentar una pasión brutal. Entonces Aaron deslizó una mano por su cuello hasta apoyarse en un seno.

En ese instante, la llamada del deseo avivó dentro de Serina. Aaron se estremeció y ella trató de empujarlo, colocando las manos sobre su poderoso pecho; estaba aterrada.

Pero era como si intentara mover una muralla. Aaron tenía la respiración acelerada e intentaba aprisionarla contra la puerta. Ya tenía las manos sobre sus pechos desnudos bajo la delicada tela de su sostén. Los pezones estaban endurecidos.

El buscó el broche delantero del sostén, pero al no encontrarlo, tiró de él hacia arriba, en un movimiento salvaje. Serina sintió un dolor momentáneo pero después nada más existió aparte de la sensación de sus senos desnudos entre las manos de Aaron. Era tan excitante y tan acelerados los latidos de su corazón, que Serina creyó estar sufriendo un ataque.

—Tienes los senos más hermosos del mundo —expresó con voz ronca por la excitación—. Hermosos… —y volvió a besarla mientras jugaba con ellos; los acariciaba, tocaba sus pezones, al tiempo que ella emitía pequeños gemidos—. Te deseo, Serina —le confesó contra sus labios—. Permíteme hacerte el amor… por favor… no digas que no…

Serina gimió con una mezcla de indecisión y deseo, porque nunca antes se había sentido así, jamás había perdido la cabeza por experimentar semejante pasión. Quería negarse, pero él seguía acariciándola.

De inmediato, él la levantó en brazos y se apresuró a subir la escalera. De repente se detuvo.

—Estás tomando la píldora, ¿no?

—No…. no —respondió ella.

El cuerpo de Aaron se quedó como helado.

—¿Tienes… tienes algún tipo de anticonceptivo en casa?

La joven negó con la cabeza. Aaron emitió una especie de gruñido y cerró los ojos. Lentamente la dejó de pie sobre el suelo, abrió los ojos y en ellos se reflejó su profunda amargura. Ella le dio la espalda y se arregló la ropa con manos temblorosas.

—Lo… lo siento, Serina —se disculpó suspirando—. Soy un maldito estúpido. Yo y mis equivocadas suposiciones sobre ti. Supuse, como un verdadero estúpido, que tomabas la píldora. Gracias a Dios que te lo he preguntado. Si te hubieras quedado embarazada…

Ella se volvió para mirarlo y vio cómo él se estremecía de pies a cabeza. Esa reacción la dejó perpleja hasta que comprendió lo que sucedía. Por supuesto, Aaron estaba molesto porque había estado a punto de correr el riesgo de un embarazo no deseado. Ya antes había dejado embarazada a una chica soltera, y ¿quién podía saber el infierno que había tenido que vivir cuando eso ocurrió? ¿Acaso no le había comentado la semana anterior que había cometido terribles equivocaciones en su juventud?

—La próxima vez estaré mejor preparado —murmuró él.

Las burdas palabras de Aaron la devolvieron a la realidad. Todos los temores que había albergado durante la velada, habían estado a punto de cristalizarse. Ella no había pensado en anticonceptivos. En cuanto él empezó a besarla y a acariciarla, no pensó en nada.

—No habrá una próxima vez —aclaró con expresión dolida—. Búscate a otra mujer que satisfaga tus necesidades sexuales —comenzó a temblar una vez pasada la primera impresión—. Me… me atraes mucho, pero no estoy hecha para este tipo de relaciones. Ya he intentado explicártelo. Yo… yo espero mucho más de un hombre, que simplemente puro sexo.

—De verdad, esta noche lo he echado todo a perder ¿no? Primero, cuando te acusé de coquetear con Craig y ahora esto.

Intentó abrazar a Serina, pero ella lo rechazó de forma rotunda.

—No, Aaron. No te permitiré que, por segunda vez en esta noche, me vuelvas a hacer esto. Yo confié en ti cuando te dejé entrar para que revisaras la casa y tú traicionaste esa confianza. También me engañaste la otra noche, cuando aseguraste que deseabas conocerme mejor. Tú no tienes el menor interés en conocerme mejor, excepto en el sentido bíblico de la palabra.

—Estás equivocada, Serina —le aseguró con expresión desencajada.

—No es cierto —insistió temblorosa—. La gente que está interesada en establecer una relación verdadera hace preguntas. También habla de sí misma. Habla con su posible paja de su pasado, de sus problemas, de sus esperanzas para el futuro. Pero tú no. Y eso se debe a que no proyectas ningún futuro para nosotros más que en la cama.

La expresión de Aaron se ensombreció todavía más ante esa acusación.

—Las cosas no son así, Serina. La única razón por la que no hablo de mi pasado es porque es demasiado doloroso. ¡Pero si eso te parece tan importante, lo haré, maldita sea! —se volvió con expresión de frustración, caminó hasta el extremo del pasillo, dio media vuelta y siguió caminando mientras ella hablaba—. ¿Crees que tuve un matrimonio feliz? ¿Piensas que quería casarme con dieciocho años? Naomi se quedó embarazada a propósito para atraparme. Y has de saber que yo me resistí incluso después de que lo hiciera público por todas partes. No obstante, nació Christine, y la quise de inmediato. Así que nos casamos. ¡Dios, qué desastre! Naomi era… —se detuvo frente a Serina e hizo un gesto de desesperación, pasándose las manos por el cabello—. Mira, lo siento, pero no quiero hablar mal de ella porque ya está muerta. ¿Qué sentido tiene volver al pasado? Es en el futuro en lo que quiero pensar, y te quiero a ti, en él, Serina —la tomó por los hombros—. Me muero de ganas de hacerte el amor, pero eso no es lo único que siento por ti. Creo que eres una mujer increíble; me gustas mucho. Eres encantadora, inteligente y divertida. De hecho, reúnes todas las cualidades que ahora busco en una mujer. Comprendo que no desees que tu vida se convierta en una sucesión interminable de aventuras sexuales. Yo tampoco. Lo que espero es tener una relación a largo plazo contigo. ¿Te parece tan mal? Tú me deseas, porque me lo has demostrado esta noche. Yo no te voy a herir. Seré bueno contigo —hizo una pausa, antes de concluir—. No me rechaces —le pidió en voz baja—. Te necesito, Serina.

Conmovida, ella se dijo que no podía rechazarlo. No obstante, la idea de aceptar una relación de amantes a largo plazo y dejar de lado su sueño de casarse, de tener una familia; conformarse con eso…

—Yo… yo necesito más tiempo. Realmente, no lo sé.

Aaron la miró con expresión satisfecha. Para él, su respuesta imprecisa era sólo una forma de posponer lo inevitable. Serina levantó el rostro, lo miró y tuvo la sensación de que el corazón le daba un vuelco. Su pecho se colmó de emoción; de pronto todo le resultaba claro.

El tenía razón, por supuesto. Ella iba a ceder. Pero no lo haría

como él sin duda pensaba para satisfacer sus respectivos deseos sexuales. Se había dado cuenta de que ya no necesitaba más tiempo para enamorarse de él. Lo que comenzó como un enamoramiento de adolescencia había cristalizado en un verdadero amor adulto.

Y le resultaba curioso que esa aceptación no le provocara tristeza. Se sentía bien. Aaron siempre había sido el hombre de sus sueños, y ahora que tenía esa oportunidad, no la iba a dejar escapar. Por ahora él sólo la deseaba, pero con el tiempo eso se podía convertir en verdadero amor. Serina quería estar allí cuando eso sucediera. No obstante, a pesar de que decidió convertirse en su amante, le parecía prudente no parecer demasiado ansiosa o dispuesta a satisfacer sus deseos. Nadie apreciaba lo que se conseguía con facilidad.

—¿Podríamos seguir saliendo durante un tiempo más, sin que haya sexo?

—Supongo que podríamos intentarlo —sonrió Aaron—. Pero no te puedo garantizar nada. Aunque no lo creas, no era esa mi intención esta noche. Realmente lo único que quería era asegurarme de que no hubiera nadie en la casa y de que estuvieras segura. Y mira lo que ha sucedido.

—Entonces, nada de besos… —sonrió con malicia—… durante una semana.

—Está bien. Una semana. ¡Pero, nada más! ¡Cielos, mira qué hora es! Es más de la una. Estaré molido para cuando llegue a Sydney.

A Serina le sorprendió ese repentino cambio de tema, pero sospechaba que se debía a que querría retirarse rápido porque estaba frustrado.

—No… no te vas a quedar en casa de Jillian? —le preguntó ella cuando bajaban la escalera.

—Y enfrentarme con el tráfico de la carretera a Sydney el lunes por la mañana! No. Acuérdate de que es temporada de vacaciones escolares, así que es mejor que vuelva ahora. No tardaré mucho en llegar a mi apartamento.

—¿Dónde está?

—En Double Bay.

Serina silbó.

—Propio de la alta sociedad —bromeó.

—Nada de eso —Aaron se detuvo ante la puerta, pero no intentó tocarla, ni besarla—. Pertenece a la compañía; lo compré como una inversión y para alojar a los clientes que vienen de fuera. Casi no me

relaciono con mis vecinos.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que podría ir de visita para codearme con la alta sociedad de Sydney.

—Creo que deberías abstenerte de realizar cualquier visita a mi apartamento hasta que pase la semana que señalaste, ¿no te parece? —preguntó él, riendo.

Serina se sonrojó un poco y se preguntó si Aaron se daría cuenta de que ella lo deseaba tanto como él.

—Te prepararé una cena allí, la semana que viene —le propuso.

—¿Con cócteles antes de cenar? Dijiste que eras una experta, ¿verdad?

—Así es. Preparo un martini de miedo.

—De hecho, jamás he probado el martini. ¿Con qué se prepara?

—Con ginebra y vermuth.

—¿Quedamos en que mañana paso por aquí a las cuatro? —quiso confirmar él antes de partir.

—Sí.

—No te olvides de cerrar con llave —le sugirió volviéndose sobre su hombro.

Serina se despidió de él desde la puerta. Tardó mucho, mucho tiempo antes de poder conciliar el sueño.

# Capítulo 6

A la mañana siguiente, Serina tomó el tren con destino a Gosford, pues después de la reacción que había tenido Jillian respecto a su motocicleta había decidido no arriesgarse a que Christine montara atrás, aunque sólo se tratara del corto trayecto de vuelta a su casa. Faltaban cinco minutos para las nueve de la mañana cuando llegó a la librería, pero la jovencita ya la estaba esperando, con la nariz metida en un libro.

—¿Christine?

La chica cerró el libro de inmediato y se mostró contenta, pero un tanto tímida a la vez.

—¡Ay, estás sensacional! —exclamó la jovencita—. Me encanta tu blusa y tus vaqueros.

—Gracias. Tú también estás muy bien —repuso—. Y ahora que ya hemos intercambiado cumplidos, ¿te parece bien que vayamos a buscar el regalo de tu padre?

—Me gustaría mucho, pero no sé por dónde empezar. No se me ocurre nada.

—¿Cuánto dinero tienes para su regalo?

—Podría gastar hasta cincuenta dólares.

—¿Qué te parecería una camisa? —sugirió Serina—. Puedes conseguir una muy bonita por ese precio.

—Creo que no —Christine negó con la cabeza—, porque le compré una el año pasado y no se la pone muy a menudo. Los gustos de mi padre y los míos son muy distintos.

—Ah… ¿Qué opinas de un libro? No, le regalaste uno para su cumpleaños, ¿verdad? Y eso descarta los bolígrafos, las carteras y el whisky.

—El no bebe mucho, de cualquier forma.

—Tampoco fuma, ¿verdad?

—No.

—Tu padre es casi un santo, ¿no? —bromeó Serina con cierto sarcasmo.

—Tiene sus defectos. Créeme —rió.

—¿Como cuáles? —inquirió Serina cuando se dirigían a las tiendas más cercanas.

—Bueno, pues se enfada mucho conmigo cuando saco malas notas en matemáticas. Parece que no puede comprender por qué no todo el mundo tiene una misma mente tan brillante como la suya. Asegura que las matemáticas son pura lógica.

—La gente inteligente es así —señaló Serina.

—¡Ay, no deberías hablar de esa forma! —exclamó la jovencita.

—¿De qué manera?

—Como si tú no fueras inteligente. ¡Sí que lo eres! Por ejemplo, mira todo lo que sabes sobre música, vinos, comidas y demás.

Serina experimentó un inmenso placer.

—Si sigues así, Christine, se me va a subir a la cabeza. Según tú, no sólo soy agradable, sino que visto muy bien y además soy inteligente. ¿Te parece que emprenda la campaña como candidata a primera ministra?

—Yo votaría por ti y mi padre también.

Serina estalló en carcajadas.

—Pero, pensándolo mejor —añadió Christine—, creo que papá preferiría ser el primer ministro, así que tendrás que conformarte con ser la primera dama. Sí, me gusta esa idea.

—¿De verdad? ¿Y tú qué ganarías?

—Una hermana. Eso espero.

—¿U… una hermana?

—Bueno, si te casaras con papá, seguro que tendrías un bebé. Eres joven, saludable y…

—Christine…

—¿Sí?

Se detuvieron bajo una galería donde se encontraba toda una serie de tiendas. A Serina le preocupaba que la jovencita albergara falsas esperanzas acerca de su padre y de ella. A pesar de que deseaba con todo su corazón ganarse el amor de Aaron, y con el tiempo hacerlo cambiar de opinión acerca de volver a contraer matrimonio, tenía que ser realista.

—Te aconsejo que no te precipites a comprarme el vestido de novia —dijo con voz suave.

—¿Por qué no? ¿No quieres casarte con papá? Creía que de verdad te gustaba.

—Claro que me gusta. Me… me gusta mucho, pero…

—Y tú le gustas a él —la interrumpió Christine con vehemencia —. Me he dado cuenta. No dejó de mirarte toda la noche. Mis tíos también se dieron cuenta.

Serina suspiró, exasperada.

—Supongo que quizá pienses —continuó Christine—, que es muy pronto para que se case mi padre, después de la muerte de mamá —frunció el ceño—, pero ya ha pasado más de un año, y mi papá todavía es joven y guapo. Además, dentro de dos años, es muy probable que yo me vaya a estudiar a la universidad y entonces se quedaría muy solo. ¡Lo sé! —reflexionó durante unos momentos antes de continuar—: Pero no me gustaría tener como madrastra a una de las conocidas de mi tía Jillian. La sola idea me pone enferma. Yo quiero a alguien joven e interesante, como tú. Alguien que le devuelva la alegría a mi papá. Hace ya demasiado tiempo que está triste.

—Pero Christine… tu padre me comentó que no tiene la menor intención de volver a casarse.

—No debes hacer caso de las cosas que dice papá sobre esos temas. Mi tía me comentó que ahora papá no sabe lo que quiere, y esa es la única cosa en la que estoy de acuerdo con ella —señaló con tono rotundo, para consternación de Serina—. Lo único que mi papá necesita es un empujoncito en la dirección adecuada, pero no hacia los brazos de una de esas viudas viejas. Los tuyos estarían mucho mejor.

Serina elevó los ojos al cielo, pues pensó que Christine realmente no conocía a Aaron. Era el tipo de hombre, desde su punto de vista, que si se le empujaba en una dirección, por pura obstinación seguía la contraria.

—Creo que deberíamos ir a comprar ese regalo de Navidad. Ya se me ha ocurrido lo que podemos comprarle.

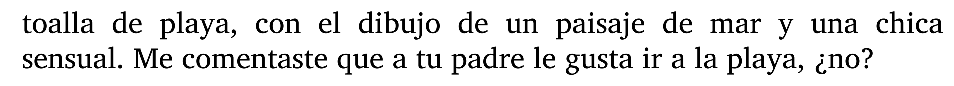
—¿Sí? ¿Qué? —los enormes ojos castaños de Christine se volvieron a iluminar.

Serina tomó del brazo a la entusiasta jovencita y la guió hacia una de las tiendas de regalos.

—Este es el lugar —anunció al detenerse delante de una tienda en la que vendían todo tipo de artículos australianos y recuerdos de viaje.

—¿No estarás pensando en que le regalemos un koala? —preguntó la jovencita, dudosa.

—Este año, no. Pasé por aquí la semana pasada y vi una preciosa


toalla de playa, con el dibujo de un paisaje de mar y una chica sensual. Me comentaste que a tu padre le gusta ir a la playa, ¿no?

—Le encanta.

Serina pidió la toalla a la vendedora de la tienda y se la llevaron de inmediato.

—Aquí está —la empleada la extendió sobre el mostrador.

—¡Ay, es fantástica! —exclamó Christine—. Pero… —su rostro se entristeció.

—Pero ¿qué?

—Cuesta setenta dólares…

—Yo te doy los veinte que te faltan —le propuso Serina.

—Pero es que no puedo aceptar —protestó la jovencita—. Papá es muy estricto en lo que se refiere a aceptar dinero de la gente. ¡Me mataría!

—No, no lo hará —quitó la etiqueta con el precio—, porque nunca se enterará. Envuélvalo, por favor. Ahora tenemos que elegir una tarjeta.

—Debe de ser maravilloso tener tanta seguridad en una misma, como tú —suspiró Christine cuando abandonaron la tienda.

—Yo no te describiría como tímida, querida.

—Ya sé que realmente no soy tímida, pero a veces me siento insegura acerca de qué hacer, o cómo actuar, y entonces comienzo a hablar de forma imparable. Tú nunca lo haces —añadió abatida.

—Christine, tienes que recordar que tengo veintiocho años —le sonrió comprensiva—. A tu edad yo estaba muy lejos de sentirme segura de mí misma. De hecho, era muy tímida.

—¡Ay, no me lo puedo creer!

—Te aseguro que es cierto. La gente cambia con el tiempo. Vamos, entremos a tomar algo.

Entraron en una cafetería, pidieron un par de batidos de chocolate y se sentaron.

—Serina, ¿crees que llevo bien el cabello así? —preguntó Christine—. A mí me gustaría cortármelo, teñírmelo de rubio y hacerme la permanente, pero mi papá no me lo permite.

Serina intento disimular su horror al pensar en que Christine pudiera echar a perder su largo y brillante cabello castaño.

—Bueno… he visto a muchas chicas con tu color de cabello que tratan de teñírselo de rubio y les queda horrible. Así que no te lo recomendaría. No hay nada que impida que te lo cortes y te hagas la permanente, pero… con toda sinceridad, no te lo recomendaría.

—¿Por qué no?

—Yo me lo corté en una ocasión en que estaba de moda llevarlo así, y al día siguiente me arrepentí. Tardó tres años en volverme a crecer. Me juré que jamás me lo volvería a cortar. Y en cuanto a la permanente, tienes un rostro pequeño y el cabello muy espeso. La permanente te duplicaría el espesor y se perderían tus hermosos ojos.

—Ah… —la decepción se reflejó en su mirada.

—Apuesto a que las chicas que has visto con permanente tienen el cabello muy fino y es posible que lacio. Ellas lo necesitan, pero tú no. Christine, tienes el cabello más hermoso que he visto y no me gustaría que te lo estropearan.

—¿De verdad piensas que mi cabello es bonito? —preguntó ruborizada.

—Bonito no es la palabra. Es precioso.

—Mi mamá tenía el cabello como yo.

—Tu mamá era una mujer muy guapa —repuso Serina con suavidad, pues tenía miedo de que la jovencita se pusiera triste.

—Sí, ¿verdad? —frunció el ceño, lo que aumentó los temores de Serina—. Nunca le he comentado esto a nadie, pero creo que papá no era feliz casado con mi mamá. No quiero decir que no la quisiera; estoy segura de que sí. Se portó de maravilla cuando ella se puso enferma; era muy considerado, noble y todo eso, pero… ¡ay, no sé…!

—Creo que no deberías preocuparte por la relación que tuvieron tus padres, Christine. No hay nada perfecto. De joven, me pregunté muchas veces por qué mi madre seguía al lado de mi padre, que era un hombre duro y autoritario; sin embargo ahora comprendo que se amaban y por eso se aceptaban con sus errores y defectos. Tu papá no se habría quedado al lado de tu madre durante tantos años si realmente hubiera sido tan desgraciado.

—Supongo que tienes razón.

—Sé que la tengo. Y ahora, ¿ya tienes todos los regalos de Navidad?

—Sí —sonrió y se inclinó para sacar un libro de la bolsa donde guardaba sus compras—. Le compré un libro de cocina a mi tía Jillian. ¿Crees que le gustará?

—Le va a encantar. Bien, entonces tú ya estás lista. Ahora vamos para que me ayudes a comprar los regalos de mis dos ingratos hermanos y de sus desagradables esposas.

Las dos rieron.

Serina se divirtió mucho esa mañana, dedicada a las compras de regalos, y después le pidió a Christine que la acompañara a la oficina de correos para enviar los regalos de sus hermanos y sus cuñadas a Sydney. Antes solía hacer un viaje especial para dárselos, pero después de que la dejaron sola consideró que no valía la pena. La oficina estaba llena de gente y para cuando al fin salieron de allí, Serina invitó a Christine a comer.

Después tomaron el tren de vuelta. Habían comido tanta pizza y bebido tantos refrescos, que apenas pudieron subir el empinado camino que conducía a la casa. Hacía una tarde húmeda y calurosa, así que iban jadeando al dar vuelta a la esquina cuando vieron a Aaron frente a la casa, apoyado en su coche y con expresión irritada.

—¡Todavía no son las cuatro! —gritó Christine al ver que su padre miraba su reloj de pulsera—. Apenas son las cuatro menos cinco.

—¿A qué se debe que tu padre sea tan quisquilloso con la hora, Christine? —preguntó Serina en voz baja. Con sólo ver a Aaron se le había acelerado el pulso. Pensó que ese hombre tenía una apariencia increíblemente sensual, incluso cuando estaba malhumorado.

—Ay, era una manía de mi mamá. Y creo que se le pegó a mi papá, como una enfermedad contagiosa.

—Vosotras dos, dejad de murmurar sobre mí —dijo él en cuanto se acercaron, pero con disimulo le guiñó un ojo a Serina.

De pronto, Christine comenzó a correr hacia la casa, sin dejar de hablar.

—¿Ésta es la casa? Ay, papá, es preciosa. Ay, me encantan las persianas blancas de madera, parece una casa de muñecas. ¡Y mira este jardín tan grande! ¿Te das cuenta? No tenemos que preocuparnos por tener la piscina atrás. Mira, podríamos levantar una verja y mandar construir la piscina en la parte delantera. ¡Madeleine Parsons tiene su piscina en el jardín delantero de su casa y es algo sensacional!

Aaron miró a Serina con expresión divertida.

—Parece que has hecho una buena venta —le comentó.

—¿Estás dispuesto a pagar lo que estoy pidiendo?

—A estas alturas, creo que incluso estaría dispuesto a pagar el

doble, si con ello consigo lo que quiero —sonrió irónico.

Serina experimentó un estremecimiento, pues sabía que aquello de esperar una semana era inútil. La próxima vez que estuvieran juntos, solos, no habría nada que lo detuviera; Aaron lo quería todo de ella, sin reservas, y estaba dispuesto a conseguirlo.

Se puso nerviosa al pensar que ella no era la mujer experimentada, en el aspecto sexual, que él suponía. Aunque Paul fue su amante durante un año, siempre se mostró tímido y conservador. Jamás le hizo el amor con las luces encendidas. En cuanto a ella, se tendía en el lecho y simplemente le permitía hacer lo que quisiera. Jamás sintió excitación sexual, ni quiso participar.

Por supuesto, sus sentimientos hacia Aaron eran muy diferentes. Bastaba con que la mirara, para que se pusiera tensa. Pero se preguntaba si bastaría con que lo deseara con locura para poder transformar eso en algo satisfactorio. No quería decepcionarlo…

Aaron debió de adivinar lo que estaba pensando por la expresión de su rostro, porque de pronto se tensó.

—¿No habrás cambiado de opinión? —preguntó él con voz ahogada.

—No… De hecho… He decidido que no quiero esperar una semana.

El entusiasmo de Aaron fue instantáneo. Demasiado. El hecho de poseerla parecía significar mucho para él. A Serina le preocupó entonces que el aspecto sexual cobrara más importancia que otras facetas de su relación.

—Vamos, papá… Serina —les gritó Christine—. ¡Quiero ver mi habitación!

Aaron tomó a Serina del brazo y la condujo hacia la casa.

—Casi me has provocado un ataque cardíaco. ¿Te refieres a que me puedo quedar esta noche? —preguntó.

—Esta noche, no, Aaron —respondió con una firmeza que estaba lejos de sentir—. Llámame mañana y haremos planes, porque hoy estoy ocupada.

—Eres una dama muy centrada. Y muy independiente —la contempló con admiración.

—Supongo que sí. He vivido sola durante mucho tiempo.

—¿Dónde vas a vivir si compro la casa?

El corazón de Serina dio un vuelco.

—No… no estoy muy segura —detestaba la idea de tener que abandonar su casa y pensó con amargura que sus hermanos eran unos desagradecidos. Ellos realmente no necesitaban el dinero; en cambio, para ella significaba mucho vivir en su hogar, después de tantos años de ir de un lado para otro.

—No te preocupes —le susurró Aaron con una voz que vibraba por el deseo—. Yo te voy a ayudar a encontrar un bonito lugar más pequeño, cerca de aquí, donde podamos estar a solas lo más posible.

Serina hizo un intento para evitar que sus palabras no la hirieran, pero no podía dejar de preguntarse por qué Aaron no deseaba compartir su vida con ella. ¿Por qué tenía que vivir aparte, como una amante secreta? El ya no estaba casado.

Una vez más, Serina se preguntó si la resistencia de Aaron a volver a casarse se debía a que no había sido feliz en su matrimonio. Christine acababa de comentarle algo en relación con eso, ese mismo día. Por lo pronto, tendría que confiar en su intuición de que Aaron era un hombre bueno, comprensivo y cariñoso, y tendría que encajar las piezas del rompecabezas más adelante. También tendría que confiar en lo que Aaron había asegurado: que no le haría daño.

—Eso me gustaría —respondió y decidió ignorar sus dudas.

# Capítulo 7

Christine estaba encantada con la habitación decorada en color rosa, y en general con todo, así que le pidió a su padre que comprara la casa de inmediato. Aaron respondió que al día siguiente hablaría con su abogado para que preparara los documentos, pero ante la insistencia de su hija, tuvo que acabar por llamarlo en ese mismo momento. Serina llamó a sus hermanos para decírselo.

No obstante, Aaron puso la condición de que los muebles estuvieran incluidos en el precio, ya que cuando vendió su casa, después de la muerte de su mujer, había vendido los suyos.

Rupert y Philip se mostraron muy contentos con la venta, le desearon una feliz Navidad y la invitaron a que los visitara a la vuelta de su crucero. Una vez que todo quedó arreglado, Aaron sugirió que se fueran los tres a nadar a la playa, porque durante la última hora la temperatura había subido mucho. El llevaba sus pantalones cortos en el coche y podían pasar por casa de Jillian para que Christine se pusiera su traje de baño.

Una hora más tarde, Serina y Aaron estaban tendidos sobre sus toallas en la playa Forrester, después de haber nadado en sus frescas aguas. Los dos se dedicaban a tomar el sol, mientras Christine nadaba con una amiga que se había encontrado.

—Mmm —murmuró Aaron, después de volverse sobre el estómago para apoyarse en los codos—. Me gusta la vista. Las cimas gemelas.

Serina se tensó. Sabía a lo que se refería. El agua fresca había hecho que se le endurecieran los pezones. También era consciente de que Aaron quería excitarla por medio de esas palabras. Pensó que quizá todavía tenía la esperanza de pasar esa noche con ella.

Sin embargo, Serina aún estaba decidida a mantener cierto control sobre la situación. No quería que se diera cuenta del poder que ejercía sobre ella. Ese poder, según Serina, era malo para una relación. Su padre lo había ejercido sobre su madre. Por mucho que lo amara, no quería convertirse en la esclava de los deseos de Aaron.

—¡No te vas a quedar conmigo esta noche, y ya está! —lo miró con expresión recriminatoria.

Aaron suspiró de forma dramática, se volvió y se tendió de espaldas, dándole de esa forma una vista completa de su cuerpo. Ella tragó saliva. Realmente, pensó, era una injusticia que ese hombre tuviera un cuerpo tan formidable. Ese torso bronceado de hombros anchos, esas largas y musculosas piernas…

—Entonces, ¿cuándo vas a tener una noche libre para que los dos podamos estar juntos? —preguntó poniéndola a prueba—. ¡Solos!

Serina decidió dejar ya de dar largas al asunto. Estaba contratada como eventual, de manera que podía tomarse los días de descanso que quisiera, siempre y cuando encontrara a alguien que ocupara su lugar. Conocía a una estudiante universitaria que a veces trabajaba con ella, y que estaría muy dispuesta a suplirla y ganarse un dinero extra.

—¿Qué te parece el miércoles? —preguntó sonriente—. ¿O el jueves? ¿El viernes? ¿O los tres días? Si quieres podría tomarme toda la semana; sólo tengo que presentarme mañana al trabajo para hacer los preparativos.

—¡Fantástico! Te llevaré a cenar y a bailar el miércoles y después té instalaré en mi apartamento como mi invitada, durante el resto de la semana.

Aaron se volvió y estaba a punto de darle un beso, cuando Christine se aproximó, dando gritos.

—¡Papá! ¡Papá!

Ambos se sentaron de inmediato y miraron en la dirección que señalaba la jovencita.

—Papá, creo que el hombre que está allí tiene problemas.

Serina y Aaron se pusieron de pie y miraron hacia el mar, donde el oleaje era más violento. De vez en cuando alcanzaba a verse a un hombre que les hacía señas desesperadamente.

—Creo que está atrapado por la corriente —explicó la jovencita —. Vas a tener que hacer algo, papá. No hay ningún socorrista por aquí. Ni siquiera hay alguien con una tabla de surf adecuada.

—Ay, Dios —exclamó Aaron y de inmediato corrió hacia el mar y se sumergió bajo la primera ola, a una velocidad asombrosa.

Serina corrió tras él para esperarlo con ansiedad en la orilla. Temía que algo malo le sucediera. Durante la última hora, el mar se había encrespado por un viento del norte y el hombre que se encontraba en problemas estaba bastante alejado de la orilla.

—¿Qué sucede? —preguntó una anciana, entre el grupo de gente que empezó a reunirse.

—Un tipo está en problemas —le respondió un adolescente—. El marido de esta señora ha ido a rescatarlo.

Serina no se molestó en aclarar su error, porque toda su atención estaba concentrada en Aaron, que acababa de desaparecer otra vez

bajo una enorme ola.

—Por favor, Dios mío, que no le suceda nada —suplicó en voz alta.

—No tienes por qué preocuparte —la consoló Christine con tono orgulloso—. De joven fue campeón de socorrismo. Ganó muchas competiciones.

—¿De verdad? —preguntó alguien—. ¿Cómo se llama?

—Aaron Kingsley —respondió la jovencita.

—¡Ah, lo recuerdo! —exclamó el desconocido.

—Sí, pero eso fue hace diez años —le recordó Serina a la chica.

Christine palideció por completo.

—No…. no pensarás que algo puede sucederle a papá, ¿verdad?

—Por supuesto que no —mintió Serina al ver el terror en los ojos de la jovencita—. Fue campeón y lo sigue siendo, cariño —la abrazó para tranquilizarla.

—Sí… sí, claro.

Ambas guardaron silencio y observaron con nerviosismo los esfuerzos que tuvo que hacer Aaron para llegar hasta el hombre y luego llevarlo de regreso a la orilla, donde varias personas se encargaron de él. Aaron estaba exhausto.

—Ay, Aaron —Serina corrió a su lado y lo tomó por la cintura para ayudarlo a salir del agua. Con la mano que tenía libre, le apartó el cabello del rostro.

El se apoyó en ella, y durante unos segundos sus miradas quedaron entrelazadas. Serina lo miró con afecto y alivio, y comprendió entonces cuánto lo amaba.

—Voy a tener que rescatar a un estúpido todos los días —comentó Aaron jadeante—, si con eso logro que me mires de esa manera.

—¡Cielos, papá, has estado maravilloso! —exclamó su hija, abrazándolo, besándolo—. Le aseguré a Serina que estarías bien. Ella se preocupó, pero yo no —miró a Serina con expresión inocente—. Bueno, casi no…

Aaron intentó reír, pero de inmediato le faltó la respiración.

—Demonios, después de esto me he dado cuenta de que tendré que hacer más ejercicio. Estoy verdaderamente…

—Exhausto —lo interrumpió Serina, porque sospechaba que iba

a utilizar una expresión poco correcta.

—Iba a decir «acabado» —Aaron hizo una mueca y le sonrió.

—Ay, sí, claro —bromeó ella.

—Iré a por tu toalla, papá —la chica corrió por la arena y en ese momento se acercaron dos niños pequeños.

—¡Cielos, señor, ha estado usted estupendo! —exclamó uno.

—¡Un héroe! ¡Como los de las películas! —gritó el otro.

—Soy Arnold Schwarzennegger, así que ten cuidado —comentó Aaron en tono de broma.

—Más bien, Mel Gibson, creo yo —intervino Serina—. O Harrison Ford.

—Mmm. Me estás poniendo por las nubes, querida. Falta poco para que empieces a desear que te haga el amor.

—A qué te refieres con eso de… «¿Empieces?» —lo miró con ironía.

—De verdad que escoges bien los momentos. Aquí no te podría hacer el amor, aunque me pagaras por ello.

—Bien.

—¿Por que «bien»? —preguntó él.

—Porque no vamos a esperar hasta el miércoles.

—Pero me vendría bien descansar —reclamó Aaron—. Recuperar las fuerzas.

—No —respondió con firmeza—. Quiero que sea tan perfecto como sea posible. Antes que nada, mañana voy a ir al médico para ocuparme de ciertas cosas. Si no te importa, quiero hacerme cargo de los anticonceptivos.

—Bueno, no voy a discutir.

—¡Aquí está tu toalla, papá!

Aaron la tomó, .se secó el rostro y después se la colocó sobre los hombros.

—Ese hombre ya está bien ¿no? —preguntó Aaron.

—Muy bien —respondió Christine—. Ya se ha recuperado y está preguntando dónde está el tipo que lo ha salvado.

—Entonces, vámonos de aquí —sugirió, antes de que me vea expuesto a la rutina de los agradecimientos.

—Deberás dejar que te dé las gracias —señaló Serina con el ceño fruncido—. De lo contrario se sentirá muy mal. Mira, ahí viene.

—Ay, Dios…

—¿Que ha hecho qué? —la mirada perpleja de Jillian viajó de Christine a Aaron, luego a Serina y de nuevo a Aaron—. ¡Eres un bobo! Por si no lo sabes, ya no eres tan joven. ¡Podrías haberte ahogado!

—Pero no me he ahogado. Mira, quisiera darme una ducha y ponerme ropa limpia… Me siento incómodo.

—Yo también —aseguró Christine—. ¿Y tú, Serina?

—Estaré bien hasta que regrese a mi casa —se había puesto un vestido holgado, de color negro y blanco, que le llegaba hasta las rodillas. Calzaba unas sandalias negras.

Una vez a solas con Jillian en la cocina, Serina observó que la señora la miraba divertida.

—Las cosas que son capaces de hacer los hombres cuando quieren impresionar a una mujer.

—Aaron no necesita hacer nada para impresionar —comentó Serina con sinceridad—. Ya lo estaba.

—Realmente lo quieres, ¿no? —preguntó Jillian.

—Sí, pero no se lo comentes a Aaron, porque no quiero que se sienta presionado.

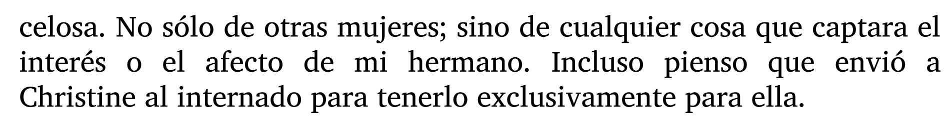
—Eres muy inteligente al darte cuenta de eso —expresó la señora mirándola de manera penetrante—. ¿Sabes una cosa? Creo que eres la chica adecuada para mi hermano. Justo la mujer que necesita. Al principio, cuando te acababa de conocer, no pensaba lo mismo. Creía que podías ser… bueno… el tipo de mujer muy posesiva. Pero no es así. Eres lo que Aaron necesita. Se acabaron las otras mujeres.

—¿Qué es lo que necesita?

—Una mujer independiente. Después de estar casado con Naomi, tú debes de parecerle una bocanada de aire fresco.

—Háblame de Naomi, Jillian. Le he preguntado a Aaron, pero no me ha querido hablar ni de ella, ni de su matrimonio.

—No me sorprende —repuso—. Esa mujer era demasiado posesiva, obsesiva en su amor por él. Una neurótica y, claro, muy


celosa. No sólo de otras mujeres; sino de cualquier cosa que captara el interés o el afecto de mi hermano. Incluso pienso que envió a Christine al internado para tenerlo exclusivamente para ella.

—¡Pero…. eso es horrible! —exclamó Serina.

—¿Qué es horrible? —preguntó Aaron que en ese momento entraba en la cocina vestido con unos pantalones cortos, blancos y una camiseta de color azul oscuro.

—El precio de la ginebra, querido —improvisó Jillian lanzando una mirada de complicidad a Serina.

—Sí —confirmó ella—. Le comenté a Jillian que iba a preparar unos cócteles para todos y eso nos ha llevado a hablar del precio en alza de las bebidas alcohólicas en general.

—A mí no me prepares nada, porque aún tengo que llevarte a tu casa y. no me gusta beber cuando voy a conducir. Por cierto, ¿dónde está Gerald?

—Todavía está en el hospital —le informó su hermana—. ¿Os quedáis al té?

—En realidad tengo que regresar a Sydney —respondió Aaron—, pero supongo que puedo tomar algo rápidamente.

Dos horas después, Serina se encontraba en su casa.

—Me gusta tu hermana —comentó de pie ante la puerta y decidida a no permitir que Aaron entrara—. Y por supuesto, Christine también.

—Tú también a ellas, lo cual no me sorprende, porque eres una mujer que agrada con facilidad. ¿Estás segura de que no te importa tomar el tren para Sydney, el miércoles? —hizo una mueca.

—No, Aaron, no seas bobo. No me voy a perder y tampoco voy a llegar tarde —le aseguró—. Estaré allí a las seis en punto.

—A las seis —repitió él—. Allí estaré.

«Ay, Aaron», pensó Serina al ver la mirada de expectante entusiasmo que se reflejaba en sus ojos «Espero que todo resulte perfecto». El se acercó para darle un beso, pero ella le colocó un dedo sobre los labios.

—El miércoles —susurró.

—Los próximos días van a ser un infierno para mí —se lamentó él—. Por Dios santo, entra y cierra la puerta con llave.

Segundos después de que Serina hiciera lo que Aaron le indicó, pudo escuchar el motor de su coche que se alejaba. Se apoyó contra la

puerta, mientras reflexionaba sobre la verdadera personalidad de Aaron.

Aún tenía algunos aspectos desagradables; sin embargo, Serina comprendía ahora por qué se comportaba de ésa forma. También comprendía que si quería ganarse su amor, tenía que ser lo opuesta a Naomi: una mujer dispuesta a dar, y no sólo a recibir. Una persona que gustaba de compartir y no una egoísta posesiva.

Por fortuna, la vida había hecho de Serina una persona independiente y de trato agradable, algo que tanto Aaron como su familia ya habían apreciado. De manera que lo único que tenía que hacer era comportarse con naturalidad; comportarse tal y como era.

Se fue a la cama, colmada de un optimismo romántico. Sin embargo, había hecho bien en ser más prudente, en recordar que todavía había muchas cosas que desconocía sobre Aaron, con el que acababa de convenir que se acostarían dos días después.

# Capítulo 8

Serina volvió a mirar el reloj de la estación de ferrocarril. Eran las seis y veintiséis minutos. Se preguntaba dónde andaba Aaron.

La, idea de que pudiera dejarla plantada no se le había pasado por, la cabeza, hasta ese momento. De nuevo se preguntó dónde estaría.

Lo buscó entre el mar de rostros que la rodeaba. Era una hora punta, de manera que había un verdadero gentío en la estación. Se dio cuenta de que algunos hombres la miraban con atención al pasar; ella respondía con una mirada fría para después volverse hacia otro lado. Se dijo que esa era la desventaja de haberse arreglado tan bien.

De ninguna manera Aaron se iba a decepcionar de su apariencia. Serina había dedicado una buena parte del martes a hacer compras y a cuidar su apariencia.

El traje negro de lino le había costado una fortuna, pero no le importaba, porque se sentía muy cómoda en él. Consistía en una falda recta y un blusón sin mangas ni cuello, con botones al frente. No llevaba sostén, sino un body negro de encaje, y sumamente erótico. Tampoco se había puesto medias, debido al calor que hacía. En cuanto al cabello, había decidido dejárselo suelto. Se había pintado los labios y se había aplicado una sombra azul en los párpados y rímel negro en las pestañas, para conseguir un efecto más exótico y dramático a sus enormes ojos azules.

¡Pero todos esos preparativos serían un desperdicio si Aaron no aparecía!

Serina aún tenía el ceño fruncido cuando lo vio a lo lejos; le hacía señas desesperadas a medida que avanzaba hacia él hasta que se dio cuenta de que esa conducta era demasiado reveladora, además de poco elegante así que caminó más despacio y lo saludó con aparente tranquilidad:

—¿Se te ha parado el reloj, guapo?

Aaron la miró fijamente durante unos segundos y después la abrazó para besarla con pasión.

—¡Aaron! —exclamó Serina. Se apartó un poco y, agitada, miró a su alrededor.

—Temí que no me esperaras —explicó sin aliento y de nuevo la abrazó.

—Bueno, estaba empezando a preocuparme, ya que sé que eres muy riguroso con la puntualidad —comentó ella al tiempo que trataba

de dominar la respuesta de su propio cuerpo ante la cercanía y el ardor de Aaron.

—¡No te lo vas a creer! —señaló él, irritado—. Salí de la oficina con tiempo de sobra. Incluso iba a pasar por casa para refrescarme antes de venir a recogerte. El tráfico del puente era muy lento y al final acabó por detenerse por completo. ¡Dios mío, he estado atascado en la carretera desde antes de las cinco de la tarde!

—Pobre Aaron —lo consoló ella.

—Todo lo que termina bien, es porque está bien —sonrió Aaron —. Me has esperado y ni siquiera estás enfadada.

—Aaron, sólo has llegado media hora tarde. Eso no es nada. ¿Sabes? Deberías intentar relajarte un poco.

Las personas del tipo «A» son los candidatos perfectos para sufrir un ataque cardíaco, y tú indudablemente perteneces a ese grupo.

—¿Y tú a cuál perteneces? ¿Al tipo «O», por demasiado tranquila? —tomó su bolsa de viaje y la condujo a la salida de la estación.

—No —sonrió Serina—. Al tipo «S», por sedienta. Hace muchísimo calor aquí.

—Andando, entonces. He aparcado el coche en esta misma calle y mi apartamento está a unos diez minutos. Iremos allí y mientras me cambio de ropa podrás beber algo. Después iremos a un restaurante italiano, donde ya he reservado una mesa. Tiene una pequeña e íntima pista de baile y unos violinistas que tocan una música sensual para ponerte a tono, antes de que vayamos a casa y te haga el amor en serio. Aunque, yo no necesito nada de eso para no estar a tono —añadió después de recorrerla con la mirada—. Estás apetitosa, como para comerte.

—Eres un adulador, Aaron —respondió con aparente serenidad, aunque el pulso se le aceleró al escuchar sus palabras—. Igual que tu hija.

—Eres de una gracia encantadora —rió—. Jane Austin te habría apreciado mucho.

—Ah? ¿Así que piensas representar el papel de Darcy y asignarme a mí a Elizabeth?

El parpadeó sorprendido de que conociera a los personajes de tan conocida escritora y se dijo que nuevamente la había juzgado mal. Serina lo miró diciéndole: «Otra vez no».

—¿Acaso se supone que las camareras que preparan cócteles no

leen buena literatura? —preguntó burlona.

—Lo siento, Serina —le tomó una mano y se la besó—. ¿Me perdonas? —luego se la volvió, le estiró los dedos y le lamió la palma con sensualidad.

—Claro que sí —respondió, pero ya con voz ahogada, debido a la excitación.

—De verdad, eres una mujer extraordinaria —murmuró—. Siempre me sorprendes, de muchas maneras…

—Si no me llevas a tu apartamento, te quedarás más que sorprendido, porque me voy a desmayar de deshidratación a tus pies.

—¿Y no por otra razón? —sonrió con malicia.

—No.

—Si tú lo dices… Ya falta poco para llegar al coche —la observó admirado—. Ese traje es precioso.

—Es nuevo —le confesó.

—Mmm. Lo que más me gusta son esos botones delanteros que se pueden desabrochar con facilidad.

A pesar de todas sus resoluciones de mantenerse tranquila, Serina se sonrojó.

—Te he avergonzado —comentó Aaron, sorprendido.

—Tal vez.

—Me dejas perplejo.

—A veces me dejo perpleja yo misma —señaló.

—Ay, esa se parece más a la Serina que conozco. Apuesto a que serías capaz de despedazar al tipo que se atreviera a sobrepasarse contigo.

—¿Tú crees? —preguntó ella, poco satisfecha porque no le gustaba que Aaron la considerara una mujer inconmovible y dura.

Llegaron al coche; Aaron le abrió la puerta y la tomó por los hombros, mirándola a los ojos.

—No seas tan fría conmigo, Serina.

—Sólo estoy nerviosa y, si vas a decirme que eso te sorprende, te pegaré.

—¿Sabes una cosa? —preguntó entre risas—. Yo también… un poco.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—No lo estaría en absoluto, Serina… si no me importaras.

Eso era justo lo que ella necesitaba escuchar. De pronto, todo su ser se centró en la cercanía de Aaron, en sus manos sobre sus hombros, en su corazón a escasos centímetros del de ella, y eso la hizo desear con todas sus fuerzas que le hiciera el amor.

—No hay que esperar hasta después de la cena, Aaron —sugirió con voz ronca—. Llévame a la cama ahora mismo.

—Bien —murmuró Aaron con los ojos brillantes. La hizo subir al coche y se sentó al volante. Al ponerlo en marcha la miró con ardor—. No pronuncies una sola palabra si quieres que me pueda concentrar en conducir.

Serina apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. En lo único que podía pensar era en la rapidez con que la otra noche Aaron la hizo perderse en un estado de excitación y sumisión absolutas, con sólo unos cuantos besos y caricias. Trató de recordar la sensación que experimentó cuando le acarició los senos desnudos.

—Ya hemos llegado —anunció Aaron.

Serina abrió mucho los ojos, porque el edificio de apartamentos la dejó admirada. Al dirigirse al aparcamiento subterráneo se dio cuenta de que no sólo era ultramoderno, sino también, muy elegante y que por lo tanto Aaron era mucho más rico de lo que había supuesto. Esa conclusión quedó confirmada cuando él la guió por el vestíbulo, que tenía un sistema de seguridad computerizado. Subieron en el ascensor hasta el último piso.

Mientras Aaron abría la puerta de su apartamento Serina recordó la impresión que él le produjo cuando volvió a verlo en el restaurante, hacía apenas una semana, y sintió mi escalofrío. ¿Acaso sería capaz Aaron de darle una falsa impresión de seguridad al presentarla a su familia, y ahora al decirle esas palabras tiernas? ¿Se estaría comportando como una auténtica tonta e ingenua al permitir que le hiciera el amor? ¿Acaso no se había dado cuenta, esa primera vez que volvió a verlo, de que Aaron ya no era capaz de amar a una mujer? ¿Qué era lo que había cambiado? Nada… Sólo ella misma.

Serina se había enamorado de él, por lo cual en ese mismo momento estaba entrando en su apartamento, y al cabo de un rato le permitiría que la desnudara y le hiciera el amor.

Aaron cerró la puerta y, antes de que Serina pudiera pronunciar ana sola palabra, la abrazó y empezó a besarla. Pero, quizá por lo que acababa de pensar, la chica no pudo relajarse; sus labios

permanecieron tensos mientras él la besaba.

Aaron se apartó con el ceño fruncido, y de inmediato ella susurró:

—Creo que aún estoy nerviosa —sonrió disculpándose—. Dame un par de minutos.

Giró sobre sus talones y fingió mirar a su alrededor, comenzando por el amplio vestíbulo de mármol en el que se encontraban. Luego entró en un salón que era el epítome de la elegancia.

—Muy elegante, Aaron. El trabajo de contable deja dinero.

—Eso depende. Craig y yo hemos trabajado duro y, además he tenido suerte en las inversiones que he hecho.

—Tal vez podrás aconsejarme acerca de lo que debería hacer con la parte que me corresponde por la venta de la casa. Había pensado en comprar un pequeño apartamento.

—Eso siempre es una buena inversión —dijo él y la siguió a la terraza que comunicaba con el salón—. Dentro de un par de meses podrás conseguir algo a muy buen precio, porque el mercado está bajando y la zona de Gosford siempre tendrá mucha demanda. ¿Sabes, Serina? Me gustaría que me permitieras comprarte un apartamento o una casa, si prefieres, que te pagara el alquiler de algún piso.

Estaban de pie apoyados en la barandilla de la terraza, desde donde podía verse un pequeño parque y, a lo lejos, las luces de la ciudad que comenzaban a encenderse al atardecer.

—A mí me gusta encargarme de mis propios gastos —respondió ella con aparente buen humor, pero por dentro resentida y disgustada.

Estaba molesta consigo misma y no con él, por haberse hecho ilusiones de que su relación podría ser algo más de lo que en realidad era. Un hombre muy rico mantenía a su amante para satisfacer sus necesidades sexuales con ella, cada vez que se le antojaran.

—Me voy a dar una ducha —anunció Aaron—. No tardaré. Tal vez quieras prepararte una bebida. Te veo muy tensa. Anda, te enseñaré dónde guardo las bebidas —la tomó de la mano para entrar de nuevo en el salón y le señaló un mueble antiguo—. Aquí hay copas, vasos y todo tipo de vinos y bebidas. La soda y el hielo están en el frigorífico. La cocina está detrás de esa puerta corredera. El cuarto de baño para invitados se encuentra en el vestíbulo. Supongo que habrás ido al médico para arreglar ese asunto…

—Sí —respondió Serina, pero no se volvió para mirarlo; no podía.

—Estás en tu casa —comentó él después de suspirar con frustración—. No tardaré.

Serina no se preparó ninguna bebida, sino que volvió a la terraza para disfrutar de la fresca brisa del atardecer. Estaba muy triste, porque pensaba que había esperado demasiado tiempo para encontrar a su verdadero amor y comprender al fin que lo iba a desperdiciar…

—No has bebido nada —le dijo Aaron después de un rato.

Serina giró sobre sus talones y encontró a Aaron de pie, a la entrada de la terraza. Llevaba una bata de baño de color azul marino, sin nada debajo, según temía ella. Se estaba secando el cabello con una toalla.

—Te voy preparar algo —se echó la toalla sobre un hombro y entró en el salón—. ¿Qué te gustaría tomar?

—¿Tienes brandy? —inquirió ella.

Aaron se puso en cuclillas para buscar en el mueble revelando su muslo desnudo, al abrirse la bata. Serina tragó saliva.

—Sí… hay una botella pequeña —se levantó con una botella de licor rojizo en las manos—. ¿Crees que me gustará a mí?

—Es muy dulce —le advirtió ella.

—Entonces, no. Será mejor que me beba un whisky —decidió y tomó la botella.

—Christine me comentó que no bebes mucho.

—Es una chica muy comunicativa, ¿no? —levantó las cejas al tiempo que se servía una generosa cantidad de Whisky. Me pregunto qué otras cosas sabrás sobre mí…

—Que eres un genio para las matemáticas.

—Cierto… pero está equivocada en eso de que no bebo casi nada. Lo que pasa es que no lo hago delante de mi hija. Voy a por los hielos. ¿Quieres echarle algo a tu bebida?

—Voy contigo a la cocina y allí veré lo que tienes.

Una vez en la cocina, Aaron se echó hielo y agua en su vaso. Serina eligió agua mineral, pero se sirvió muy poca. Decidió que necesitaba relajarse, pues la desnudez de Aaron le había recordado el motivo por el que ella se encontraba allí. Apuró de un golpe su copa, esperando conseguir el valor necesario para hacer lo que tanto estaba deseando en ese momento. Se recordó que amaba a Aaron y que no era sólo la lujuria lo que la hacía desearlo de esa manera; deseaba complacerlo, demostrarle con hechos y no simplemente con palabras

que lo amaba con toda el alma, aunque resultara inútil. Lentamente dejó el vaso en el fregadero; el corazón le latía a toda velocidad.

—Te has tomado tu copa muy rápido, ¿no? —comentó él en voz muy baja.

Serina se volvió hacia Aaron. Era tan guapo, tan fuerte, tan… viril. Sin prisa, pero con decisión, la joven se fue acercando.

—¿Te puedo servir en algo? —le preguntó Aaron, lanzándole una mirada cautelosa e inquisitiva.

—No —murmuró—. Sólo sigue bebiendo.

No obstante, cuando ella le desabrochó el cinturón de la bata y se la abrió. Aaron definitivamente dejó de beber. De manera literal, se quedó helado cuando Serina apoyó las manos sobre su pecho, y se estremeció cuando la joven deslizó la palma por sus caderas y muslos, para acabar por sujetar con una intimidad impresionante su sexo ya excitado.

—No te muevas —le ordenó Serina con voz ronca de deseo.

Y se dedicó darle placer con instintiva habilidad, para sorpresa de Aaron y de ella misma. De pronto, él gimió, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, en un gesto de absoluto éxtasis. Al fin, dejó su vaso y le sujetó las manos con firmeza. Ella lo miró inquisitiva, adorándolo con la mirada.

—Es mi turno, querida. Mi turno…

# Capítulo 9

Serina se tambaleó un poco, porque las palabras de Aaron le provocaron una ola de deseo. De inmediato, la sujetó de los hombros.

—No irás a desmayarte… —dijo con voz sensual.

Serina negó con la cabeza y al mismo tiempo se echó a temblar. Aaron comenzó a frotarle los brazos y después deslizó las manos hasta el primer botón de su blusa.

Ella se tensó de inmediato. Se puso muy nerviosa al darse cuenta de que él esperaba que se quedara allí inmóvil mientras la desvestía. Era lo mismo que ella acababa de hacerle, pero a la inversa; aún así, le resultaba inquietante.

Tragó saliva en el momento en que él le desabrochó el último botón; un momento después, la mirada de Aaron empezó a nublarse a medida que le quitaba la prenda hasta dejarla caer al suelo.

—Eres tan hermosa —expresó con voz ronca y deslizó las manos por los tirantes de su body, para acariciarle luego los brazos.

Desnuda hasta la cintura, Serina cerró los ojos y contuvo la respiración, en espera de que Aaron le acariciara los pezones; estaba ansiosa de que lo hiciera.

Pero Aaron no lo hizo, sino que le desabrochó la falda, que al final también cayó al suelo.

—Y ahora… —dijo al tiempo que la sujetaba por la cintura con una mano y deslizaba la otra debajo de Sus rodillas para sentarla sobre la barra de la cocina.

Serina jadeó por la sorpresa y después volvió a hacerlo cuando él le separó los muslos y se colocó de manera que los senos de la joven quedaron exactamente a la altura de su boca. Se inclinó y empezó a succionarle un pezón con ardor y vehemencia.

Serina no pudo evitar emitir un grito y arquear el cuerpo por el exquisito placer que él le provocaba. Se aferró con ambas manos al borde de la barra, mordiéndose el labio para no gritar.

Después de un rato, Aaron hizo lo mismo con el otro pezón una y otra vez; luego empleó también las manos para sujetarle los senos y levantarlos hasta sus labios y su ávida lengua. «No me besa todavía, ni me toca de una manera más íntima, y sin embargo, ya estoy loca por él», pensó Serina medio aturdida.

—Aaron —susurró.

El tono de su voz le indicaba claramente lo que necesitaba, de

manera que la llevó a la habitación.

Serina contuvo la respiración mientras él la depositaba sobre el lecho. Había llegado el momento. Aaron acabó de quitarle la prenda íntima y los zapatos de tacón.

—Quiero que tú también estés desnudo.

Aaron rió y se despojó de su bata. No obstante, no la poseyó de inmediato como ella supuso; en lugar de eso se tendió a su lado apoyado sobre un codo, y con los dedos comenzó a juguetear con sus senos. Ella se estremeció, fuera de control.

—¿Cómo es posible que algún hombre se resista ante ti? —le preguntó, inclinándose para besarla.

Serina apoyó la mano izquierda sobre su pecho y después de forma provocativa e instintiva la deslizó hacia abajo, para volver a acariciar su sexo. Aaron emitió un gemido estrangulado de protesta.

—Demonios —expresó mirándola intensamente—. ¿De qué te crees que estoy hecho, mujer?

Serina no respondió, sino que arqueó el cuerpo para rozar con los pezones el pecho de Aaron. El nuevamente emitió un gemido de frustración y le separó las piernas para colocarse entre ellas.

«¡Ahora, me va a poseer!» pensó Serina con frenesí. Levantó las piernas para que él se colocara con más facilidad. De repente, Aaron se apartó un poco.

—No —expresó respirando profundamente—. No me atraparás con tanta facilidad. Te he deseado como a ninguna otra mujer en mi vida…, así que no tengo intención de darme prisa.

La mantuvo prisionera con una mano y con la otra le acarició el cuerpo con absoluta libertad. Primero los senos, después el vientre, explorando al fin el mismo centro de su femineidad.

—No —gimió Serina, porque el placer era insoportable. El pulso se le aceleró y experimentó una tensión exquisita—. Ay, sí —decidió entre jadeos.

De manera un tanto repentina, Aaron dejó de tocarla.

—No te detengas —suplicó ella.

—Ten paciencia, mi pequeña sirena… paciencia —y volvió a acariciarle los senos con la suavidad de una pluma, mientras acallaba con besos sus protestas.

De manera gradual, Serina se olvidó de que acababa de perder la pequeña batalla para que la poseyera; suspiró contra sus labios y casi

se relajó a medida que él le acariciaba los senos y la besaba una y otra vez con ternura.

Sin embargo, su relajación duró poco, pues Aaron abandonó su boca y comenzó a trazar con los labios un sendero descendente por todo su cuerpo. Sus labios y lengua estaban poniéndola en un estado de frenesí, a medida que saboreaban y atormentaban su piel con una expresión sorprendente. El sabía exactamente cuándo detenerse y cuándo volver a empezar, y cómo conducirla a las puertas del éxtasis y de la agonía.

—Aaron, por favor —le suplicó mientras negaba con la cabeza—. Ya no… por favor…, ya no.

De inmediato, Aaron se deslizó hacia arriba y se colocó encima de ella. Serina le rodeó la cintura con las piernas. Después, con un solo movimiento él la penetró con un grito ahogado.

Serina tenía los ojos muy abiertos y no emitió una sola palabra, porque estaba perpleja ante aquella experiencia. En el mismo momento en que Aaron la poseyó, experimentó el sentimiento más poderoso que jamás había senti4o. Lo único que deseaba era fundirse con él, para siempre. Deslizó las manos por la espalda de Aaron hasta llegar a su trasero, para atraerlo hacia sí con pasión.

Él emitió una especie de gruñido y empezó a moverse despacio al principio, para después con más vigor. Ella también sintió la necesidad de moverse para alcanzar su ritmo. Unos segundos después se tensó nuevamente, pero con más intensidad que antes y con mucho más placer. Una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo; se quedó sin aliento, convulsionada de placer.

—Ay, Aaron… Aaron —susurró, complacida.

Lo abrazó con fuerza hasta que cesaron sus estremecimientos, y no le importó sentir todo el peso de su cuerpo cuando se dejó caer sobre ella. Aaron, sin embargo, debió interpretar su suspiro de una manera diferente, pues se hizo a un lado y la atrajo hacia sí. Serina quería sonreírle, decirle que era maravilloso, pero estaba exhausta y no podía hablar.

—Duérmete —sugirió él con voz profunda y empezó a acariciarle el cabello.

La joven volvió a suspirar y apoyó las manos sobre sus hombros. Un agotamiento increíble se apoderó de ella, y cerró los ojos.

Debió de dormir durante un buen rato, pues cuando despertó ya se le había aclarado la mente y no quedaba rastro de su cansancio. Estaba muy despierta y consciente de que Aaron le acariciaba la

espalda con suavidad; jadeó cuando él deslizó las manos más abajo.

—¿Has vuelto al mundo de los vivos? —susurró él.

Serina levantó la cabeza y se sorprendió al darse cuenta de que Aaron estaba excitado otra vez. Una nueva ola de deseo se apoderó de ella.

Con extremada lentitud, la joven se incorporó y le sostuvo la mirada con expresión seductora. Decidió que no habría mujer en el mundo que pudiera amarlo tanto como ella. Le demostraría cuánto; le haría el amor como ninguna otra se lo había hecho antes.

—Aaron… —se inclinó hacia adelante, se echó el cabello hacia atrás con gesto provocativo, tomó su rostro entre sus manos y lo besó con pasión.

—¿Quieres que continúe? —le preguntó con voz sensual, deslizando los labios por su cuello.

—Qué pregunta tan boba —replicó Aaron.

Serina rió con sensualidad y lo miró provocativa, con los labios entreabiertos a modo de franca invitación. Le encantaba ver la llama del deseo en los ojos de Aaron.

Él le acarició los senos, pero ella le apartó las manos riendo para besarlo otra vez.

—Te haré el amor con una pasión loca —le prometió ella susurrando contra sus labios—. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí tendido y no moverte…

Lo sujetó por los hombros y con la boca trazó un sendero ardiente por su cuello y después por su pecho, lamiendo y besando su piel encendida.

Percibió que las manos de Aaron se tensaban sobre sus caderas en el momento en que ella se irguió y comenzó a moverse rítmicamente. El gimió expresando su satisfacción ante la técnica y las acciones de Serina, de manera que ella intensificó sus movimientos, tensando los músculos cada vez más, hasta que Aaron ya no pudo soportar aquello por más tiempo. Arqueó el cuerpo hacia arriba, una y otra vez. La tomó de la cintura con fuerza y comenzó a moverla con violencia sobre él, arrastrándola a una velocidad impresionante, a un clímax dulce y doloroso. Entonces Serina se liberó con una descarga explosiva que aumentó su placer durante unos deliciosos segundos más, antes de que de nuevo la poseyera una languidez que la hizo dejarse caer exhausta sobre él.

Aaron la abrazó y le acarició la espalda.

—Eres fantástica en la cama, ¿lo sabías? La mejor. Serina intentó no sentirse herida, pero aún así experimentó cierta tristeza. Para ella, hacer el amor con Aaron significaba la experiencia más maravillosa de su vida, porque nunca había amado a ningún otro hombre.

«Pero sabías perfectamente lo que estabas haciendo», le dijo una voz interior. «No seas tan estúpida». Suspiró y se acurrucó más contra él.

—¿Estás cansada? —le preguntó Aaron en voz muy baja.

—Mmm.

—¿Tienes frío?

—No.

—Pues dentro de poco lo vas a sentir, así que vamos a taparnos.

Serina gimió cuando él se apartó de debajo de ella. Aaron se levantó, la arropó y después se acostó a su lado. La joven suspiró contenta cuando él la besó y después la hizo volverse para que su espalda quedara contra su pecho. Colocó las manos en sus senos y deslizó una pierna entre las de ella.

—¿Te das cuenta de que no hemos salido a cenar?

—Ya no tengo hambre —murmuró adormilada.

—Yo tampoco… —rió él—. O por lo menos —le susurró al oído —, no por ahora. Duérmete, querida. Duérmete.

El corazón de Serina dio un vuelco. «Me ha llamado querida», pensó. Se preguntó si todavía se atrevería a concebir esperanzas.

No obstante, esa noche Serina ya no pensó en nada, pues el sueño la venció con una sensación de calma, calor y seguridad. Durmió sin interrupciones, sin que un solo sueño o pensamiento triste alterara su paz.

# Capítulo 10

Serina emergió de su sueño de forma gradual. Se agitó un poco y se subió las sábanas hasta el cuello, para después hundir el rostro en la almohada. Permaneció con los ojos cerrados. Jamás se había sentido tan perezosa en toda su vida.

—El desayuno, mi señora —dijo una voz, sorprendiéndola.

La joven no abrió los ojos de inmediato, pero sí se dio cuenta de que no estaba en su cama, ni en su habitación, sino en la de Aaron.

Una deliciosa oleada de placer la recorrió al recordar la forma tan increíble en que habían hecho el amor. Serina jamás imaginó que pudiera existir algo tan maravilloso. Sin duda, Aaron tenía que sentir algo más profundo que simple deseo. Después de hacer el amor se había comportado de forma muy afectuosa; incluso la había llamado «querida». Se resistía a veces aceptar que Aaron simplemente la había utilizado.

Además, ¿cómo podía renunciar ahora a su sueño? ¿O arrepentirse de haber hecho el amor con el hombre al que amaba? ¿Acaso no había hecho surgir en ella a la verdadera mujer que llevaba dentro, y le había mostrado que podía ser tan apasionada y desinhibida como cualquier otra? A Serina le agradaba mucho su nuevo ser despierta a la sexualidad. Sabía que sólo tenía que tocar a Aaron para que él la deseara.

El solo hecho de pensarlo le aceleró el corazón. Lentamente abrió los ojos y sonrió con sensualidad y de manera provocativa, al tiempo que se incorporaba.

Aaron estaba de pie junto a la cama, con una bandeja en las manos. Por un momento su expresión pareció indescifrable al contemplar sus senos desnudos; sólo se percibió cierta tensión en su mandíbula en el momento en que se inclinó para colocar la bandeja sobre la mesilla.

—Zumo de naranja, huevos con jamón, dos rebanadas de pan integral, café… y buenos días —le dio un beso en la frente.

Serina no pudo resistirse a poner en práctica el poder que acababa de descubrir.

—Buenos días a ti también —murmuró y la sujetó del cuello para besarlo en los labios antes de que se pudiera incorporar.

Durante un segundo, Aaron se resistió, pero después entreabrió los labios, gimió y se tumbó en la cama para besarla con pasión. Para cuando se apartó, su mirada estaba nublada de deseo.

—Eres un mayordomo muy sensual —susurró ella.

Pero cuando Serina se iba a acercar de nuevo para que la abrazara, él se puso de pie.

—Estamos para servir —le siguió la broma—. Además, lo menos que podía hacer, después de haberte dejado sin cenar, era alimentarte —miró su reloj y añadió—: Mira, odio tener que besarte y salir corriendo, pero me tengo que ir. Craig sale de vacaciones esta semana y le prometí que nos veríamos en la oficina a las nueve. Te llamaré después para comentarte si podré salir temprano o no.

La evidente prisa que él mostraba para partir le provocó a Serina una profunda tristeza. Todavía no eran las siete y media de la mañana ¿acaso tardaba una hora y media en llegar al norte de Sydney? No podía ser.

—Ay… está bien —balbuceó, se cubrió los senos con la sábana y bajó la mirada con tristeza.

—Por favor, no te enfades, Serina —comentó Aaron después de suspirar—. No es que me quiera ir; tengo que irme.

—¿De verdad? —levantó lentamente la mirada con la sensación de que el corazón se le hundía en un negro abismo—. ¿Estás seguro de que quieres que esté aquí cuando vuelvas de tu oficina, Aaron? ¿Estás verdaderamente seguro? —percibió un asomo de duda en su mirada y lo acusó—: Quieres que lo nuestro se reduzca a una aventura de una sola noche, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —repuso irritado—. Lo que pasa es que no quiero…

El guardó silencio y suspiró frustrado.

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó desesperada.

—Lo que sucede es que cuando me desperté y te vi en mi cama, yo… yo no pude imaginar que me iba a sentir así.

—¿Que te ibas a sentir cómo? No comprendo. ¿A qué te refieres?

—¡Maldita sea, Serina, emplea tu imaginación! Aquí estabas, desnuda y deliciosa, de manera que te deseé otra vez. No, te necesité de nuevo de una forma loca e incontrolable, así que tuve que saltar de la cama y tomar una ducha de agua fría.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué no me despertaste? Yo no te habría rechazado.

—¿Creías que no lo sabía? —preguntó irritado—. Eso forma parte del problema, tu… sensualidad, tu… amplia experiencia. Es

como una adicción. Mira, yo te he confesado que te necesito, pero no quiero hacerlo hasta ese punto. ¡No quiero necesitar a nadie, al menos hasta ese punto!

Serina lo miró desolada, porque comprendía que lo que había hecho se había vuelto en su contra. Habría hecho mejor en quedarse simplemente tendida como un tronco para que él le hiciera el amor como lo hubiera deseado.

—Si quieres que me vaya, dilo simplemente —le pidió con voz quebrada por la emoción—. ¡Dios mío¡ por lo menos sé sincero.

Aaron abrió mucho los ojos con furia.

—¿Sincero? —su rostro se encendió—. ¿Sincero? —repitió y la rapidez con que montó en cólera la dejó pasmada—. ¿Acaso no lo he sido desde el principio? Yo no te obligué a que vinieras a mi lecho anoche ¿o sí? Viniste muy dispuesta, a pesar de que jamás te hice ningún juramento de amor terno, ni promesas de devoción incondicional. ¡Sincero! —gritó iracundo—. ¡Esa es una palabra que vosotras las mujeres deberíais respetar! —hizo una pausa antes de continuar—: Y antes de que empieces a defenderte, fíjate en tu comportamiento de hace un minuto. Cuando te expliqué que tenía que irme a trabajar, de inmediato te mostraste ofendida, incluso dolida, como si fueras una recién casada a quien su esposo abandonara al día siguiente de su noche de bodas. Por supuesto que esa reacción aumentó mis dudas sobre si debías quedarte hasta el fin de semana, porque la Serina a la que invité a quedarse no parecía el tipo de chica que se enfurruñara para intentar salirse con la suya, ni haría el papel de amante posesiva. No necesito ese tipo de comportamiento manipulador en mi vida. ¡No sólo no lo necesito, sino que tampoco lo voy a tolerar! —la miró con dureza y sin piedad—. ¡Así que si así es como piensas comportarte, más vale que te vayas!

Serina pensó que la reacción de Aaron era consecuencia de las cicatrices que le había dejado su relación con su esposa, pero no estaba dispuesta a ceder. Quizá lo que necesitaba era depender de alguien, aunque al principio sólo fuera sexualmente.

—Lo siento, Aaron. Por supuesto que tienes que irte a trabajar, pero por favor, trata de entender… lo de anoche fue tan maravilloso, tan… especial, que me molestó pensar que ya no me deseabas y que querías que me fuera. ¿Me perdonas? —levantó la mirada hacia él con una cálida sonrisa.

El se sentó en la cama y la abrazó con violencia. Cuando la apartó, después de besarla con ardor, sus ojos expresaban una pasión inconfundible.

—¿Todavía crees que quiero que te vayas?

—No —respondió ella.

—Te deseo, Serina —volvió a asegurar—, y quiero estar contigo. Pero deseo aclarar algunas cosas, por si no las has comprendido…

—¿Si?

—No te enamores de mí. No esperes jamás que me case contigo, porque no estoy interesado. Ahora soy libre y deseo permanecer así. Durante mucho, mucho tiempo no quiero tener que rendirle cuentas a nadie, excepto a Aaron Kingsley. ¡Si no puedes aceptarlo, entonces es mejor que terminemos ahora!

—Comprendo —murmuró ella y bajó la vista. El corazón le latía acelerado, pues sabía que era una especie de primera y cruel prueba; sin embargo, logró levantar la mirada y sonreírle con sensualidad—. Bien… pues ahora que ya ha quedado aclarado, ¿por qué no nos damos un beso y nos reconciliamos?

Aaron la miró fijamente durante unos segundos y después la abrazó para besarla con pasión.

—Nunca había conocido a alguien como tú —susurré—. Eres increíble…, eres…

Ella tomó su rostro entre las manos y lo besó.

—Ay, Dios —gimió Aaron; se levantó, se quitó la chaqueta y comenzó a luchar con la corbata.

Serina se arrodilló sobre la cama y comenzó a abrirle la camisa.

—Pero, ¿no se te va a hacer tarde? —le preguntó preocupada de que pensara que deliberadamente había tratado de seducirlo.

—No es tan tarde —se quitó la camisa y comenzó a desabrocharse el cinturón.

Serina lo miró fijamente. Estaba sorprendida no solamente de su pasión, sino de la suya propia. Lo ayudó a desnudarse y, antes de que él pudiera pronunciar una sola palabra lo besó. ‘Aaron jadeó y enterró los dedos en su cabello.

Poco después de las once y media de la mañana, Aaron la llamó por teléfono para decirle que no podía reunirse con ella en su apartamento para comer.

—Tengo que llevar a un cliente a tomar una copa y a comer —le

comentó—. Craig concertó la cita, sin recordar que hoy se marchaba temprano, de manera que me toca a mí.

—No hay remedio posible —comentó Serina con tono comprensivo.

—¿Qué estaba haciendo desde que salí a toda prisa del apartamento, hace unas horas?

—Me temo que no he podido comerme tu delicioso desayuno —rió ella—, porque para cuando fui a hacerlo ya estaba muy frío. Pero sí me bebí el zumo, tomé una ducha y volví a meterme en la cama.

—Qué afortunada.

—Ahora estoy a punto de preparar unas tostadas y café. Me voy a poner a leer porque he descubierto que tienes una buena biblioteca.

—Ay, me llaman por la otra línea, Serina. Nos vemos en cuanto pueda. Tal vez, a eso de las cuatro.

Aaron colgó y Serina se fue bailando de alegría hacia la cocina. Estaba contenta porque todo estaba saliendo muy bien. «Vas a ser muy feliz conmigo, Aaron. Espera y verás», pensaba.

Estaba en la cocina preparándose una segunda taza de café, vestida con la bata de baño de Aaron, cuando oyó que alguien abría la puerta de entrada. De inmediato miró 1 reloj de pared y vio que eran las doce y diez minutos. Pensó que, sin duda, Aaron había cancelado su comida de trabajo. Llena de entusiasmo corrió a la sala; sin embargo para su decepción se encontró con Craig, que en ese momento cerraba la puerta.

El la miró primero con expresión sorprendida y después con comprensión.

—Vaya, vaya, de manera que Aaron se había quedado atascado en la carretera esta mañana, ¿no? —rió con malicia—. Me lo pudo haber comentado ese diablo con suerte… —miró los pies desnudos de la joven y después la recorrió por completo con la mirada—… En efecto —murmuró—, es un diablo con mucha suerte… Serina se apresuró a cerrarse la bata.

—Se suponía que te habías ido de vacaciones —comentó con una voz temblorosa que delataba su nerviosismo por estar sola con ese hombre.

Vestido con unos vaqueros y una camiseta negra, el socio de Aaron tenía un aspecto más duro y poderoso que la noche que Serina lo conoció. Craig levantó una ceja y a continuación se volvió para cerrar con llave la puerta de entrada.

—¿Qué… qué haces? —inquirió Serina aterrada.

Él se volvió hacia ella con expresión de sorpresa.

—¿Qué hago? He venido a buscar mi sombrero de playa favorito. Me lo dejé olvidado aquí hace un par de semanas.

Serina fue retrocediendo conforme él se acercaba a ella.

—¡Pero… pero has cerrado la puerta con llave! ¿Por qué?

—Ah, eso. Supongo que por costumbre. Después de divorciarme estuve viviendo aquí, ya que Aaron insistió en que lo hiciera. Ya lo conoces —de pronto observó la expresión aterrorizada de Serina, sacudió la cabeza y comentó irritado—: Por Dios, Serina, no seas boba. No soy un santo, pero estoy lejos de forzar a la mujer de mi mejor amigo. ¡Concédeme al menos algo de moralidad!

El evidente alivio de Serina hizo que Craig se enfadara aún más.

—¿Sabes, querida? Me parece que estás un poco paranoica. ¡Acepto que acabo de mirarte de pies a cabeza, pero es que siempre vas a llamar la atención, mujer! No sólo tienes un buen cuerpo, sino que eres preciosa y endemoniadamente sensual. No puedes esperar que todos los varones del mundo anden con los ojos cerrados.

Su sinceridad la sorprendió y tuvo que reconocer que realmente se había vuelto desconfiada a través de los años. Tal vez había reaccionado de forma exagerada. Quizá…

Craig suspiró y se fue a la cocina. Ella se detuvo junto a la puerta y lo miró con nerviosismo.

—No está aquí —comentó él—. ¿Por casualidad no has visto un sombrero grande, de paja, de estilo mexicano?

—Lo siento, pero no —respondió Serina, riéndose para sus adentros al imaginárselo con semejante sombrero.

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedo irme a Fidji sin mi sombrero favorito?

—Es posible que esté en la habitación. ¿Quieres que lo busque?

—No… voy yo. Sé dónde puede estar.

Fue a la habitación y ella lo siguió a una distancia prudente. Abrió todas las puertas de la cómoda, pero no apareció el sombrero.

—¿Por qué no llamas a Aaron a la oficina? El puede saber dónde está.

—No tiene sentido, porque ahora no está allí. Tenía una cita en el centro, a las doce y media, y ya conoces a Aaron; jamás llega tarde

—miró la cama deshecha y añadió—: Casi nunca.

Serina se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—¡Ah, ya sé! —exclamó Craig y entró en el cuarto de baño Al poco rato salió con el enorme sombrero sobre la cabeza—. Aquí está.

La rubia tuvo que hacer esfuerzos para no reírse de su aspecto.

—Ahuyenta a las moscas —explicó Craig—. Creo que el café ya está preparado —le advirtió y la siguió hasta la cocina—. ¿Por casualidad no tendrás una taza para mí?

Serina aún estaba incómoda por encontrase a solas con Craig, pues sólo llevaba puesta la bata de Aaron, pero no podía decirle que no.

—¡Bien! —exclamó Craig con la taza de café en la mano, sentándose en un taburete—. ¿Hace mucho tiempo que Aaron y tú os entendéis?

—¿En entendernos? —preguntó ella sin comprender.

—Si prefieres, que dormís juntos.

—¿Acaso eso es asunto tuyo? —preguntó enfadada.

—Tal vez sí. Tal vez no. Pero supongo que cualquier cosa que haga feliz o desgraciado a Aaron, es asunto mío. El pobre bastardo se merece una oportunidad. Hace mucho que le vengo diciendo que necesita una rubia sensual y agradable en su vida, en lugar de esas aventuras de una sola noche, pero tampoco quiero que alguna aventurera o una cazafortunas se aproveche de él.

Craig habló con tal naturalidad, que al principio Serina se quedó sorprendida, más que insultada. Sin embargo, segundos después estalló furiosa:

—Dios mío, ¿quién te crees que eres para hablar así? ¡La víctima soy yo! Soy yo la que va a acabar lastimada, la que le está dando lo que necesita a pesar de que me ha explicado con absoluta claridad que no espera nada a cambio. Yo soy esa estúpida rubia, sensual y agradable. ¿Te parece que soy una… una cazafortunas? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—Cielos, realmente estás enamorada de él, ¿verdad?

—¿Y qué si lo estoy? —replicó—. De cualquier manera piensas que no soy lo suficientemente adecuado para tu querido amigo, ¿no? Así que, ¿cuál es la diferencia?

—Serina… no era mi intención… Yo…

—Tómate de un vez tu maldito café —se enjugó las lágrimas—, y

lárgate de aquí, ¿quieres? —salió apresurada de la cocina, entró en la habitación y cerró de un portazo.

Se apoyó contra la puerta, con la respiración agitada y odiándose por haber perdido el control, pero odiando todavía más a Craig.

—¿Serina? —dijo él llamando a la puerta del dormitorio—. Lo siento, cariño. De verdad, no me refería a ti en particular, aunque tienes que comprender la impresión que das. Me refiero, cariño, a que tú has vivido mucho. Has andado aquí y allá, trabajando en todo tipo de empleos. Aaron es un magnífico partido. Escucha, me parece grandioso que realmente lo ames, pero por Dios, no se lo confieses. Demonios, te has metido en una situación muy delicada. Hay muchas cosas que deberías saber sobre él; de lo contrario, verdaderamente te va a herir mucho. Sal de ahí para que charlemos un poco. Creo que debo comentarte algo sobre el matrimonio de Aaron, para que al menos estés prevenida…

Serina no se pudo resistir a la tentación de conseguir más información sobre su amado Aaron, así que abrió la puerta y permitió que Craig la condujera a la cocina, donde se sentó en un taburete. El tomó la cafetera para volver a llenar las tazas de café y se sentó.

—¿Por dónde empiezo? Conocí a Aaron en la universidad, poco después de que se casara con Naomi. Creo que simpatizamos en seguida porque los dos nos casamos muy jóvenes, aunque por razones diferentes. A mí me dio la impresión de que, de no haber sido por su hija Christine, ese matrimonio no se habría efectuado. Y no me refiero a que no amara a Naomi. Era una mujer preciosa. Y estaba entregada a él; demasiado, diría yo.

—Lo suponía —intervino Sen—. Jillian me comentó que los celos de Naomi llegaban hasta un punto neurótico, e incluso que envió a su hija al internado para apartarla de su camino, lo cual me parece increíble.

—Pues, más vale que te lo creas, porque es justo el tipo de cosas que hacía. Aaron quería tener más hijos, pero ella se negaba, porque no toleraba la idea de tener que compartirlo.

—Me sorprende que ese matrimonio durase.

—A mí también, sobre todo después de que Aaron sufriese el accidente y tuviera que renunciar a las competiciones de surf.

—¿Tuvo un accidente?

—Se rompió una pierna y tardó mucho tiempo en recuperarse. Ay, pero a Naomi le encantó que le sucediera eso, pues detestaba que tuviera que ausentarse de casa, que tuviera otros intereses y amigos.

Me odiaba a mí en particular, porque me consideraba una mala influencia, y aún más cuando empezamos a tener éxito en el negocio y me divorcié. Empezó a llamar a la oficina varias veces al día, para averiguar dónde estaba Aaron. Si llegaba un minuto tarde a su casa, o al lugar donde habían quedado en encontrarse, se suscitaba una discusión tremenda entre ellos. En una ocasión sufrió un leve accidente de coche, llegó media hora tarde a su casa y se encontró con que Naomi ya había llamado a la policía.

—Comprendo… —Serina recordó la obsesión que tenía Aaron por la puntualidad. No era de sorprender que ahora ya no quisiera tener que rendirle cuentas a nadie, durante mucho tiempo—. Me cuesta comprender cómo Aaron pudo tolerar todo eso. Es un hombre de carácter.

—No me interpretes mal. A veces luchaba contra ella con uñas y dientes, pero siempre acababa por ceder, por su hija. Naomi utilizó el amor que él tenía por su hija para retenerlo. Lo que ya nunca supo fue que, a pesar de eso, Aaron ya estaba decidido a abandonarla y a luchar por la custodia de Christine.

—Pero… pero, no lo hizo ¿o sí?

—No… —adoptó una expresión sombría—. El mismo día en que Aaron me comunicó lo que pensaba hacer, recibió una llamada del médico de Naomi; le pedía que fuera de inmediato a su casa, que Naomi había sufrido un colapso y que tenía cáncer, por lo que no sobreviviría más de unas cuantas semanas. ¿Qué podía hacer Aaron? ¿Abandonarla cuando más lo necesitaba? Además, aunque suene horrible, su problema ya se había resuelto por sí mismo.

—¡Qué horrible! —exclamó Serina.

—Aún n sabes lo peor. ¿Sabes lo que el médico y la misma Naomi, le comentaron a Aaron después? Que Naomi pudo haberse salvado. Hacía muchísimo tiempo que tenía unos bultos en los senos, pero ella se negó a que se los extrajeran por temor a que Aaron ya no la deseara; igualmente se negó a recibir tratamiento de quimioterapia por no perder el cabello. Naomi le confesó a Aaron con toda tranquilidad que el disfrute de su amor y de su deseo durante unos años más había valido la pena, tanto como para morir por ello. También le reveló que si hubiera podido volver a elegir, habría hecho lo mismo.

—Ay, Dios… esa pobre mujer, enferma… ¡Pobre Aaron!

—Aaron se quedó destrozado; sin embargó, reunió todas sus fuerzas e hizo todo lo que estuvo a su alcance para que los últimos días de vida de su mujer fueran lo más tranquilos y felices posibles.

Fingió más que nunca, pero eso le afectó emocionalmente. Creí que después de la muerte de Naomi lo superaría, pero en lugar de ello se convirtió en un cínico endurecido por lo que se refería a las mujeres. Un egoísta absoluto, y por eso me preocupo por ti, Serina. No eres la primera mujer que tiene desde la muerte de su esposa, créeme aunque sí la primera con la que se queda más de una noche. No obstante, ten cuidado, porque eso no significa que te quiera.

Serina permaneció en silencio mirando fijamente su taza de café. Aaron había tenido la tentación de echarla después de una noche… pero no lo había hecho. ¿Por qué? ¿Acaso había decidido que le convenía más mantener a una amante en lugar de tener muchas relaciones de una sola noche? ¿O sería posible que la quisiera más de lo que estaba dispuesto a reconocer?

Craig se inclinó y posó su mano sobre la de ella.

—Me gustaría poder decirte que se va a enamorar de ti, pero no lo creo. Es demasiado pronto y, aunque así fuera, no se casará contigo. Así que, si andas en busca de un matrimonio e hijos, más vale que lo olvides. El no está preparado.

De repente alguien abrió la puerta y los dos se quedaron paralizados por la sorpresa.

Aaron entró en la cocina y también se mostró sorprendido al verlos juntos; el detalle de la mano de Craig sobre la de Serina no le pasó desapercibido.

# Capítulo 10

—¿Te has desviado un poco del camino al aeropuerto ¿no, amigo? —preguntó con tono cortante y frío.

Serina contuvo la respiración y Craig retiró la mano con naturalidad y se tocó el borde del sombrero.

—Algo por el estilo, viejo. ¿Acaso esperabas que me fuera a Fidji sin mi fiel sombrero? Tomar el sol sin él podría resultar peligroso.

—Hay otras cosas que pueden ser mucho más peligrosas —replicó Aaron.

—Cierto —respondió entre risas.

Sin embargo, Serina se dio cuenta de que Craig no estaba tranquilo. Aaron parecía estar a punto de estallar y la forma en que se cambiaba las llaves de una mano a otra resultaba amenazante. Se habría sentido esperanzada ante ese ataque de celos de no haber sido por la expresión de odio con que la miraba.

—Gracias por el café, Serina. Nos vemos, Aaron —se dirigió a la puerta, pero luego se detuvo—. ¿Qué ha pasado con la comida con Pete? ¿No ha llegado?

—Me dejó un mensaje en el restaurante explicando que no podía asistir.

—Ajá… imaginé que algo así había sucedido. Bueno, *arrivederci, au revoir*, adiós. ¡Nos vemos dentro de tres semanas! —abrió la puerta y salió.

Una vez que se cerró la puerta reinó un tenso silencio. A Serina se le contrajo el estómago. No sabía si explicarle con más detalle la Presencia de Craig o ignorar su mal humor.

—Parece que estabais muy a gusto los dos —comentó Aaron al fin con tono cortante y duro. Lanzó las llaves sobre la barra de la cocina y tomó la taza de café de Craig. La miró fijamente durante unos segundos y después se fue al fregadero para vaciarla—. Cualquiera pensaría que he interrumpido un momento muy íntimo —al ver que Serina no decía nada para defenderse, se volvió encolerizado hacia ella—. ¿Y bien? ¿No vas a hablar? ¿O te crees que soy tan estúpido como para creer que ha sido algo tan inocente como quieres fingir? No me sorprendería que Craig no se hubiera dado cuenta de que la otra noche lo estuviste provocando para después dar el zarpazo final.

Serina no pudo disimular su asombro. Abrió mucho los ojos.

—Ese es tu modus operandi ¿no? —se burló de ella—. ¡Hacerte

la difícil! ¡Hacer creer al pobre estúpido que no quieres tener nada que ver con él, para luego lanzarte con tanta vehemencia hasta hacerlo perder la cabeza de deseo por ti!

Serina estaba perpleja.

—Aaron —respondió con mucha menos serenidad de la que le hubiera gustado tener—, no ha sucedido nada entre Craig y yo. Como él mismo te ha explicado, ha venido a recoger su sombrero y después se ha quedado a tomar una taza de café.

—¿Y para eso necesitaba tomarte de la mano? Muy bien, Serina —giró sobre sus talones y se fue a la sala—. ¿Crees que soy un maldito idiota? La verdad es que si no hubiera llegado cuando lo he hecho, ahora estaríais allí dentro —señaló la habitación—. ¡Acariciándoos como locos!

Serina se quedó con la boca abierta.

—¡Basta ya! —gritó desde la cocina y se puse de pie—. No tienes ningún motivo para creer eso. Ninguno. Si lo quieres saber, cuando tú llegaste, Craig y yo estábamos hablando de ti. Me estaba hablando de tu matrimonio. Me previno sobre las cicatrices que te dejó, que… —guardó silencio por un instante—. Ay, esto es ridículo —expresó al ver su expresión escéptica y comprender en ese mismo instante que, a pesar de que lo amaba, no podía quedarse con él—. No tengo por qué darte explicaciones, Aaron ¿Quieres ser libre? —preguntó con la voz quebrada—. ¡Pues eres libre! ¡Quédate solo! —concluyó y se fue a toda prisa a la habitación.

Cerró la puerta; sin embargo, un instante después, Aaron la abrió de una patada y entró en la habitación. Agarró a Serina y la obligó a que se volviera hacia él.

—¡No te permitiré que te vayas, Serina!

—¿Ah, no? ¿Y cómo piensas impedírmelo? ¿Me vas a pegar? ¿Me atarás? ¿Crees que toleraría eso con abnegación? Habría pensado que si alguien podía comprender a una mente enferma de celos, ese serías tú, Aaron.

En ese momento, al ver la expresión horrorizada de Aaron, se dio cuenta de lo que había dicho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin embargo, tenía que dejar las cosas en claro. Dio un paso hacia atrás y lentamente se quitó la bata. Se quedó desnuda ante él, mientras que se estremecía por dentro.

—¿Ves mis senos, Aaron? —gritó mientras se los sujetaba con las manos—. Son tuyos. ¿Ves este cuerpo? —se acercó a él—. Es tuyo —susurró con tono sensual, mirándolo con expresión desesperada—. Y

no de Craig —aclaró con voz entrecortada—, ni de ningún otro hombre. Lo que sucedió anoche fue muy especial para mí, Aaron. Muy especial… Créeme, lo único que desearía sería seguir disfrutando de noches como ésa. Pero no voy a tolerar tus insultos. Prefiero dejarte. Yo también quiero ser libre, Aaron. Pero libre de la manera tan equivocada en que me juzgan todos los hombres. Libre de…

Aaron la interrumpió en ese mismo momento, besándola y estrechándola entre sus brazos.

—Lo siento —susurró mientras le enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Lo siento… —la apretó con tal fuerza que casi la dejó sin respiración—. Perdóname… jamás volveré a hacer algo así —le prometió—. ¡Nunca! ¡He debido volverme loco! Demonios, créeme que sé lo destructivos que pueden llegar a ser los celos —se apartó un poco y tomó su rostro entre sus manos para besarlo con ternura—. Perdóname…

Serina comprendió cuánto lo amaba pues de inmediato lo perdonó. Más que perdonarlo, de inmediato deseó con todas sus fuerzas que le hiciera el amor. Estaba excitada y empezó a emitir gemidos sensuales y suplicantes.

Aaron también emitió una especie de gruñido para expresar su deseo. Serina no protestó cuando él la hizo tumbarse en la cama y comenzó a quitarse la ropa, con desesperada rapidez. No hubo juegos sexuales preliminares. Ella se entregó, moviéndose a un ritmo frenético hasta que ambos terminaron gritando, abrazándose estremecidos.

—Dios —suspiró él cuando al fin estaban tendidos el uno junto al otro, descansando. Después estalló en carcajadas, se volvió y la miró a los ojos—. Todo es culpa tuya por ser tan sensual. Te deseo tanto, durante todo el tiempo, que imagino que los demás hombres también. —delineó sus labios con un dedo—. Ya me has perdonado, ¿no?

—No debería —respondió sintiendo que era cierto que amar a ese hombre no la conduciría a nada bueno:

—Te voy a compensar —susurró él de manera seductora.

—¿Ah? —le temblaban los labios bajo la caricia seductora de su dedo—. ¿Cómo?

—Dándote lo que quieras, cuando quieras y con la frecuencia que quieras…

Aaron deslizó el dedo hacia uno de sus pezones y luego al otro.

—Promesas, promesas —expresó ella con aparente tranquilidad, pero su cuerpo ya empezaba a traicionarla de nuevo; ya ardía como

consecuencia de sus palabras y de sus caricias.

—¿Lo dudas? —preguntó Aaron, fingiendo ofenderse.

—Bueno… el día que fuimos a la playa comentaste que habías perdido forma física y que necesitabas hacer más ejercicio.

—¿Me quieres poner a prueba? —estalló en carcajadas.

—No tiene sentido, si voy a quedar decepcionada.

Una expresión maliciosa apareció en los ojos de Aaron.

—En ese caso, Serina, amor mío, no me conoces bien. Yo siempre respondo ante un reto.

Al día siguiente, Aaron tuvo que ir a la oficina, pero regresó temprano para continuar por donde se habían quedado la noche anterior. Hicieron el amor una y otra vez, pasearon juntos y comieron algo ligero. Serina ya no se preocupaba por el futuro. Amaba a Aaron con tal intensidad que el solo hecho de pensar en vivir sin él la aturdía.

Se había rendido de manera total a sus deseos, con la esperanza de que al final su amor resultara vencedor. Daba la impresión de que sí estaba resultando bien, porque varias veces lo sorprendió mirándola con verdadero afecto y ternura, lo que la hizo suponer que era una simple cuestión de tiempo que él tampoco pudiera soportar vivir sin ella.

El sábado Aaron no quería llevarla de vuelta a su casa, pero puesto que la había invitado a pasar la Nochebuena con Jillian y Christine, el domingo, ella insistió en ello.

—Tengo que comprar unos regalos —le explicó—. Y además necesito mi ropa, porque no me puedo pasar la vida desnuda o llevando siempre el mismo vestido.

Cuando al fin llegaron a la casa de Serina, ella tuvo que obligarlo a que no entrara.

—Le prometiste a Christine que le pondrías el árbol de Navidad —fue su argumento vencedor.

Por fin, reticente, Aaron aceptó irse pero sólo con la promesa de que ella estuviera en la casa de Jillian antes de las once de la mañana del día siguiente. Serina lo convenció de que no era necesario que fuera a buscarla, pues iría en su moto.

Casi se arrepintió al día siguiente porque amaneció lloviendo; afortunadamente para ella, de camino a la casa de Jillian dejó de llover.

Christine corrió a recibirla, seguida de Aaron.

—Serina tiene un aspecto fantástico, ¿no crees, papá?

Serina pensó que Aaron también tenía un aspecto sensacional, con sus vaqueros azules y una camiseta de punto de un tono más claro. Durante unos segundos lo miró fijamente y lo desnudó con la mirada.

—Mmm ¿en qué estás pensando? —le susurró Aaron al inclinarse para besarla—. Feliz Navidad, Serina —añadió en voz alta—. ¿Qué me ha traído Santa Claus? —bromeó y fingió mirar dentro de la bolsa roja.

La chica le golpeó la mano para que no curioseara.

—Nada de eso —lo regañó—. Has de esperar a que los regalos estén colgados del árbol.

—Ah —Aaron hizo una mueca—. Una mujer tradicional.

Serina obligó a todo el mundo a que esperaran hasta después de comer para abrir los regalos. Cuando al fin llegó el momento, fue entregando sus obsequios a cada uno.

—¡Un bikini de Ken Done! —gritó Christine cuando abrió su regalo—. ¡Y con una falda a juego! —exclamó y besó a Serina para darle las gracias.

El elegante mantel de color crema que le tocó a Jillian también fue un acierto absoluto, así como la agenda de piel para Gerald.

Serina se puso un poco nerviosa cuando Aaron tardó en desenvolver su regalo. Se preguntaba si le gustaría. Por fin, él abrió la caja para fijar la mirada en el estuche de gafas de gamuza azul, que tenía la marca italiana grabada en letras de oro en una esquina. Aaron miró a Serina con expresión perpleja.

—Serina… muchas gracias, pero no has debido —le reprochó.

Era evidente que había reconocido de inmediato la famosa marca.

—¡Unas gafas de sol! —gritó Christine en el momento que su padre las sacó de su estuche—. Póntelas, póntelas —sugirió con entusiasmo. Cuando él obedeció, Christine añadió en tono de broma —: ¡Vaya, no tienes que envidiar a Tom Cruise! Caray, papá, si te pones esas gafas en la playa y te echas al hombro la toalla que te regalé para tu cumpleaños, todas las mujeres caerán rendidas a tus pies. Más vale que no lo acompañes, Serina, porque te vas a poner celosa.

Aaron estalló en carcajadas, se quitó las gafas y volvió a guardarlas en su estuche.

—Serina no es del tipo celoso.

—Ahora, dale el regalo a Serina, papá —insistió su hija.

—Sí, Aaron —insistió Jillian—. ¿Dónde lo has escondido?

—Pero si yo no esperaba recibir nada… —protestó Serina.

—No seas boba —comentó Gerald—. La Navidad es para hacer regalos.

Aaron se puso de pie y se dirigió al árbol, de donde sacó una pequeña caja que estaba escondida entre las ramas.

—Hemos decidido regalarte una cosa decente, en lugar de muchas pequeñas —explicó Aaron con tonó suave—. Si no te gusta, podemos cambiarlo.

Serina sintió una gran alegría al abrir su obsequio. La caja indicaba que se trataba de una joya; sin embargo, nunca imaginó que fuera lo que encontró. Era una sortija, con una perla rodeada de diamantes y engarzada en una montura de oro.

La joven parpadeó sorprendida y miró a Aaron sin saber exactamente qué decir. El tomó la cajita, sacó la sortija y se la puso en el dedo anular de la mano derecha.

—Bueno, por lo menos, sí te queda bien —comentó.

—Es… es preciosa. Pero…

—Nada de «peros» —rió Jillian—. Aaron nos dijo que te gustaban las perlas porque te ha visto usar algunas.

—¡Pero esto es demasiado caro!

—¡No te preocupes por eso! —exclamó Christine e hizo un gesto para expresar que no tuviera eso en cuenta—. Papá se puede permitir ese lujo. Tiene mucho dinero. Además, el tío Gerald también ha cooperado.

—Y yo también me puedo permitir ese lujo —bromeó el médico.

—¿Ves? —intervino Aaron—. Claro que si insistes, podemos devolverla y cambiarlo por algo más práctico, como un tostador de pan.

Serina se llevó la mano derecha a la espalda en un movimiento rápido.

—¡Tú intenta quitármela! —gritó.

Todos estallaron en carcajadas.

—Bueno, ya que hemos terminado con los regalos ¿os gustaría jugar al póquer? Tú sabes jugar ¿no, Serina? —preguntó Gerald.

—Sí.

—¿Existe algo que no puedas hacer? —le preguntó Aaron en broma una vez que estuvieron sentados ante la mesa de juego.

Gerald y Jillian estaban en la cocina preparando bebidas. Christine se había ido a la casa de su vecina para presumir de su nuevo bikini.

—¿Rescatar a un surfista que se está ahogando? —respondió Serina.

—Apuesto a que también podrías hacerlo. Lo único que tienes que hacer es ponerte de pie en la orilla de la playa y hacerle señas. Te aseguro que se recuperaría de inmediato.

La joven lo miró con expresión de total desacuerdo.

—Está bien. Estoy exagerando —admitió él—, pero por si acaso, prométeme que nunca le harás la respiración boca a boca a nadie.

—¿Ni siquiera a ti? —preguntó ella con una sonrisa sensual.

Aaron se inclinó para besarla, pero en ese momento entró Gerald.

—Después te atrapo —le susurró entre dientes.

No obstante, ese día ya no hubo un «después» para los dos. Para las siete de la tarde Serina no se sentía muy bien; recordó que ese día le tocaba tener su periodo. Optó por comentarles a sus anfitriones que tenía que irse a su casa para esperar que sus hermanos la llamaran por teléfono.

Sin embargo, cuando Aaron la acompañó a su moto, a él sí le confesó la verdad. Aaron decidió que iría a pasar el día siguiente con ella para cuidarla.

—Pero si empiezas a mimarme y a prepararme tazas de té —le advirtió ella, al tiempo que montaba en su moto—, te echo de mi casa. No tolero ese tipo de cosas.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó desconcertado.

—Trae una botella de whisky y una cinta de vídeo —sugirió—. La distracción es la mejor medicina.

—¿Qué cinta? No sé qué películas has visto.

—La que quieras, mientras no sea algo muy sexy.

—De acuerdo —repuso—. Detesto la idea de que vayas a estar sola en esa casa sintiéndote tan mal —le comentó después de darle un beso en los labios.

—Sobreviviré —se encogió de hombros.

—¡Sin duda tú sí que sabes hacer que un hombre se sienta necesitado! —exclamó Aaron malhumorado.

Serina estaba confundida por su reacción, porque suponía que a Aaron le gustaba que fuera independiente.

—Debo de estar loco…, debería alegrarme de que seas así… pero a veces yo… —durante unos segundos dio la impresión de que estaba confundido—. Supongo que es difícil cambiar los viejos hábitos. Es mejor que me vaya. Nos vemos mañana, después de la comida.

Esa noche, Serina no tuvo su menstruación, a pesar de que tenía fuertes molestias. A la mañana siguiente se sentía mucho mejor, aunque estaba agotada. Todavía no había señales de su período, lo cual la intrigó. No estaba preocupada de que pudiera tratarse de un embarazo, pues la semana anterior había entrado en los días más o menos seguros de infertilidad y además había empleado el diafragma que le recetó el ginecólogo.

Después de las once de la mañana, bajó a la cocina para prepararse un desayuno ligero, al tiempo que trataba de recordar la última vez que había tenido un retraso.

Nunca le había ocurrido, excepto una vez, cuando estaba preparándose para sus exámenes finales. Su madre entonces le explicó que seguramente se debía a la tensión nerviosa.

Serina suspiró y frunció el ceño. ¿Se encontraría en una situación similar? No tenía duda de que últimamente había estado sometida a una intensa presión, debido a la muerte de su madre, los problemas con sus hermanos y luego la aparición de Aaron en su vida. Se dijo que esa debía de ser la razón y que no debía preocuparse porque no tardaría en volver a la normalidad.

Trató de pensar en otra cosa. Por ejemplo, en qué iba a hacer antes de que llegara Aaron. Sin embargo, una pequeña duda se negaba a salir de su mente. ¿Y si realmente estaba enferma de algo serio?

# Capítulo 12

Aaron llegó poco después de las dos de la tarde. Llevó la botella de whisky que Serina le había pedido y una película interesante, además de diferentes sodas para mezclar, pavo frío y ensalada, cortesía de Jillian.

—Realmente le caes muy bien —contestó Aaron.

—Bueno, no hay necesidad de que te sorprenda tanto —sonrió Serina.

—No tienes tan mal aspecto —señaló él de camino a la cocina—. Sólo un poco pálida. ¿Tienes dolores? Te he traído unas pastillas, en caso de que los tengas.

La actitud comprensiva de Aaron le gustaba. Sin embargo, negó con un movimiento de cabeza y guardó las sodas en el frigorífico.

—No me siento como si estuviera en la cima del mundo, pero tampoco demasiado mal. El único remedio que voy a tomar contra el dolor es ése —señaló la botella de whisky.

—No serás una alcohólica a escondidas ¿o sí?

—Nada más que algunos días al mes.

—¿Y cuándo podremos reiniciar…, nuestras relaciones?

La franqueza de Aaron la desconcertó, de manera que no respondió de inmediato, sino que se dedicó a sacar el hielo del congelador para preparar las bebidas.

—¿Quieres hielo?

—Por supuesto. Y sin agua.

Serina asintió y procedió a servir las bebidas mientras reflexionaba sobre su pregunta anterior. Con tristeza se dio cuenta de que se había equivocado al suponer que él debía de sentir algo profundo por ella, desde el momento en que buscaba su compañía a pesar de que sabía que no podrían tener relaciones sexuales.

Miró a Aaron, que llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca y de inmediato experimentó un familiar cosquilleo en el estómago. Habría sido muy sencillo explicarle que todavía no le había llegado la regla, sabiendo que así pasarían aquella tarde haciendo el amor. Pero al tiempo que lo deseaba, quería saber cómo se comportaría Aaron en su compañía, sin sexo de por medio. Además, sin duda, en cualquier momento podría bajarle el periodo.

—Creo que cerca de Año Nuevo —respondió al fin y sonrió al

entregarle su bebida.

—Es una eternidad —suspiró él y tomó el vaso.

—Nadie te obliga a estar conmigo —replicó Serina—. Existen otras mujeres que sin duda no deben de encontrarse tan indispuestas como yo. ¿O acaso esperas que aún así acepte que me hagas el amor?

Aaron dejó su vaso sobre la barra de la cocina y su expresión se oscureció.

—¿Me crees capaz de pedirte eso?

Serina negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No me merezco eso, Serina —la tomó por la barbilla para obligarla a que lo mirara—. No soy un santo, pero tampoco soy un maldito egoísta —le soltó la barbilla y la estrechó entre sus brazos—. Contigo es con quien quiero estar; con sexo o sin sexo.

Serina gimió y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Creía que…

—¿Qué creías? —la apartó un poco y la miró exasperado.

—Bueno… que lo único que deseabas de mí era sexo.

—¿Cuándo te dije yo eso, Serina? Creo recordar que te pedí que fueras mi mujer. Eso no se refiere únicamente a la cama… y creo que ahora te lo estoy demostrando.

—Sí, sí, supongo que sí —frunció el ceño y se frotó la frente con una mano temblorosa.

—Escucha, he estado pensando… —se inclinó y le dio un beso en la frente—. Parece que dentro de un par de semanas podremos mudarnos a esta casa, porque el notario está trabajando muy deprisa. Cuando me mude…

—¿Sí? —el corazón de Serina se aceleró al suponer que iba a pedirle que se quedara con él y con su hija en la casa.

—No quiero que te compres una vivienda barata. Permíteme que te compre algo realmente bonito. Es lo menos que puedo hacer.

Serina no pudo evitar el estremecimiento de repulsión que le provocó su propuesta.

—Veo que acabo de cometer otra equivocación —señaló Aaron, frustrado—. Creo que nunca voy a poder acertar contigo, ¿verdad? —la sorprendió al volverse con violencia—. Después de todo ¿cuál es tu problema? ¿Qué tiene de malo que un hombre cuide de su mujer, que le compre una casa dónde vivir?

—Nada —respondió con tensión—, si viven juntos o están casados. Pero, ¿no te das cuenta de que cualquier mujer decente se ofendería con tu respuesta? Me haces parecer como tu querida a sueldo. No se puede tener todo, Aaron. Si quieres ser libre para ir y venir a tu gusto, entonces yo tengo derecho a lo mismo. ¡Difícilmente tendría esa libertad si tú me mantuvieras! Lo que esperas es que esté a tu disposición cuando quieras, y me vas a perdonar, pero eso suena a prostitución. ¿O acaso es así como me ves, como poco más que una prostituta?

Aaron empezó a caminar de un lado a otro.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —gesticuló con violencia —. Cuando llegué estaba tan contento… Y ahora… —dio un golpe en la mesa de la cocina—. ¡No! ¡Por supuesto que no te veo como a una prostituta! Todo lo contrarío. Dios, creo que eres una mujer maravillosa, hermosa, increíble, con carácter, fuerte y sensual —se acercó a ella—. Dulce, fresca y… curiosamente anticuada en algunos aspectos. Y no puedo soportar la idea de vivir sin ti.

Aaron se detuvo frente a ella y le colocó las manos sobre los hombros. Serina estaba como hechizada, tanto por su estallido de violencia como por la ternura con que la miraba. Lo único que pudo hacer fue mirarlo a los ojos en espera de que le dijera que la amaba.

Pero a pesar de todo, no lo hizo.

—Me importas —pronunció—. Mucho… pero, aún así no quiero contraer matrimonio. Eso no ha cambiado. Y tú tampoco lo deseas ¿verdad, Serina? Si quisieras casarte y tener hijos, ya lo habrías hecho hace mucho, mucho tiempo. Creo que deseas lo mismo que yo: el derecho a ser libre, a tener tu vida privada, pero al mismo tiempo, tener la compañía de alguien para conversar, alguien a quien abrazar, tocar, besar…

La besó y aunque eso conmovió a Serina, sus últimas palabras la llenaron de tristeza. Aaron no tenía ni la menor idea de lo que era importante para ella y de lo que esperaba de la vida. Serina no había querido conformarse con un matrimonio sin amor, pero él la había interpretado mal al suponer que prefería llevar una vida tranquila y sin compromisos.

Estaba muy equivocada; sin embargo, si se lo aclaraba terminaría su relación. Lo único que le quedaba por hacer era aceptar por el momento lo que él deseaba, con la esperanza de que algún día disminuyera su aversión por el matrimonio o, por lo menos, por algún tipo de compromiso.

Al fin Aaron dejó de besarla y ya no quedaba rastro de la tensión

anterior, dada la respuesta de la joven.

—Entonces ¿ya estamos de acuerdo? —murmuró y le acarició una mejilla con ternura—. ¿Por lo menos me permitirás que te ayude a buscar una vivienda, quizás un apartamento cerca de la playa?

—Eso sí me agradaría —fingió una sonrisa, pues acababa de decidir que llegaría hasta el fin, por muy amargo que fuera.

—Gracias a Dios que lo hemos dejado todo claro —comentó después de suspirar—. Por un momento pensé… —se encogió de hombros y se inclinó para besarla con pasión.

Serina deseó poder contener el gemido que de inmediato brotó en su garganta. El beso se prolongó durante largo rato, y después Aaron preguntó:

—¿Así que hasta Año Nuevo?

—En efecto —confirmó Serina con voz sensual.

—Ay, bueno. Venga, vamos a ver esa película.

Más tarde, Serina pensó que era curioso que Aaron hubiera seleccionado una película en la que una mujer que necesitaba la seguridad del matrimonio y un joven independiente que quería evitar todo compromiso. Era una excelente película. Además de emotiva, invitaba a la reflexión.

—Creo —comentó Serina con lágrimas en los ojos—, que si el héroe no hubiera muerto, se habría casado con Karen.

—No lo creo —la contradijo Aaron—. Estaba demasiado acostumbrado a su estilo de vida. Pero no tiene sentido hacer cábalas porque de cualquier manera… murió. Es una historia de la vida real, no una fantasía de Hollywood.

—Supongo que tienes razón —repuso ella, porque no quería volver a discutir y además había percibido cierta irritación en el tono de Aaron—. ¿Te gustaría tomar una taza de té? —le preguntó.

Pasaron un par de horas más conversando con animación. Por fin, Aaron se puso de pie y suspiró.

—Ya me tengo que ir, porque le prometí a Christine que saldríamos a cenar a un restaurante chino. Te invitaría a que nos acompañaras, pero tengo la impresión de que quiere tenerme para ella sola, por esta vez.

—Por supuesto —Serina sonrió y lo acompañó hasta el coche—. ¿Nos vemos mañana? —preguntó después de que él la besara para despedirse.

—Qué pregunta tan boba —respondió él una vez que subió al coche.

—¿A qué hora?

—A eso de las seis. ¿Qué te parece si salimos a cenar y vemos otra película?

—Perfecto. Te vas a quedar en casa de Jillian unos días, ¿no?

—Hasta el Año Nuevo. Después me vuelvo a Sydney. No hagas ningún compromiso para esa fecha, ¿de acuerdo?

—¿Iremos a una fiesta? —preguntó entusiasmada.

—De ninguna manera. ¿Crees que te llevaría toda arreglada a un salón lleno de mis amigos? —rió—. Tendría que pasarme toda la noche ahuyentándolos. ¡La fiesta que tengo en mente es sólo para dos!

Serina quiso tomarse sus palabras con buen humor, pero realmente le habría gustado que la llevara a una fiesta, que se mostrara orgulloso y confiado de su relación. ¿Acaso Aaron temía sufrir otro ataque de celos si ella se atrevía a sonreírle a otro hombre? ¿O simplemente quería mantenerla en secreto, para que sólo a él le proporcionara placer? Deseaba que Aaron la amara, pero no de esa manera.

Dio un paso atrás y se abrazó porque sintió un escalofrío.

—No puedes tener frío —aseguró él con el ceño fruncido.

—Bueno, vete ya —sugirió con tono desenfadado—. No querrás que Christine se preocupe.

—Sí, más vale que me vaya —convino con ella después de mirar su reloj—. Nos vemos.

Serina suspiró al verlo dar la vuelta en la esquina. Se preguntó por qué no había podido enamorarse de un hombre normal, sin complicaciones, que quisiera las mismas cosas que ella: matrimonio, seguridad, una familia… En lugar de eso, había tenido que enamorarse de Aaron y por enésima vez se preguntó si él la amaría o si sencillamente se trataba de puro deseo.

«Podría ser», pensó.

Giró sobre sus talones y entró en su casa.

# Capítulo 13

Estaba terminando la primera semana de enero. Esa tarde de sábado Aaron iba a ayudar a Serina a firmar el contrato del apartamento que por fin había decidido alquilar, en lugar de comprar. Aaron y Christine habían pensado trasladarse a la casa en cuanto Serina se llevara sus cosas personales.

Por lo menos, eso era lo que habían proyectado, porque ahora todo había cambiado…

Serina estaba sentada ante la mesa de la cocina, con el rostro entre las manos, mientras tomaba conciencia de la realidad de su situación. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Todavía no se lo podía creer.

Sabía que llorar no iba a servir de nada. Era un hecho, y nada podía cambiarlo. Porque, contra todas las probabilidades, el caso era que estaba embarazada.

Esa mañana fue temprano al médico porque seguía sin tener la regla. De cualquier forma, jamás se imaginó que pudiera estar embarazada. Cuando el médico le dio la noticia, Serina lo miró con incredulidad; no obstante, los análisis no mentían. El calculó que llevaría poco más de dos semanas embarazada. Al examinarla, el médico comprendió que el diafragma era demasiado pequeño y que además debió de haber sufrido una alteración en su ovulación.

Serina abandonó el consultorio en medio de un aturdimiento total. Lo único en lo que podía pensar era en que iba a tener un bebé; un bebé de Aaron…

Deseaba tenerlo, de eso no había duda, pero se daba cuenta de que eso acabaría con su relación.

Aunque él aceptara que era suyo, algo que siempre podía negar, seguramente pensaría que se había quedado embarazada a propósito. ¿Acaso no se había asegurado de que ella misma se encargara de evitar un embarazo? ¿No pensaba él que acababa de tener el periodo?

Podía explicarle las cosas y pedirle que hablara con el médico para que se convenciera; no obstante, ese embarazo acababa con sus esperanzas de una futura relación. Aaron odiaría sentirse atrapado por una responsabilidad que no deseaba. Y seguramente, acabaría por odiarla a ella.

Para cuando llegó a su casa, estaba muy confundida. Pensó que tal vez estaba equivocada. Quizás Aaron recibiera bien la noticia; le confesaría que la amaba y que quería casarse con ella de todas formas.

Tuvo la fuerte tentación de confesárselo. ¿Qué mujer no lo habría tenido? Lo amaba y no podía concebir su vida sin él.

Pero a medida que se aproximaba la llegada de Aaron, fue afirmándose en la idea de que no podía confesarle lo del bebé. Sería como someterlo de nuevo a lo que le había hecho Naomi para atraparlo. Pero ya no podría volver a verlo porque su embarazo pronto sería imposible de disimular.

Hizo las maletas de manera automática, realizó las llamadas telefónicas pertinentes y se sentó en la escalera frente a la puerta de entrada, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. «Acéptalo, Serina», pensó, «esto se ha acabado».

Curiosamente ya no tenía deseos de llorar. Casi se sentía tranquila, por lo menos hasta que llegó Aaron. Otra vez se puso muy nerviosa al verlo acercarse con alegría y tomar sus dos maletas.

—Me alegra que estés lista a tiempo, cariño.

Ella le dijo que había cambiado de opinión; que no quería vivir cerca y ser su amante. Que prefería volver a Queensland y vivir sola. Tenía la intención de suavizar el efecto de sus palabras, pero los nervios se lo impidieron.

Aaron la miró con los ojos muy abiertos, y expresión horrorizada. Se volvió un momento para cerrar la puerta del coche y dejó las maletas en el suelo.

—¡Serina, no me lo puedo creer! ¡Algo ha sucedido de lo que no estoy enterado! ¿Qué es? —le preguntó—. ¿Se debe a esas estúpidas cartas que recibiste de tu antiguo novio, ese Paul? No me mires así. Sólo tomé la carta y leí l nombre; no la leí.

—No, Paul no quiere que vuelva con él. Simplemente me escribió para comunicarme que por fin ha encontrado a una mujer con quien quiere casarse y para desearme buena suerte.

—Ya veo —se burló él—. Así que yo no soy el primer pobre bastardo al que le destrozas la vida. ¡Seguro que hace años que te dedicas a amar y luego a abandonar a tus víctimas! Dios mío —exclamó horrorizado—. ¡No me digas que te has enamorado de otro!

—¡No, claro que no! —gritó ella.

—Entonces ¿de qué se trata? —observó su rostro con atención—. ¡Dímelo, Serina, por todos los cielos!

—No puedo —susurró.

—¿No puedes? —preguntó bruscamente—. ¿O no quieres? Demonios, no puedes esperar que te deje partir sin una explicación.

Me merezco eso al menos.

Serina comprendió que él estaba decidido a hacerla hablar.

—No se trata de una sola razón —comenzó a explicarse—. En parte es por mi forma de ser. Nunca he podido establecerme en un solo lugar durante mucho tiempo. Me pongo… intranquila y entonces me mudo. Realmente me gustas, Aaron. Mucho. Y creía que quería tener una relación a largo plazo, pero… me he empezado a sentir… ahogada.

—¿Ahogada? —la miró incrédulo.

—Sí… tú eres un hombre muy celoso y posesivo, Aaron, y yo no sé cómo soportar esa situación. Primero se produjo aquel incidente con Craig y después lo de la fiesta de Año Nuevo.

—¿La fiesta de Año Nuevo? ¡Maldita sea, si no fuimos a ninguna fiesta!

—¡Ya lo sé! Precisamente de eso se trata. No querías que ningún hombre me mirara y mucho menos que me deseara.

Serina se dio cuenta de que Aaron empezaba a creerle, porque en lo que le estaba comentando había cierta verdad.

—¿Y, qué sucederá cuando vuelvas a trabajar y ya no contamos con tanto tiempo para estar juntos? La emprenderás conmigo durante todo el tiempo. ¡Será una pesadilla!

La joven se volvió para ver su expresión, pues temía echarse a sus brazos, confesarle la verdad y que todo se fuera al diablo.

—Ya veo —murmuró él—. No me di cuenta de que todo estaba tan mal. De hecho, yo… —guardó silencio y la miró fijamente como deseando leerle el pensamiento—. Supongo que no puedo hacer nada para que cambies de opinión. ¿No hay nada que pueda decirte que te dé seguridad?

—No…

—¡Maldita sea, mírame cuando me hablas!

Serina levantó la vista; sus pestañas brillaban por las lágrimas.

—¿Tienes idea de lo que me estás haciendo? —preguntó angustiado.

—Sí.

—Debería desear que te fueras al infierno —se acercó y le levantó la barbilla, mientras que con la otra mano intentó acariciarle los labios.

—No —ella le apartó la mano y se cubrió el rostro con las manos —. Por favor, no…

Siguió un prolongado silencio.

—¿Te vas hoy? Ella asintió.

—Ya has llamado al agente inmobiliario para decirle que no vas a alquilar el apartamento?

—Sí, y ya he renunciado a mi trabajo.

—Entonces es un hecho, ¿verdad? Supongo que me vas a pedir que te despida de Jillian y de Christine, ¿no?

—Por favor —respondió con tensión en la voz.

Aaron se encogió de hombros con aparente indiferencia, lo cual revelaba su dolor con mayor elocuencia que cualquier palabra.

—¿Por qué no? ¿Y las llaves de la casa?

—Las he dejado en la mesa de la cocina.

—Qué organizada eres, Serina.

—Adiós, Aaron.

—Me disculparás por no acompañarte —se volvió para apresurarse a entrar en la casa.

Serina no fue consciente de cómo pudo llegar a la casa de Rupert. Ató sus dos maletas a la moto y con el rostro bañado en lágrimas emprendió el camino. Al fin, llegó a la lujosa mansión de su hermano, en Sans Souci.

Cuando entró en la casa, Rupert estaba viendo las carreras de caballos en la televisión. Su mujer estaba en el salón de belleza, arreglándose para su primera salida al teatro a la vuelta de su crucero. Después de señalarle con impaciencia un sillón para que se sentara, Rupert la ignoró, le dio la noticia, se incorporó de golpe y apagó la televisión con el mando a distancia.

—¿Qué estás qué? —explotó.

—Esperando un bebé de Aaron Kingsley.

Durante unos segundos su hermano se limitó a mirarla fijamente.

—¡Vaya, vaya, vaya! Creía que eras más lista, hermana mía. Durante muchos años has evitado con éxito que esto te ocurriera —entrecerró los ojos—. ¿O acaso ha sido a propósito?

—No… fue un error.

—¿Y por qué has venido a contármelo? Sin duda, no esperarás

que haga el papel de hermano mayor, después de tantos años ¿o sí? Siempre has dejado muy claro que nos desprecias a Philip y a mí, casi tanto como a nuestro padre.

Serina jadeó por la sorpresa.

—¿No nos despreciabas a los tres?

—Por supuesto que no. ¡Jamás! Yo… yo creía que era al revés. Philip y tú siempre os comportabais como si fuerais superiores a mí, como si… me despreciarais. Y en cuanto a papá, él nunca tuvo tiempo para mí. Me consideraba una pequeña…

—¿Zorra? —sugirió Rupert sin el menor tacto.

—Bueno, no tanto como eso.

—Papá te adoraba —le confesó él con naturalidad— Tal vez, incluso más que mamá.

—Pero, él… él…

—Tú eras su pequeña princesa, Serina —suspiró Rupert—. Su dulce e inocente princesa, pero de repente creciste. Muy «de repente». No pudo acostumbrarse a la forma en que todos los chicos… y los hombres te miraban. Así que optó por enfadarse, te culpó de ello y te alejó de su lado. Eso le resultaba más sencillo que sentirse impotente ante esa situación.

—Yo nunca supe… nunca me di cuenta…

—¿Sabes, Serina? Para ser una mujer de mundo, eres muy inocente, y quizá sea eso lo que más atraiga a los hombres de ti; esa sensualidad que tienes, combinada con una inocencia enloquecedora. Phil era muy agresivo y grosero contigo porque tenía muchos problemas para relacionarse con las chicas y tenía celos de tu éxito con el sexo opuesto.

—Me siento muy estúpida por no haberme dado cuenta de nada de esto —repuso Serina moviendo la cabeza.

—No te preocupes. Phil sobrevivió y Evonne lo adora. Ya están hablando de tener un bebé para el año que viene.

—Ay, me alegro tanto…

—Eso es típico de ti —expresó Rupert con evidente impaciencia.

—¿A qué te refieres?

—A pesar de que durante años te ha estado tratando como si fueras una basura sinceramente te alegras por él. ¿Te das cuenta de lo irritante que resulta tener a alguien a tu alrededor que siempre es tan generoso? Le hace sentirse a uno muy mal. Un poco más, y me verás

entregarte mi parte de la venta de la casa para ese bebe que estás esperando.

Serina lo miró con los ojos muy abiertos, porque no podía dar crédito a sus oídos.

—No me mires así —protestó Rupert—. Alguien tiene que hacer algo. Deduzco que tu querido señor Kingsley no se va a poner a dar saltos de alegría cuando se entere de que va a ser padre; de lo contrario no estarías aquí. ¿Me equivoco?

—Sí —logró responder Serina—. No se me ocurría ningún lugar a dónde ir. Aaron no lo sabe. Y no se lo voy a decir.

—Ay, Dios santo. ¿Por qué no?

No había manera de explicarle la razón si no se lo contaba todo. Tardó algún tiempo, pero para su sorpresa, su hermano la escuchó con atención y paciencia.

—Vamos a ver si te he comprendido —dijo Rupert cuando ella acabó de hablar—. La verdadera razón por la que no se lo quieres confesar a tu amante, es porque piensas que realmente sería capaz de cargar con la responsabilidad paterna, pero eso podría acarrearle un colapso nervioso.

—Algo por el estilo —confirmó Serina.

—De manera que le has mentido y abandonado porque lo amas.

—Pues… sí.

—¡Vaya, esto parece un culebrón televisivo!

Rupert movió la cabeza con exasperación, pero al ver que a Serina empezaba a temblarle la barbilla, la miró con algo muy semejante al afecto, para su sorpresa.

—Creo que entonces somos los de tu familia los que te debemos ayudar.

—Si pudiera quedarme un par de noches contigo… —empezó a decir ella con vacilación—. He pensado regresar a Queensland y comprar un pequeño apartamento con mi parte del dinero de la venta de la casa. Allí son más económicos que aquí. Así, podría conseguir un empleo hasta que ya esté por nacer el bebé y…

—¡Por supuesto que no!

—¿No?

—Puedes irte a Queensland, si quieres. Yo no soy nadie para indicarte dónde vivir, pero no me parece bien que en tu estado tengas que trabajar. Hablaba en serio cuando te ofrecí mi parte del dinero. De

cualquier manera, no lo necesito. De esa forma, podrás comprarte algo pequeño con tu parte y vivir de lo que rente la mía, aunque no sea mucho.

—Pero… no puedo permitir que hagas eso. Me refiero a que, me has conmovido profundamente y te lo agradezco, pero no estaría bien aceptar. No lo aceptaré.

—Típico —suspiró Rupert—. Siempre fuiste independiente hasta la muerte. ¿Qué te parecería entonces considerarlo como un préstamo, sin intereses, y que empezaras a pagármelo cuando ya estuvieras en plenas condiciones de volver a trabajar?

—Rupert —se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas—. No sé qué responder…

—Basta con un «gracias» —sugirió con una ternura nada típica en él.

—Pero, ¿qué opinará tu esposa? ¿No se opondrá?

—En absoluto. Estará encantada de que haya un bebé en la familia, al que se le pueda comprar cosas y lo pueda consentir hasta echarlo a perder. ¿Sabes? Yo no le puedo dar hijos.

—Ay, Rupert… debe de ser terrible para ti…

—Para mí no es tan trágico porque tengo mi trabajo, pero a Vivian le está empezando a afectar. Creo que trato de compensarla comprándole cosas.

—Pero Rupert, si ella no tiene ningún problema ¿por qué no intenta la inseminación artificial?

—Me lo comentó una vez —hizo un gesto desagradable—, sin embargo, no me creo capaz de educar al hijo de otro como si fuera mío.

—Eso es tonto y egoísta… y lo sabes.

—No tienes escrúpulos con expresar lo que piensas ¿verdad? —la miró con dureza.

—Igual que tú —hizo una pausa.

—Touché.

Ambos sonrieron y a pesar de que su corazón estaba destrozado por la pérdida de Aaron, comprendió que su futuro no era tan oscuro como había creído en un principio.

# Capítulo 14

Serina llevaba ya tres meses en su apartamento, cuando Philip le llamó. Ahora ya no era nada extraño que su hermano la llamara; lo hacía a menudo. Pero lo que resultaba anormal era su nerviosismo.

—Lo siento mucho —repitió—. No era mi intención revelárselo. Sé que Rupert y yo te jurarnos que no lo haríamos, bajo ninguna circunstancia, pero ¡Dios mío, cuando ese hombre se enfada realmente inspira miedo!

—Le has confesado a Aaron que estoy embarazada —expresó Serina, estremecida.

—¡Por supuesto que no! No lo haría jamás. Quería tu dirección.

—¿Y se la has dado? ¿Solamente porque se ha enfadado un poco? Ay, Philip, ¿cómo has podido…?

—Escucha, tú no estabas aquí, así que no me juzgues con demasiada severidad. No fue sólo que estuviera enfadado, sino que amenazó con contratar a un detective privado para que te localizara. Sabía que pensabas comprar un apartamento en la Costa Dorada, de manera que un detective normal y corriente no tardaría mucho tiempo en dar contigo, un mes a lo sumo. Por eso pensé que si tiene que verte, será mejor que lo haga ahora que tu embarazo todavía no es tan evidente. Si quieres, lo puedes ocultar, pero Serina ¿por qué no se lo confiesas y le das una oportunidad?

—Créeme, Philip —suspiró emocionada Aaron prefiere no saberlo. ¿Estás seguro de que vendrá a yerme? ¿Le has dado mi número de teléfono?

—No, y puesto que no aparece a tu nombre en la guía telefónica, si te quiere ver tendrá que ir allí o no verte en absoluto. Pero apuesto a que sí irá. ¡Jamás he visto un hombre más decidido!

—Ay, Dios…

—Traté de ponerme en contacto contigo en cuanto salió de mi oficina, pero no estabas allí. Te he estado llamando cada hora. ¿Dónde andabas?

—Trabajando —confesó después de una pausa.

Rupert y Philip se habían portado de maravilla con ella. Rupert con lo del préstamo y Philip le había regalado un coche porque insistió en que una mujer en su estado no podía andar en moto. Así que no les quiso confesar que no tenía suficiente dinero para vivir, antes de que recibiera el primer cheque de los intereses y por ello había aceptado un empleo como camarera en un pequeño hotel de la

localidad.

—He estado fuera toda la tarde. ¿Crees que Aaron ya estará en camino?

—Tal vez sí… tal vez no. Si yo fuera tú, lo esperaría para mañana.

—Mañana… —empezó a darle vueltas la cabeza. No podía pensar, ni sabía qué hacer…

Se dejó caer en una silla y se llevó una mano al vientre, ya algo abultado. Podía ocultar su embarazo con facilidad; sin embargo, ya no estaba segura de que fuera eso lo que quería. Durante ese tiempo, muchas veces se había arrepentido de su decisión. Echaba tanto de menos a Aaron…

—¿Serina? ¿Estás bien?

—¿Cómo? Ah, si, Philip. Estoy muy bien.

—Siempre dices lo mismo. Si quieres puedo tomar un avión y estar allí mañana por la mañana para apoyarte moralmente, si estás preocupada.

—Gracias, pero estaré bien. De verdad.

—Mmm. Lo que sucede es que no te gusta reconocer que necesitas ayuda. Si vivieras en Sydney, Rupert y yo podríamos cuidarte mejor.

Serina estuvo a punto de responderle que no sería una tentación demasiado fuerte para ella, porque estaría muy cerca de Aaron. Ocho mil kilómetros era una distancia segura. O por lo menos, lo había sido hasta entonces…

Se preguntó a qué se debería que Aaron quisiera ir a buscarla. La última vez que hablaron, la miró con odio, de manera que indudablemente no quería que volviera con él. Y además ya habían transcurrido tres meses. Si la hubiera echado de menos, la habría buscado antes.

—Bueno, si no piensas hablar, más vale que cuelgue.

—Lo siento…, estaba a miles de kilómetros de distancia.

—Pues más vale que recuperes el control, antes de que llegue tu amante. Ese hombre no sabe aceptar un «no» por respuesta.

Después de haber colgado el teléfono, Serina siguió sentada en el mismo lugar, algo mareada. No podía dejar de pensar que, al día siguiente, al volver del trabajo, encontraría a Aaron en la puerta de su apartamento.

Durante la noche casi no pudo dormir, y tuvo la tentación de llamar al hotel para avisar que ese día no iría a trabajar, pero no podía arriesgarse a perder su empleo, que tanto necesitaba. De manera que a las diez de la mañana estaba en su puesto, detrás de la barra atendiendo a los primeros clientes.

—No te había visto antes, querida. Podrías trabajar de modelo —comentó uno de ellos mirándola con insolencia—. Me gustaría hacerte unas fotografías. Soy muy bueno con la cámara… y con otras cosas también. ¿A qué hora sales de aquí?

Serina le dio la espalda.

—Anda, cariño. No tengo tiempo para jugar.

—Qué pena —dijo una voz grave y amenazadora—, porque estaba a punto de darte una primera lección de boxeo.

Tanto el cliente como Serina se volvieron.

—Aaron… —Serina dejó el vaso que tenía en la mano sobre la barra. Empezó a temblar con el pulso acelerado.

—Serina —respondió Aaron y movió la cabeza en señal de saludo.

Tenía muy mal aspecto. No se había afeitado, tenía ojeras y llevaba la ropa arrugada. Dejó fulminado con la mirada al cliente, que estaba aterrorizado.

—No es necesario que te alteres, amigo. Sólo estaba hablando con ella.

—Esfúmate —gruñó Aaron—. ¡Rápido!

El tipo desapareció sin terminarse su cerveza.

—Veo que las cosas no han cambiado para ti —le comentó a Serina con una sonrisa poco sincera.

—Ay, pues no sé. ¿Te sirvo una cerveza?

—Sí ¿por qué no?

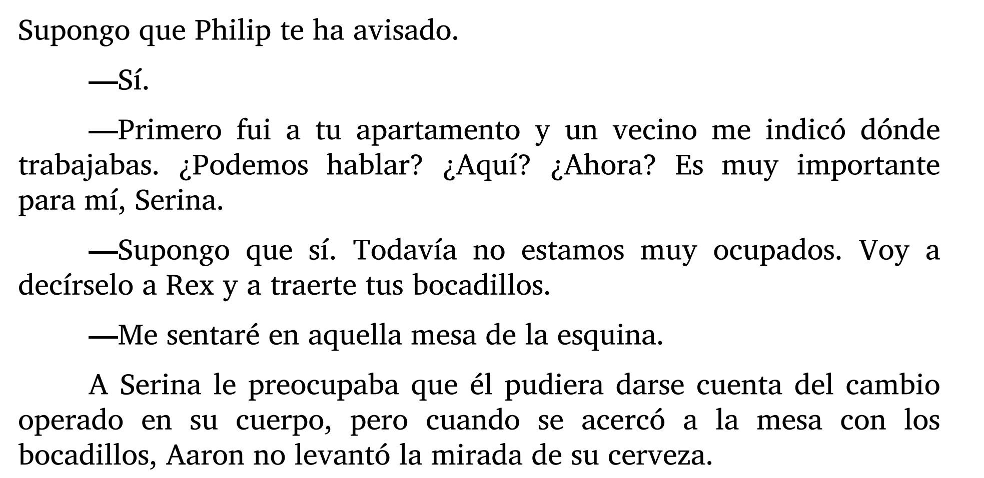
—¿Quieres comer algo?

—Ah, sí… —volvió a sonreír—. Tengo hambre…

—Le pediré a Rex que te prepare un par de bocadillos porque el cocinero aún no ha llegado —se alejó para hablar con el propietario que, después de observar a Aaron, se dirigió a la cocina.

Serina daba una impresión de total tranquilidad.

—No pareces sorprendida por mi llegada —dijo Aaron—.



Supongo que Philip te ha avisado.

—Sí.

—Primero fui a tu apartamento y un vecino me indicó dónde trabajabas. ¿Podemos hablar? ¿Aquí? ¿Ahora? Es muy importante para mí, Serina.

—Supongo que sí. Todavía no estamos muy ocupados. Voy a decírselo a Rex y a traerte tus bocadillos.

—Me sentaré en aquella mesa de la esquina.

A Serina le preocupaba que él pudiera darse cuenta del cambio operado en su cuerpo, pero cuando se acercó a la mesa con los bocadillos, Aaron no levantó la mirada de su cerveza.

—Tienes buen aspecto —dijo él mirándola a los ojos con expresión indescifrable.

—Siento no poder decir lo mismo de ti.

—Es el efecto de conducir durante toda la noche.

—Entonces, ¿para qué lo has hecho? ¿A qué tanta prisa? ¿Tenias algún compromiso?

—La misma Serina de siempre… brusca e imprudente.

—No soy ni brusca ni imprudente, sino simplemente sincera. ¿Me vas a explicar por qué has venido con tanta prisa? No le sucede nada a Christine, ¿verdad? Espero que no se haya puesto enferma…

—No —rió con ironía.

Serina suspiró aliviada.

—Me pregunto si te preocuparías tanto, si yo estuviera enfermo…

—No estás enfermo, ¿o sí? —su corazón se detuvo por un instante.

—Sí.

Serina palideció. Aaron la tomó de las manos y su rostro expreso verdadera angustia.

—Estoy enfermo de no verte, Serina. Enfermo de despertar y no encontrarte junto a mí; de mirarme en el espejo y comprender que yo fui el culpable de que me abandonaras.

—Aaron… por favor… —apenas podía creer en lo que estaba oyendo.

—Te quiero, Serina.

—¿Me… me quieres? —echó la cabeza hacia atrás.

—Con desesperación. Y puedes responder lo que quieras, darme la excusa que gustes, pero sé que tú también me querías.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Creo que siempre lo supe, y por eso me quedé perplejo cuando me abandonaste. No tenía sentido. Craig tampoco lo comprendió.

—¿Craig?

—Sí, Craig. El me ha estado diciendo que tuvo que haber un malentendido, porque estaba seguro de que me amabas —empezó a besarle las manos—. Así era, ¿verdad?

A pesar de sí misma, Serina asintió y de inmediato el rostro de Aaron reflejó una expresión de alivio.

—Sabía lo que a continuación le iba a preguntar.

—Entonces ¿por qué me dejaste, Serina? Éramos felices juntos. ¡Lo sé! ¿Fue porque pensaste que conmigo no tenías futuro, puesto que me negué a considerar siquiera la posibilidad de que nos casáramos y formáramos una familia?

Ella abrió mucho los ojos y entreabrió los labios, sorprendida.

—No tienes por qué decirme nada. Tu rostro ha sido muy elocuente. Ay, Serina… querida… Qué tonto he sido… Cuando te fuiste casi me volví loco —le confesó con tono apasionado—. No era consciente de cuánto te amaba hasta que te perdí. Me di cuenta de lo ciego que había estado al pensar que debido a lo sucedido con Naomi, ya no quería ni amor ni compromisos. Sin eso… sin ti… me sentía vacío—. Movió la cabeza de un lado a otro, antes de continuar—: Dios mío, Serina. No vale la pena vivir sin necesitar y ser necesitado. Me di cuenta de que lo que más deseaba en el mundo era que fueras mi esposa; tener un hijo tuyo, pues contigo sería una relación verdadera, para compartirlo todo. Tú eres todo lo que yo necesito, querida. ¡Todo! —volvió a besarle las manos—. Dime que aún me amas, que te casarás conmigo, que quieres que tengamos un hijo…

Los ojos de Serina se llenaron de lágrimas. Tomó las manos de Aaron y se las llevó a los labios. Las besó con reverencia y se las puso en las mejillas hasta que pudo recuperar el aliento para hablar.

—Aún te amo, Aaron… Quiero casarme contigo… pero yo…

Aaron se tensó al ver que vacilaba.

—Ya estoy esperando un hijo tuyo —murmuró.

Aaron se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Dios mío —de pronto su sorpresa se tomó en confusión y apoyó los brazos sobre la mesa—. Pero… pero… ¿cómo? ¿Cuándo?

—Creo que fue la primera noche que dormimos juntos.

—Pero dijiste… después tú…

—Creo que empezaré por el principio.

Serina se lo explicó todo e incluso le comentó que el único otro hombre con el que había estado era Paul y que antes de relacionarse con él era virgen. También le explico que si fingió tener mucha experiencia, fue porque pensó que eso le gustaría, pero que él era el único que la había satisfecho sexualmente. Por supuesto, también le relató la serie de circunstancias extraordinarias por las que al final se había quedado embarazada.

Al relatarle todo, comprendió que el amor que Aaron sentía por ella se había profundizado como sucedía siempre que existía confianza y entendimiento. El la miró con renovado respeto.

—¿Quieres decir que te marchaste porque pensaste que yo no podría soportar la responsabilidad de tener un hijo? ¿Que estabas dispuesta a sacrificarte por mí?

Ella se encogió de hombros, avergonzada al ver su mirada de adoración.

—Me pareció que era lo más adecuado. Craig insistió en que aún no estabas preparado para asumir más responsabilidades. Pensé en confesártelo… en el futuro…

—Craig… —Aaron respiró profundamente—. ¡Lo mataré!

—Pero tenía razón, Aaron. Hace tres meses no estabas preparado para esta situación. Por lo menos ahora, ya sabes lo que quieres de la vida.

—Cierto —aceptó él y movió la cabeza—. Sin embargo, el solo hecho de pensar en lo que has tenido que pasar… yo debí estar a tu lado, cuidándote, amándote. Ay, Serina ¿podrás perdonarme?

—Cómo te puedo perdonar por algo que ignorabas, Aaron? Yo soy la que debería pedirte perdón. Te herí con mis mentiras, aunque no era mi intención. Fui cruel por ser generosa.

—Jamás he conocido a una mujer como tú —la miró fijamente —. Eres extraordinaria.

—No soy una santa, Aaron. He pasado unas noches espantosas, porque te echaba de menos, y te deseaba. Muchas veces me he arrepentido de haber tomado esa decisión. De hecho, no estoy segura

de que no te lo hubiera dicho. Me sentía muy sola sin ti.

—Nunca volverás a estar sola, querida. Nunca… —le tomó las manos otra vez.

A Serina los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas al pensar que los cuentos de hadas sí podían convertirse en realidad.

—Por lo menos —comentó Aaron—, cuando te lleve a casa de mi hermana y anuncie nuestra boda, de nuevo me recibirán en la familia. Jillian no me habla.

—Cielos. ¿Qué sucedió?

—Después de que te fueras, me recibía con una frialdad impresionante. Aunque Gerald trató de suavizar las cosas, no sirvió de nada. Un día por fin estallé y le exigí a Jillian que me explicara lo que le sucedía. Me gritó que era un canalla que no merecía el amor de una buena mujer, y que si no te buscaba y me casaba contigo, nunca me volvería a hablar en la vida. Por supuesto, yo le respondí que se metiera en sus malditos asuntos y salí de su casa, furioso. Mi orgullo machista me obligó a convencerme de que eras una mujer que no valía la pena —rió con amargura al recordar su dolor—. Dios, todas las tonterías que pensé sobre ti. Por fin, hace dos noches, Christine insistió en que viéramos aquella película que tú y yo vimos juntos. Cuando otra vez vi que mataban al protagonista, pensé que podía morirme al día siguiente sin haberte confesado que te amaba, sin volver a tomarte entre mis brazos. En ese momento decidí que no podía permitir que eso sucediera. ¡De manera que fui a ver a tu hermano y aquí estoy!

—Ay, Aaron…

—Un bebé —murmuró—. Nuestro bebé… —de pronto sonrió confiadamente—. ¿Te das cuenta de que Christine va a volverse loca de felicidad, porque siempre quiso tener un hermano o una hermana?

—Un hermano —lo corrigió ella—. Ya se sabe que va a ser un niño.

—Un hijo… —sus ojos brillaron.

—¿Estás seguro de que te parece bien, Aaron? Me refiero a que… tal vez querías tener un hijo en el futuro, pero…

El le puso un dedo sobre los labios.

—Nada de eso. Estoy fascinado y encantado. Y yo no veo tu embarazo como fruto de un error. Creo que desde que nos encontramos, tu cuerpo me esperaba; aguardaba a que yo lo llenara de vida de la manera más maravillosa…

—Ay, querido… —esa vez las lágrimas corrieron por sus mejillas —. Qué manera tan preciosa de verlo…

—¡Serina! ¿Te está molestando ese tipo? —gritó Rex desde detrás de la barra.

Ella levantó la mirada hacia él.

—Este tipo, Rex, es el padre de mi hijo y mi futuro marido. Y no, no me está molestando.

—¿Hijo? ¿Marido? —preguntó el propietario del hotel de mala gana—. Ay, no. No me digas que vas a renunciar.

Aaron se puso de pie, ayudó a su amada a levantarse y le pasó un brazo por los hombros.

—Me temo que sí, amigo —gritó Aaron—. ¡Ahora mismo! —Pero… pero…

Aaron sacó su cartera y dejó cerca de doscientos dólares sobre la barra, para luego comentar:

—Invito yo.

Después guió a Serina al exterior y contempló el cielo de aquel día soleado.

Caminaron abrazados, con el amor reflejado en sus rostros. Esa misma expresión tuvieron el día de su boda, y en el bautizo de su hijo, unos meses después.

No pasaba un solo día sin que Serina diera gracias al destino por haber conocido a Aaron. En cuanto a él, cada vez que miraba a su esposa, con su sorprendente belleza, el corazón le daba un vuelco y recordaba las palabras de Craig: «Eres un diablo afortunado, muy afortunado».

# Fin